

MARA TORRES

Los días
felices



ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Introducción](#)

[I. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 20 AÑOS](#)

[II. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 25 AÑOS](#)

[III. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 30 AÑOS](#)

[IV. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 35 AÑOS](#)

[V. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 40 AÑOS](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

«Si el ser humano quiere saber cómo es su vida solo tiene que observar su día de cumpleaños cada cinco años desde la mañana a la noche. Porque cada cinco años el mundo cambia y cuando uno se quiere dar cuenta, es otro.»

Miguel recibe una tarde la llamada inesperada de Claudia. A partir de su encuentro, la novela narra la vida de Miguel contada a través del día de su cumpleaños cada cinco años: el tiempo en Cambria; la relación con su mejor amigo; la universidad; la ciudad; y, sobre todo, los sentimientos y sus contrapartidas. En *Los días felices*, Mara Torres describe la etapa más cambiante del ser humano, en la que el amor, la amistad, la cotidianidad y los sueños quedan reflejados en una historia tan sencilla, compleja y divertida como la propia vida.

A mi hermana Aly

Aunque solo sea una esperanza,
porque el deseo es una pregunta cuya
respuesta nadie sabe.

LUIS CERNUDA, *La realidad y el deseo*

WINNIE: ¡Oh, este es un día feliz!
¡Este habrá sido otro día feliz!
(Pausa.) A pesar de todo.
(Pausa.) Hasta ahora.

SAMUEL BECKETT, *Happy days*

Soy un desastre sentimental. Me canso de todo. Mi madre cuenta que cuando le estaba chupando la teta izquierda no le quitaba el ojo a la derecha y, antes de que se vaciara la mama, me ponía a llorar porque quería de la otra. No estaba aún saciado de la leche de un pecho y ya estaba echando las manos al otro.

Esa tara que me hace desear lo que no tengo ha marcado mi relación con el mundo y, especialmente, mi relación con las mujeres. Sin embargo, he de reconocer que no me incapacita para el disfrute, sino más bien al contrario: ante el miedo a que se gasten las cosas me zambullo en ellas como si me fuera la vida, de cabeza y sin comprobar si hay agua en la piscina. Cuando me la pego, lloro, pataleo, tengo ataques de ansiedad y valoro seriamente la idea del suicidio. Al agotarme de mí mismo, vuelvo a empezar la peregrinación en busca de no sé exactamente qué.

Estoy mintiendo.

Sí sé exactamente qué. La busco a ella desde hace veinte años, se llama Claudia y ayer me llamó a las cuatro y siete minutos de la tarde. Han pasado veinticuatro horas.

Como dice Leopoldo, la historia de un hombre se puede contar en un solo día.

MIGUEL Y CLAUDIA

Cuando sonó el móvil y escuchó al otro lado la voz grave y oscura de Claudia preguntándole si le apetecía tomar algo, Miguel saltó del sofá, salió de la buhardilla apresuradamente, bajó a trompicones las cinco plantas de su edificio y echó a correr hacia la cafetería en la que acababan de quedar. Antes de abrir la puerta, recuperó la respiración y se atusó el pelo mirándose en el reflejo del cristal. Bah, da igual. Entró.

—¡Hola!

Claudia se volvió al oírle por detrás y se levantó para darle dos besos. Él se estremeció al percibir su olor. Otra vez su olor.

—¡Cuánto tiempo!

—Mucho.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y tú?

—Bien.

Se quedaron callados. Yo estoy bien, tú estás bien. ¿Qué más?

—¿Qué te pido?

—Una cerveza.

Miguel fue a la barra y esperó a que el camarero le atendiera. Así que le seguía gustando la cerveza. Podía haber cambiado de hábitos, podía haberse pasado al vino o al gin-tonic, podía haber pedido un café, un té o incluso un Cola Cao como una chica que conoció que pedía batidos en los bares, pero no, seguía gustándole la cerveza como a él. Pensó en algún tema de conversación para cuando regresara a la mesa, un asunto que les diera para hablar más de un minuto o dos, pero no se le ocurrió nada. Estaba bloqueado. Si hubieran quedado para mañana o para dentro de unos días habría tenido tiempo de mentalizarse y llevar el encuentro preparado, pero Claudia no había dado tregua: «¿Te apetece tomar un café?». Te apetece tomar un café ahora, no mañana ni pasado mañana ni dentro de una semana, ahora. Y él había salido corriendo de casa como si no hubiera nada más importante en el mundo que encontrarse con ella. Comprobó su ropa por si, con las prisas, llevara puesto el pijama. No, joder, menos mal. Se giró con disimulo hacia la mesa. Claudia jugaba con una servilleta de papel haciéndole dobleces y a Miguel se le calentó el corazón. Seguía siendo la mujer más guapa que había visto nunca.

—Estás muy guapa —dijo dejando las birras encima de la mesa.

—¿En serio? —contestó ella riéndose.

—Qué va. Tú y yo nunca hablamos en serio, ya lo sabes.

Le gustaba verla reír. Su diastema le daba un aire infantil que haría perder

la cabeza a cualquiera. Miguel recordó las miles de veces que había imaginado que se colaba por el minúsculo espacio que quedaba entre sus paletos, entraba en su boca, atravesaba su garganta y se instalaba en el interior de ella convencido de que podría pasar así el resto de su vida. «Hey, Claudia —le diría dándole un codazo en el tórax—, no bebas tan deprisa que me estás ahogando» o «No des tantas vueltas a ese asunto, por favor, que me mareas» o «Ese tipo nuevo me resulta indigesto, dile que se pire».

—Me gusta tu risa.

—Hace mucho que no me río como antes, Miguel. Menos mal que te he llamado y estás aquí conmigo para hacerme sentir que las cosas pueden volver a ocurrir. Gracias.

Lo dijo así, como si nada, como si dijera: «Menos mal que mañana es domingo. Gracias». Mientras la escuchaba, Miguel iba despegando la etiqueta del botellín de cerveza tirando de las esquinas intentando que saliera entera y sin rasgarse.

—Te preguntarás por qué te he llamado, pero no estoy segura de saberlo. Ayer pasé todo el día triste y me acordé de cuando te vi bailar en la fiesta en la que nos conocimos. ¿Te acuerdas de ese día y de esa fiesta?

Sí se acordaba de ese día. Fue el día en el que se besaron por primera vez. Y sí se acordaba de la fiesta. Como para olvidarse.

—Claro. Cumplía veinte.

—¿Veinte años? Qué rápido pasa la vida a veces —Claudia alisó con los dedos la servilleta que había doblado antes—. Pues sí, ayer me tiré toda la tarde recordando aquel día, casi no he dormido y cuando me he despertado esta mañana me moría por llamarte. Ahora te tengo delante —le miró con una levísima sonrisa— y no sé muy bien de qué hablar.

—¿Por qué estabas triste ayer?

—Será el tiempo, la primavera me pone melancólica.

Él sabía que no era eso.

—Miguel, no sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada.

I

EL DÍA QUE MIGUEL
CUMPLIÓ 20 AÑOS

Abrió los ojos sobresaltado. Eh, ¿qué estaba pasando? Alguien tocaba las castañuelas en el piso de abajo y no eran horas. Aguzó el oído intentando descubrir de dónde venía exactamente la música hasta doblarse entero sobre el colchón y golpearse en el suelo con la cabeza. Hum. Encendió la luz de la mesilla, se asomó otra vez por debajo de la cama apartando el edredón y comprobó que el castaño que le había despertado no salía de la casa de sus vecinos, sino de las patas del somier, que taconeaban levemente sobre el parqué barnizado. Lo que faltaba. Un terremoto. Miró el reloj: las cinco y cuarto. Se levantó, confirmó que sí, que era un terremoto por cómo se movía el montón de ropa que había sobre la silla, se puso las gafas y salió al pasillo.

Le sorprendió que nadie estuviera despierto aún. Su hermano, vale, porque dormía como un ceporro, y su padre, vale también, pero ¿su madre? El seísmo subió de intensidad y el temblor se hizo tan notable que Miguel tuvo que sujetarse en la pared mientras oía claramente el tintineo de los cristales de la lámpara del salón. Y su familia sin enterarse. Llegó a duras penas al dormitorio principal, abrió la puerta y vio que la cama de matrimonio estaba desecha pero vacía. Un fuerte tambaleo le hizo caer al suelo, consiguió gatear hasta la habitación de su hermano y, asomándose a cuatro patas al cuarto, comprobó que la manta y las sábanas estaban hechas un revoltijo sobre la alfombra, como si Diego hubiera escapado de la cama despavorido. «¿Están tontos o qué? ¿Se piran y me dejan solo?». Enfiló el pasillo, escapó de la casa, bajó corriendo por las escaleras evitando el ascensor y salió al jardín. Las farolas de la urbanización iluminaban el césped desierto, no había un alma en la calle y hacía un frío que pelaba. «Pero ¿dónde diablos están todos?». Regresó a la entrada de su portal y llamó insistentemente al telefonillo de Pecú. Nada. Con la palma de la mano apretó los botones del resto de interfonos y tampoco obtuvo respuesta. Al verse rodeado de viviendas vacías sin saber qué hacer ni a quién ir a buscar, le invadió una terrible sensación de soledad. Tenía miedo, sí, ¿y qué? Llenó los pulmones de aire para gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro, pero el alarido se le atascó en la garganta y salió mudo. Se tiró al suelo pataleando y, en medio de su berreo, oyó, por fin, el sonido de un helicóptero de salvación. Gracias, Dios. Dios o quien sea. Levantó los brazos hacia el cielo esperando el rescate, pero, antes de que el helicóptero consiguiera aterrizar, los edificios comenzaron a desplomarse a su alrededor, la tierra se abrió bajo sus pies y Miguel sintió el peso de su cuerpo cayendo lentamente al vacío.

—Miguel, hijo, que son las ocho y veinte.

¿Las ocho y veinte? ¡No! Saltó de la cama hacia el cuarto de baño, se metió bajo el chorro caliente de la ducha y, cuando terminó de enjabonarse, abrió el grifo de la fría y contó hasta sesenta para que el agua helada le despejara las

neuronas. Menuda mañana para quedarse dormido, no podía haber sido otra. Utilizó para secarse un albornoz que había colgado en el radiador y luego, arrastrándolo con los pies, fregó un poco el agua que se había salido por no cerrar bien la cortina de la bañera. Regresó a su cuarto, se puso unos vaqueros y la sudadera de su hermano, metió unos apuntes en la cartera y fue a la cocina para coger las llaves y marcharse pitando.

—¡Felicidades, cariño, ven aquí que te bese! ¡Veinte añazos, si me parece mentira!

—Ya, mamá, por favor, para.

—Hala, tómate el café, que está recién hecho.

—No. ¿Ha llamado Pecu?

—Sí, ha llamado al telefonillo hace cinco minutos, que te espera abajo, no le he dicho que suba porque ya veo que vais tarde. ¿No es hoy el último día de exámenes?

¿Por qué tenía que enterarse de todo? Juraría que él no había comentado nada del último examen, que podría haber sido hoy o la semana que viene o nunca, pero con esa forma que tenía de dejar caer las preguntas, «¿No es hoy el último día de exámenes?», su madre acababa sacándole la vida entera.

—Lo han pasado a después de Navidad.

—Mejor. ¿No venís a comer?

—No.

—Dile a Pecu que tengo albóndigas.

—Que no, mamá, que nos quedaremos donde Mateo, que no hagas comida.

—No, si ya la tengo hecha. ¿Tienes dinero?

—No. Dame.

—No sé por qué te pregunto, si nunca tienes, no sé qué haces con la paga.

—Cosas.

Magda sacó el monedero del cajón de la cocina, cogió un billete y se lo dio a Miguel.

—Jobar, mamá, con quinientas no hago nada.

—¿Cómo que jobar? ¿Y cómo que no haces nada? ¿Te digo yo todo lo que hago con quinientas pesetas?

—Ya, pero es mi cumpleaños.

—Ya, y por eso te he regalado los vaqueros que llevas puestos.

—Pero es que al Pecu su padre los viernes le da mil.

—Me da igual lo que haga o deje de hacer el padre de Pecu. Si no te da para comer donde Mateo, coges y te vienes a casa, que hay comida.

Miguel metió el billete en el bolsillo de la cazadora mientras su madre le subía la cremallera hasta más arriba del cuello con un «No vayas a coger frío,

hijo», y salió de casa desabrochándose. Cuando bajaba en el ascensor le vino a la cabeza el terremoto. Se miró en el espejo y vio cómo se ruborizaba al recordar el miedo que había sentido cuando se encontró en mitad de los edificios sin que nadie le hiciera caso ni viniera a buscarle. Bueno. Solo había sido una pesadilla.

—¿Qué pasa, tío?

—Qué pasa.

—Felicidades. —Pecu le dio un amago de abrazo.

—Gracias.

—¿Te has dormido o qué?

—No.

—Ya.

Estaba claro que el Pecu sabía que se había quedado dormido justo la mañana en la que habían quedado para jugar la final del campeonato de mus, pero esa era una de las cosas que le gustaban de su amigo, que no insistía. Subieron al autobús y se sentaron en la fila del fondo.

—He soñado con un terremoto.

—Qué agobio.

—Pues sí. Estaba durmiendo en mi cuarto cuando de pronto noto que están temblando todos los edificios de la urbanización y nadie se despierta, ¿no? Imagínate la situación, que todo el mundo esté como un tronco menos tú, que te has dado cuenta de que se avecina una tragedia muy tocha. Y entonces me levanto y os tengo que ir sacando a todos, primero a mis viejos y a mi hermano, luego voy corriendo a buscaros a ti y a tu padre y, de paso, a toda la gente de la urbanización, y al final, no sé cómo, aparezco conduciendo un helicóptero y, justo cuando empiezan a desplomarse los bloques de viviendas, os rescato.

—Ah.

—Y que si no es por mí os morís todos.

—Pero era una pesadilla, ¿no?

—Qué va. Un sueño. Al final salía bien.

Tampoco había que reconocerlo todo.

—No pasa nada, Miguel, no me tienes que dar detalles y no pueden empezar la partida sin nosotros.

—Claro.

Cerró la boca y se quedó tranquilo. Quería al Pecu lo que más. Lo sabía todo de Miguel sin que Miguel tuviera que decir nada y lo mismo al revés. Apoyado en el cristal de la ventanilla, fue siguiendo el recorrido que hacía el autobús desde las avenidas ajardinadas de Cambria hasta las calles asfaltadas de la ciudad.

El autobús les dejó en la parada que había justo enfrente de la cantina de

Mateo. Empujaron la puerta de madera y el olor a café y a pan recién tostado atravesaron la nariz de Miguel y le metieron en el cuerpo un hambre del carajo.

—Venga, ¿qué os pongo? Que os están esperando.

—Para mí un café con churros y para este un zumo y un triángulo de chocolate —pidió Pecú.

—Id a sentaros, que ahora os lo llevo.

Se estaba a gusto en la cantina. Además de organizar el campeonato de mus por trimestres, Mateo dejaba que los chavales pasaran allí el tiempo que quisieran aunque solo tuvieran dinero para una caña, para un café o para nada. También era el lugar donde Miguel podía encontrarse los viernes con Claudia. Un latido distinto al resto le desordenó el corazón, pero no era momento de pensar en eso ahora.

—Poned ahí la pasta, que vamos a empezar.

Mateo puso encima de la mesa el frasco de cristal del campeonato y los jugadores introdujeron veinte duros cada uno. Miguel miró el tarro. Si ganaban, se quedarían con todo el bote; si no, tendrían que apoquinar otros cien pavos y verían cómo los dos energúmenos de cuarto curso que eran sus rivales se llevaban el triunfo y el dinero.

—¡Venga, repartid ya! —ordenó uno de los bigardos—. Que os vamos a machacar.

Notó que el sudor le humedecía la frente, respiró tres veces para relajarse y, tras la primera mano, se concentró en el juego. Examinaba con cuidado sus cartas, hacía números mentalmente y espiaba los gestos entre sus contrincantes. De Pecú le bastaba con oírle respirar. Los de cuarto resultaron ser unos gilipollas y tuvieron que aguantar que uno de ellos anduviera tirándose pedos porque había cenado alubias, pero Miguel y Pecú estaban muy curtidos en el mus, no era fácil despistarlos. Llevaban en el cuerpo tantas partidas que si a la entrada del cielo —del cielo o de donde fuera— les preguntaran: «¿Qué han hecho ustedes con su vida?», podrían responder tranquilamente: «Jugar al mus», y no mentirían. Y en esas estaba, dándole a la historia del purgatorio como le pasaba a veces, que quería estar en una cosa pero estaba en otra, cuando en la última ronda y siendo mano le cayeron los tres cerdos y la una. Miró embobado los reyes envueltos en sus túnicas de terciopelo junto al as de bastos y le pareció que no existía en el mundo una combinación más hermosa que la que tenía entre los dedos. «Afortunado en el juego, desgraciado en amores», había bromeado Mateo al empezar la partida. Mierda de refranes, le hundían la vida a cualquiera.

—Órdago —musitó Pecú sin inmutarse.

—¿Qué vas a meter un órdago, si seguro que no llevas nada? —gruñó el de cuarto.

—Me ayuda mi compañero.

Cuando Miguel puso las cartas sobre la mesa, su amigo estalló pletórico.

—¡Sí, sí, sí, sí, sí! ¡Te quiero, cabronazo!

Pecu le pegó un beso en la frente, cogió el frasco de monedas y lo derramó por encima de su cabeza mientras el bar entero coreaba su nombre: «¡Miguelón, Miguelón, Miguelón!». Miguel sintió cientos, miles, millones de monedas plateadas resbalando por sus hombros. Monedas y ¡billetes! También había billetes. La cantina se llenó de confeti y serpentinas mientras Mateo abría no una, sino dos botellas de champán. ¿Qué dos? ¡Tres botellas de champán! Una banda de músicos con platillos y trompetas entró por la puerta para felicitar al campeón mientras el bigardo de cuarto empinaba el culo y se tiraba pedorretas. «¡Miguelón! ¡Miguelón! ¡Miguelón!». Vale que no había podido salvar a nadie del terremoto, pero ¿y qué? La mañana le había reservado una sorpresa aún mejor: Miguel Martín, campeón de mus.

—¿Qué te pongo, Claudia?

¡Claudia! Oyó la palabra mágica y salió de su ensimismamiento. En vez de champán, Mateo estaba abriendo unas cervezas en la barra, la música salía de un compact-disc en la minicadena de la repisa y la gente estaba a lo suyo. Sin que nadie lo viera, Miguel se agachó y se escondió debajo de la mesa como si, al volver a la realidad, necesitara protegerse de algo. Claudia, Claudia, Claudia y sus viernes donde Mateo. Agazapado, observó los botines de cuero con tachuelas, el pantalón vaquero desteñido y un jersey largo de punto que Miguel no había visto hasta ahora. Seguro que era nuevo. Quiso verla en la tienda, dentro del vestidor, probándose el jersey y haciendo posturitas delante del espejo, porque fijo que hacía posturitas en vaqueros y sujetador, uno de encaje que le rozaba con el borde en los pezones. ¡Boh!

—Pero, campeón, ¿qué haces? ¡Sal de ahí! —gritó Pecu—. ¿Qué te pido, botellín o tercio?

—¡Tercio!

Al salir de su madriguera, vio que Claudia estaba sentada al lado de Pecu. Llevaba la melena enrollada alrededor de un lapicero por encima de la nuca y la imaginó en clase, de Cálculo o de Macroeconomía, atendiendo al profesor en la pizarra mientras se hacía el peinado con su lápiz azul. Maldijo al compañero que estuviera en el pupitre de atrás porque hubiera querido ser él. Hubiera matado por ser él.

—A ver, que os presento: Miguel, Claudia. Claudia, Miguel.

—Hola, Miguel.

Tenía la voz grave. Guau.

—Hola, Claudia.

Se saludaron con dos besos y, en décimas de segundo, colocó el acontecimiento en su vida: «La primera vez que nos besamos». Bien.

—Vosotros no os conocíais, ¿no? —dijo Pecú.

—¡Qué va! —respondió Claudia—. ¿Estudias aquí? No te había visto nunca.

—Sí. Digo no, digo que sí, que estudio aquí, en la clase de este, pero que no te conocía.

¿Cómo que no la conocía? La había visto por primera vez el 5 de septiembre, martes, a las doce y cuarto de la mañana. Estaba mirando las asignaturas del nuevo curso cuando una chica se puso junto a él y, con un bolígrafo de cuatro colores, empezó a tomar unas notas rápidas en una libreta de papel cuadriculado. Llevaba unas sandalias con unas cintas azules, una minifalda vaquera, una blusa blanca y unas pulseras de cuero en las muñecas. Tenía la piel bronceada y el pelo largo y ondulado; y al acercarse un poco a ella e inspirar, le inundó un olor delicado que no era de perfume ni de ningún otro aroma que pudiera identificar. Cuando terminó de tomar sus apuntes, la chica cerró el cuaderno y él vio la palabra «Claudia» escrita con rotulador en la esquina superior de la portada. Guardó la libreta, dio media vuelta y enfiló el pasillo hacia la salida con la mochila colgada en su hombro izquierdo. Miguel observó sin parpadear cómo se alejaba y fue justo en ese momento, a las doce y cuarto según el reloj de Secretaría, cuando se mareó y tuvo que sentarse intentando asumir lo que acababa de ocurrir. Sin mediar una sola palabra, esa chica había alterado todas las células de su cuerpo a lo tonto y a lo bestia. Una enfermedad. Ella le había transmitido una jodida enfermedad.

Quedaba casi un mes para que comenzara el curso y, durante las semanas siguientes, no se la quitó de la cabeza. ¿Cómo iba a conseguir concentrarse en los estudios si podría cruzarse con ella cada día? Albergó la esperanza de que no estuviera matriculada en la universidad, de que hubiera ido a Secretaría a apuntar las asignaturas para un hermano, para un primo, para una amiga o para nadie, pero cuando llegó el primer día de curso Miguel supo que Claudia había tomado nota de los horarios para ella. Desde entonces, cuando la encontraba en el pasillo o la veía entrar en la cantina, su ritmo cardíaco se agitaba de tal modo que sentía los latidos en la sien. Sabía dónde estaba su aula, quiénes eran sus amigas y quiénes sus compañeros. Sabía qué profesores le habían tocado y había visto en el tablón de calificaciones las notas de sus primeros parciales. Sabía que era friolera porque, en cuanto había llegado el invierno, se había puesto guantes, gorro y una bufanda de lana que le daba dos vueltas al cuello; que fumaba porque sacaba su propia cajetilla de la mochila; que bebía la cerveza directamente del botellín; y que los viernes al mediodía se pasaba por la cantina

de Mateo como todos. La pregunta no era si Miguel conocía a Claudia, la pregunta era: ¿Qué no conocía Miguel de Claudia?

A partir de las dos de la tarde, la cantina se transformaba en un hervidero de estudiantes que dejaban las cazadoras y las mochilas hechas un boñigo sobre la mesa y se apelotonaban alrededor de la barra levantando el brazo para pedir un bocadillo de panceta o unas patatas bravas. Los chavales se juntaban en grupos mezclados: los de cuarto con los de tercero porque Mariano Bosque salía con Rocío Piamonte, un año menor; los de segundo con los de primero porque uno de los gemelos Sanjurjo llevaba un curso de retraso por culpa de la meningitis; los del A con los del B para hablar de las papeletas del viaje de fin de carrera; los que acababan de hacer un examen con los que lo habían hecho la semana anterior; los que vendían participaciones de la lotería de Navidad con los que vendían entradas para la fiesta de Nochevieja. Todo se negociaba los viernes donde Mateo, que después de las clases se inundaba de chavalería, ruido de vasos y platos y el runrún del televisor con el informativo de mediodía. «¡Mariana —gritaba a su mujer—, dos francesas, una cheese-bacon, un pepito y un mixto!». En cuanto Mariana tenía una comanda lista, empujaba la puerta abatible para dejar los platos en la barra y el intenso olor a fritanga que salía de la cocina se mezclaba con el de tabaco. Viernes y casi vacaciones, ¿qué más podían pedir?

—A ver, vosotros —dijo Mateo levantando la voz por encima del jaleo de los estudiantes—. ¿Qué os pongo?

—¡Para mí uno de jamón con tomate y una ración de patatas fritas! ¿Tú qué? —preguntó Pecú volviéndose hacia Miguel.

Miguel miró a Claudia.

—¿Te pedimos algo?

—¡Sí! —Claudia se dirigió a Pecú—. Un bocadillo de atún con pimientos y un botellín.

—Miguel, ¿a ti qué te pido? —insistió Pecú—. ¡Que se nos pasa la vez!

—Yo también uno de atún con pimientos.

—¿Atún con pimientos? ¡Pero si no te gustan los pimientos!

—Sí, pero ahora ya me gustan.

No le apetecía explicarle que, a partir de ahora, todo lo que le gustara a Claudia le gustaba también a él.

—¡Pero si ayer estuviste una hora quitando el pimiento que había puesto la filipina en la tortilla!

—Ya, pero ayer era ayer y hoy es hoy.

—Bueno —resopló Pecú resignado—, voy a la barra a pedirte uno de lomo, que sé que te gusta.

—Vale.

Cuando se quedaron solos en la mesa, Claudia parpadeó con sus largas pestañas cobrizas y, por primera vez desde que los habían presentado, le habló a Miguel con intención de comenzar una conversación:

—Cómo te cuida tu amigo, ¿no?

Se quedó tan sorprendido con la pregunta que no contestó. Si le cuidaba. No lo sabía ella bien. Sacó el paquete de tabaco y el mechero, ofreció a Claudia y encendió los dos cigarros, primero el de ella. Luego dio una larga calada al suyo mientras observaba en silencio a Pecú, que esperaba el pedido charlando con unos y con otros, y se acarició instintivamente el interior de la muñeca.

—¿Ves esto? —preguntó enseñándole a Claudia una cicatriz—. Me la hizo él.

Ella miró la cicatriz e hizo un gesto de extrañeza. Él esperó a que desapareciera el dibujo que acababa de formar en el aire con el humo del cigarro.

—Estábamos de acampada cuatro colegas en una zona boscosa del norte a la que vamos todos los veranos y, mientras preparábamos la cena, fui a abrir una lata y me corté. Llevábamos bebiendo toda la tarde, pero Pecú, no sé cómo, se despejó de golpe y fue a buscar un botiquín que llevaba en su macuto porque su padre se había empeñado en que hiciera un curso de primeros auxilios. Yo estaba tan pedo que ni me cosqué de la gravedad del corte, pero cuando la sangre empezó a salir a borbotones, él me echó sobre la herida abierta una botella entera de ginebra para desinfectarla y me suturó como si fuera un cirujano.

Había sangrado, sí, aunque no a borbotones; y Pecú le había cosido, sí, pero de aquella manera, ¿y qué?

—¿De verdad?

—De verdad. El médico del pueblo dijo luego que mi amigo me había salvado la vida. Así que si quieres saber si me cuida, en esta muñeca tienes la respuesta.

Le pareció que lo de la respuesta en la muñeca le había quedado bien, incluso poético, y miró de reojo a Claudia para ver su reacción, pero ella estaba pendiente de Pecú, que regresaba con el plato lleno de bocatas.

—Pillad cada uno el vuestro, ahora nos traen las birras —dijo sentándose—. ¿De qué hablabais?

—De nada.

Al cabo de media hora charlaban de todo como si se conocieran de siempre y Miguel se sentía tan cómodo que, por momentos, olvidaba que estaba ante la chica de sus sueños y perdía el miedo y las ganas de esconderse. Porque Claudia no solo era tremendamente guapa, sino que también era muy divertida y tenía un algo —esa naturalidad con la que se relacionaba con el entorno, esa calma, ese *la*

vida es solo eso: vida— que hacía que uno se sintiera tranquilo estando a su lado. «Porque la vida es solo eso: vida», había dicho Claudia hablando de no sé qué. Tenía una risa contagiosa, movía las manos sin imposturas y, sin imposturas, se apartaba el pelo de la frente. Cuando prestaba atención a lo que estaban contando, se acariciaba el lóbulo de la oreja y entornaba los ojos escuchando con curiosidad. De vez en cuando, se mordía el labio inferior. Bebía cerveza sin vaso, fumaba sin tregua y mojaba las patatas fritas en el ketchup sin remilgo. Iba a conciertos y al cine. Leía. Le gustaba la política, defendía su postura con convencimiento y no se dejaba encandilar. Miguel asumió que sí, que vale, que solo era vida y, como solo era vida, sería adicto a esa mujer hasta la muerte.

—Hey, así que tienes novio... —oyó que decía Pecú.

Se atragantó. Estaba tan ocupado analizando que si la risa, que si las manos, que si el labio, que si pamplinas, que se había perdido lo más importante de la conversación. Mierda.

—Sí, pero casi siempre está de gira con su grupo.

Que te guste una chica con un novio músico es lo peor que le puede pasar a alguien en la vida.

—¿Y qué música hace?

—Reggae.

Que el novio de la chica que te gusta tenga un grupo de música reggae es lo segundo peor que le puede pasar a alguien en la vida.

—¿Reggae? —dijo Pecú—. Ah, pues cuando toque aquí vamos los tres al concierto.

Sí, hombre, al concierto. Una cosa es hacerse el simpático y otra ir al concierto del novio de la chica que te gusta que quiere ser Bob Marley. Solo imaginar al rasta en el escenario y a Claudia canturreando sus canciones le abrasó el pecho. Celos. Empezábamos bien.

—Esta noche hacemos una fiesta en mi casa por el cumpleaños de este —dijo Pecú—. Igual tus amigas y tú os queréis venir.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó volviéndose hacia Miguel.

—Sí.

—¡Felicidades! ¿Cuántos cumpleaños?

—Veinte.

—He quedado con mis amigas para ir al concierto de un colega, pero quizá nos podamos pasar después. ¿Me dais un teléfono y os llamo para confirmar? —preguntó.

—Miguelón, dale el tuyo, que en tu casa siempre hay gente.

Miguel vio cómo Claudia apuntaba las cifras del número de su casa en una

servilleta de papel y se la metía en el bolsillo de atrás del pantalón vaquero levantándose un poco el jersey y dejando a la vista una camiseta interior. Luego se subió la cremallera de la cazadora de cuero y salió de la cantina enroscándose la bufanda.

—Huele a tu casa.

Pecu siempre decía lo mismo cuando salían del ascensor y esperaba en el descansillo a que Miguel abriera la puerta de servicio. Magda entró en la cocina casi a la vez que ellos.

—¿Ya estáis aquí?

Si los estaba viendo es que estaban allí.

—Te hemos pillado dormida, ¿eh, Magda?

Estaba despeinada y se alisó un blusón de flores con el que solía andar por casa.

—Qué va, estaba viendo una película, ya sabéis que a mí no me gusta dormir la siesta.

Su madre no reconocía lo que no quería.

—Pero, mamá, si estabas dormida, ¿por qué no lo dices?

—Que no. Cómo oléis a tabaco, ya verás como venga tu padre. ¿Habéis comido? —preguntó mientras sacaba un bol de albóndigas.

Habían comido, sí, pero siempre tenían hambre, sobre todo Pecu, que se lanzó al cajón de los cubiertos a por un tenedor.

—Mamá, ¿ha llamado alguien por teléfono?

—Que yo sepa no.

—Pero ¿no ha llamado nadie o has estado hablando tú?

—Yo he hablado un rato con tu tía.

—¿Cuánto rato?

—Pues un rato, no sé, un cuarto de hora.

Ya sería media hora, solo faltaba que hubiera llamado Claudia y el teléfono comunicara.

—Jobar —dijo enfurruñado—, es que estoy esperando una llamada muy importante.

—Pues si es tan importante, ya volverá a llamar. Y que te he dicho que en esta casa no se dice jobar.

Miguel entró en la sala de estar y comprobó si el teléfono estaba bien colgado. Luego escuchó si había algún mensaje en el contestador. Nada.

—¿Quién tiene que llamar, hijo, que te pone tan nervioso?

—No le hagas caso, Magda, es que igual vienen unas chicas a la fiesta de esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Qué chicas?

—Ningunas —contestó Miguel.

—Unas de la facultad —contestó Pecu.

¿Por qué tenía que contarle todo? Salió de la cocina, fue a su cuarto y cerró de un portazo. Al minuto, entró su amigo.

—¿Tú cómo eres tan borde?

—¿Y tú por qué le cuentas todo a mi madre, que luego no deja de preguntarme?

—¡Pero si únicamente he dicho que igual vienen unas de la facultad! No sé por qué te pones así, solo se preocupa por ti.

Miguel quiso decirle que venga, que vale, pero no le apetecía sacar el tema de las madres con él.

—Oye —preguntó mientras cogía del armario una camiseta limpia—, ¿tú crees que vendrán estas?

—¿Qué estas?

—Estas. Claudia y sus amigas.

—Ni idea. Sé lo mismo que tú.

¿Qué significaba «Sé lo mismo que tú»? ¿Que iban a venir o que no iban a venir?

—Di, ¿crees que van a venir o que no?

—Pero, Miguelón, no seas coñazo. ¡Yo qué sé! —respondió tumbándose en la cama—. Si quieren venir, que vengan, y si no, que no vengan. ¿Qué haces? ¿Te vas a duchar?

—Sí.

—Tú verás, pero tenemos que hacer la compra y luego te entran las prisas, que te conozco.

—Son cinco minutos. Juégate una partida mientras tanto, anda —dijo lanzándole la consola.

—Qué pesado eres, colega.

Mientras sentía el agua caliente mojándole el cuerpo, Miguel cayó en la cuenta de que igual sonaba el teléfono y con el ruido del agua no lo oía. Su madre entraría en la habitación a buscarle y, al ver que no estaba, le pasaría el inalámbrico a Pecu. Les imaginó hablando. Salió de la bañera y se secó a toda velocidad.

—Mamá, ¿nos dejas el coche?

—No.

—Anda, por favor, mamá, que en el autobús no podemos traer la compra del cumpleaños, por favor, por favor, por favor.

—No.

—Venga, Magda, déjanos el coche, te prometo que lo cuidamos.

—Bueno, anda, cansinos, que sois unos cansinos —di-jo sacando las llaves del bolso—. Pero en media hora lo quiero de vuelta. Media hora. Ni un minuto más ni un minuto menos. ¡Y no hagáis derrapes!

—¡Gracias!

Hicieron unos cuantos trompos en el descampado y fueron al supermercado del centro comercial.

—¿Tú crees que con quince litronas habrá para todos?

—Espera, vamos a contar cuántos somos. Nosotros dos. Álex, Iñaki, Carlos, Julio, Raúl, Almudena, Javi y su novia. Tu hermano Diego, Nerea y sus colegas. Pedro y los gemelos Sanjurjo...

—¿Cuántos llevo?

—Dieciocho.

—Coge otras diez. Nos hemos forrado con el mus, podemos gastar a mansalva.

—¿Y de alcohol?

—Whisky, ron, ginebra, Martini.

—Vamos primero a por la bebida y los refrescos, y luego vamos a por el hielo, los vasos de plástico y el papeo.

—Mi madre ha hecho tortillas, croquetas, empanadas de atún, ensaladilla rusa y sándwiches.

—Tu madre es total, tío. Recuérdame que esconda unas cuantas croquetas para desayunar mañana. Nosotros pillamos aceitunas, ganchitos y patatas con jamón.

—Oye, una cosa, ¿y si Claudia y estas aparecen más tarde y nos lo hemos comido todo?

—¿Qué?

—Que si Claudia y sus amigas llegan tarde y no queda nada para que coman, que qué hacemos.

—¡Pues que hubieran venido antes, no te jode! ¿Estás tonto o qué?

—Yo solo pregunto.

—Oye, Miguel, no te gustará Claudia, ¿no?

—No.

—Ah, es que no sé si te das cuenta o lo haces inconscientemente o qué, pero desde que nos hemos ido de la cantina has preguntado veinticinco veces si va a venir a la fiesta.

—Vale, pero no me gusta.

—Vale, pero si te gusta Claudia, dímelo.

—Que no me gusta.

—Pero si te gusta, me lo dices.

—Que no me des la brasa, que no me gusta.

—Pues deja de hablar un rato de ella, anda.

Un suave olor a incienso penetró lentamente por su nariz en cuanto salieron del ascensor del ático. «Huele a tu casa», pensó Miguel. Entraron por la puerta principal, atravesaron el recibidor y pasaron al enorme salón con chimenea que tenía unos ventanales que daban a una terraza con hamacas y árboles plantados en maceteros. Al encender las luces de interior, el sofá rinconera, la butaca de cuero giratoria y la alfombra de vaca se reflejaron en los cristales de las ventanas produciendo un efecto óptico que duplicaba el espacio. Pasaron a la cocina a través de unas puertas correderas que hacían de falsa pared y dejaron las bolsas del supermercado sobre la encimera. A Miguel le alucinaba la casa de Pecú. Cuando su madre se marchó, su padre había contratado a un arquitecto que tiró los tabiques, unió la cocina con el salón y convirtió las cuatro habitaciones originales en dos dormitorios con baño separados por un distribuidor de armarios empotrados. Un flipe.

Estaban sacando las botellas de las bolsas cuando oyeron la llave en la puerta.

—A ver qué habéis comprado, que me entere yo.

—¡Leopoldo! —Miguel corrió a darle un abrazo.

—Hola, chavalote. ¿Qué tal te sienta cumplir veinte años?

—¡Bien! —respondió. Estaba muy contento de que hubiera llegado antes de que empezara la fiesta, quería decirle algo.

El padre de Pecú se quitó la gorra de piloto, la dejó encima de uno de los taburetes de la cocina y se acercó a su hijo.

—¿Qué pasa contigo? —dijo chocando los nudillos.

—¿Qué tal, viejo?

—Bueno, bueno, bueno... —Leopoldo cotilleó las bolsas del supermercado—. Si habéis comprado alcohol para un batallón. ¿Cuántos sois?

—Veinte.

—My God!

—¿A qué hora vuelves luego? —preguntó Pecú—. Lo digo por saber cuándo hay que echar a la gente.

—Pista libre. No duermo en casa. Toda para vosotros.

—Oye, Leopoldo... —dijo Miguel con la voz entrecortada—. Que nada, que gracias por dejar que haga aquí la fiesta, en mi casa hubiera sido imposible, mis padres son un coñazo y siempre están.

—No se cumplen veinte años todos los días, Miguelón. Y ¿sabéis qué? —dijo abriendo la nevera y sacando una botella de champán—. Que lo vamos a celebrar nosotros antes de que lleguen vuestros amigos, me dejen la casa hecha

un cristo, me cabree y no vuelva a dirigiros la palabra en toda mi vida.

Leopoldo abrió una de las puertas correderas de la terraza y descorchó la botella apuntando hacia el cielo de la ciudad que se veía a lo lejos.

—¡Alehop! Vais a alucinar con este champán que me regalaron el otro día en París. No habéis probado uno así nunca, ni probaréis más —dijo llenando las copas hasta que las burbujas alcanzaron el borde. Miró a Miguel—. Quiero hacer un brindis por ti, Miguelón, para desear que tengas una feliz fiesta de cumpleaños que sea el principio de una vida llena de emociones, de pasión y de instrumentos para que se cumplan tus deseos. Tú me has dado las gracias antes, pero soy yo quien debe dártelas, por cuidar de mi hijo como si fuera tu hermano y hacer que forme parte de tu familia como si fuera la suya.

A Miguel se le humedecieron los ojos y aguantó como pudo sin parpadear para que no se le notara.

—Papá, no jodas que estás llorando. ¡Y el Miguelón también! —dijo Pecú partiéndose de risa.

—¡Qué mayores os estáis haciendo, cabrones! ¡Y qué mayor me hacéis a mí!

—Pero ¡si estás como nosotros!

—Anda ya, Miguel, os saco unas cuantas generaciones.

—¿Cuánto es una generación?

—Depende de muchos factores, pero a mí me gusta medir el tiempo de cinco en cinco años. Veréis —dijo Leopoldo levantando la copa y observando las burbujas al trasluz para captar la atención de los chavales—, en un viaje que hice hace mucho tiempo un anciano me aseguró, mientras miraba una bola de cristal llena de burbujas, que la historia completa de un hombre cabía en un solo día. Y que si el ser humano quiere saber cómo es su vida, solamente tiene que observar su día de cumpleaños cada cinco años desde la mañana hasta la noche: en qué cama se despierta, qué hace durante la jornada, con quién se relaciona, de qué van sus conversaciones, qué personas están alrededor de su tarta, qué regalos recibe y en qué circunstancias vuelve a cerrar los ojos para dormir. Porque cada cinco años, dijo aquel sabio, el mundo cambia, y cuando uno se quiere dar cuenta, es otro.

—¡Te lo inventas, seguro que el viejo eres tú! —soltó Pecú.

Sin embargo, Miguel levantó su copa imitando a Leopoldo y observó las burbujas doradas que subían del fondo a la superficie. ¿Cómo sería él dentro de cinco años siendo «otro»? ¿En qué se parecería el otro a este? ¿Viviría solo el otro? ¿Dónde celebraría el otro su cumpleaños? En casa de Leopoldo seguro que no, estaría harto de ellos. Balanceó la cabeza. Hum. No había celebrado aún su fiesta de los veinte años y ya estaba pensando en cómo sería la de los

veinticinco. Bah.

Brindaron. El champán le dejó en el paladar un regustillo extraño que le hacía cosquillas porque no estaba acostumbrado, en su casa los acontecimientos se celebraban con una botella de sidra. «Parece que se me ha subido un pelín», solía decir Magda. Miguel miró a sus acompañantes y sonrió. Estaba contento hoy y le gustaba mucho estar con Leopoldo. Les dejaba beber vino y champán, tenía planes los viernes por la noche, hablaba con ellos como si fuera uno más y siempre estaba de buen humor. No parecía un padre. En cuanto tuviera oportunidad le comentaría lo de Claudia, lo tenía que saber todo de mujeres. Cuando les hablaba de sus viajes, Miguel le imaginaba en la habitación de un hotel metido en un jacuzzi con espuma lleno de tías en pelotas. O tumbado en la arena de una playa caribeña rodeado de mulatas en tanga con las tetas al aire. O en un restaurante de Tokio, comiendo pescado crudo sobre una asiática en bolas. Algunas noches se pajeaba fantaseando con las mujeres que habría en la vida de Leopoldo queriendo ser él.

—Tengo un regalo para ti, Miguel.

—¡Ups! ¿De verdad?

Leopoldo se acercó al mueble del salón y sacó de una cajonera un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Era un libro de poemas de Jaime Gil de Biedma y había una dedicatoria escrita a mano en la primera página: «A Miguel, por su veinte cumpleaños, para que aprenda a llevarse la vida por delante y tarde mucho en descubrir que la cosa va en serio. Con todo cariño, Leopoldo».

—Eh, colega, que yo también tengo un regalo para ti —interrumpió Pecú riéndose—. Lo he pillado en el centro comercial con el dinero que hemos ganado esta mañana en el mus, así que es un regalo que te hago yo y que te haces tú también. Toma.

Era otro libro. Venía envuelto en un papel de la Librería Paco. Lo abrió. «*Mujeres*. Charles Bukowski». También había una dedicatoria escrita a bolígrafo en la primera página: «Pa que tomes nota y te hinchas a follar. Tu amigo Pecú».

Está pegando botes en medio del salón mientras se va acercando a la barra de la cocina para ponerse otra copa siguiendo el ritmo de la música que suena por los altavoces del equipo de Leopoldo. Abre la nevera para coger unos hielos, vuelve a llenarse el vaso de whisky con Coca-Cola y echa un vistazo alrededor. La casa está petada de gente que baila, bebe y fuma sin parar; y Pecú está pinchando los temas del año, que se meten como una matraca en la cabeza. Se asoma por la ventana de la cocina y ve que Iñaki, Álex y su hermano Diego están liándose un canuto de marihuana en la terraza. Bien. Le reconforta saber que su hermano también fuma porros. Mira hacia el interior de la casa a través de las puertas correderas, que están abiertas, y ve a la novia de Diego, Nerea,

junto a otros colegas que se están poniendo finos a cubatas y que han aparecido sin avisar, porque eso es lo que tienen las fiestas en casa de otros, que la gente se apunta aunque no conozca de nada a los anfitriones. En el centro del salón hay un grupo bailando y, detrás del mueble-bar, unos cuantos preparan mojitos con una botella de ron cubano que tenía escondida Leopoldo mientras hablan de política por discutir de algo. Mueven mucho las manos, gesticulan con los ojos y la boca y alguno tiene la cara tan roja que parece que va a explotar. Lo están pasando bomba. Bomba-explotar. Ja. Qué tontería. Miguel se ríe solo porque se siente feliz. Han venido todos. Todos menos Claudia, pero ya lo suponía. Lo típico. Que sí voy, que os llamo luego, que me apunto cuando salga del concierto, que quiero felicitarte por los veinte años, blablablá. Pamplinas. Seguro que sabía que no iba a venir desde el principio. Seguirá en ese tugurio de mierda aplaudiendo a un cantamañanas con su guitarra que fijo que también toca la pandereta. Si a Claudia le gusta la pandereta, a él le da algo. Claro que si su novio es un músico con rastas, por qué no le va a gustar también la pandereta, igual por eso lleva en la mochila esos colgajos que suenan como un cascabel. Intenta quitarse de la cabeza la imagen de Claudia tocando la pandereta en una playa con su novio rasta y se mete una empanadilla en la boca. Ha perdido la cuenta de las que se ha comido y también la del número de copas que lleva en el cuerpo. Qué más da. Mira la hora: las once y media. Pega un sorbo, deja la copa en la encimera de la cocina y se lanza a la pista.

—¡Vamos, Miguelón, dale!

Tiene fama de bailar bien. Se acerca moviendo las caderas hasta el centro del salón, se tumba en el suelo boca arriba y empieza a dar vueltas sobre sí mismo mientras el resto de la gente le jalea: «¡Miguelón!, ¡Miguelón!, ¡Miguelón!». Rodando sobre la pista, quiere sentir lo que se siente cuando uno apura los últimos minutos de los diecinueve años; quiere ver pasar por delante de sus ojos lo que no volverá: la etapa del colegio, las clases extraescolares y el instituto; las peleas con su hermano; las carreras con la bici y los partidos de futbito en los que nunca marcó un gol. Quiere verse colgando de la barra del gimnasio para ganar centímetros o dándose limón en la frente por las noches para evitar que le salieran granos. Quiere ver los morreos en el parque. Los veranos de acampada. Los polvos en el asiento de atrás de un coche. Los conciertos sin entrada y los botellones. Las tías que siempre le gustaron. Quiere ver esos recuerdos que cierran una etapa cuando empieza otra, pero Miguel solo mantiene en la retina la imagen de una melena ondulada recogida con un lapicero azul sobre la nuca.

—¡Menuda marcha tenéis!

¿Quién ha dicho «Menuda marcha tenéis»? Si alguien ha dicho eso,

significa que antes no estaba en la fiesta, porque nadie va a soltar «Menuda marcha tenéis» si está en la fiesta. ¡Claudia!

Pegó un brinco y se dio cuenta de que estaba solo en medio del salón porque los demás habían ido a arremolinarse alrededor de las tres chicas que acababan de llegar. Vaya con los babosos. Aprovechó el receso y fue al cuarto de baño. Se miró en el espejo. Menuda pinta. La camiseta estaba empapada y arrugada por el baile y no había manera de alisarla un poco. Se quitó las gafas, las limpió con un trozo de papel higiénico y se lavó la cara con agua fría. ¿Por qué tiene que llegar la chica de sus sueños en el preciso momento en el que él está haciendo el imbécil sobre la pista?, ¿eh? ¿Por qué? ¿No podía haber llegado antes? ¿No podía haber llegado al principio, cuando estaba recién duchado oliendo al aftershave de su hermano y podía servir copas y pasar la bandeja de croquetas sin tambalearse? ¿Por qué tenía que llegar ahora? ¿Por qué tiene tan mala suerte, joder, por qué? Cuando salió del cuarto de baño, todo había vuelto a la normalidad. La gente bebía y fumaba sin parar y la música sonaba otra vez a todo volumen. Miguel se acercó a Claudia. Con el pelo suelto estaba increíble de guapa.

—¡Hola!

—¡Hola, Miguel! —Se dieron dos besos. Los segundos dos besos de su vida—. ¿Dónde te has metido? Al entrar te hemos visto bailando y luego has desaparecido.

—Creí que no vendrías. ¿Cómo sabías la dirección?

—Llamé por la tarde a tu casa, pero tu madre me dijo que estabas en la ducha y hablé con Pecú.

¡Lo sabía! Y el capullo de su amigo sin decir nada.

—Por cierto, ¡qué bien bailas! Con lo tímido que parece...

Se sonrojó en milésimas de segundo. ¿Qué podía decir? Que no, que no es tímido, que si es tímido es por ella, que le corta la respiración cuando la ve, que se pone malo, malo pero bien, le puede decir eso, que se pone malo pero bien, ¿cómo va a decirle eso? No, no está tan loco. Eh, han quitado la música, alguien acaba de apagar las luces y ¿qué diablos...?

—¡¡¡Cumpleaaaños feeliiziiiiizzzzzz, cumpleaaaños feelizzz, te deseaaamos tooodos cumpleaaaños feeliiziiiiizz!!

Su amigo salió de la oscuridad llevando una gran tarta con un montón de velas encendidas. Miguel distinguió, entre todas, la voz grave de Claudia intentando entonar el *Cumpleaños feliz* sin mucho acierto. Dichosa canción. Mira que es difícil.

—¡Venga, Miguelón, pide un deseo y apaga las velas! Dale.

Cerró los ojos y sopló. Los invitados rompieron a aplaudir, encendieron las

luces y todos fueron desfilando ante él dándole besos y collejas para felicitarle por los veinte años recién cumplidos. No podía ser más afortunado.

«El cielo es más negro en Cambria que en cualquier otro lugar del mundo, por lo menos esta noche», pensó Miguel apoyado en la barandilla de la terraza mientras comparaba los millones de luces que dibujaban la ciudad al fondo con la oscuridad que imperaba a su alrededor. Había salido a fumarse un canuto, pero, a pesar de la manta que había cogido de la hamaca, tenía frío. Dejó el porro apoyado en uno de los maceteros y regresó al interior de la casa.

Todavía hay gente bailando en el salón, tres o cuatro rebañan los restos de tortilla y un par de parejas se magrean en el sofá. No sabe dónde está Pecu, hace un buen rato que no le ve. También ha perdido de vista a Claudia y a sus amigas, se habrán ido a la francesa, da igual, por lo menos han venido a la fiesta.

Atravesó el salón, llegó al distribuidor que daba a los dormitorios para ir al cuarto de baño y oyó ruidos en la habitación de Leopoldo. Se enfadó, nadie podía pasar a esa zona, todos sabían que tenían que ir al cuarto de baño del vestíbulo. Le extrañó que la puerta del dormitorio estuviera entreabierta y asomó la cabeza. No vio nada, la luz estaba apagada. Se asomó un poco más y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, percibió dos cuerpos sobre la cama y escuchó gemidos. Dio un paso atrás. No quería mirar, pero la curiosidad le impedía marcharse. Prestó atención. No. No, qué va, no puede ser. El corazón empezó a bombearle sangre muy deprisa. No. Se apretó con las manos las sienes para calmar los pálpitos. No, no puede ser. Le temblaba todo el cuerpo, ¿o es el suelo? Se asomó al dormitorio para mirar por última vez y un terremoto atravesó su espalda. ¡No! ¡No puede ser! Miguel se dio la vuelta y echó a correr ciego de rabia hacia la puerta de salida de la casa. Sin esperar a que subiera el ascensor, bajó por las escaleras de servicio y, al llegar al jardín, se arrastró sobre la hierba mojada intentando arrancar de su mente la imagen del cuarto en penumbra.

No, no se oía ningún helicóptero de salvación.

Era su fiesta de cumpleaños. Su jodida fiesta de cumpleaños. Y ella había salido de un concierto con sus amigas y había llegado hasta Cambria para verle a él y susurrarle al oído «Feliz cumpleaños, Miguel», y besarle muy cerca de la comisura de los labios pasando su brazo derecho por detrás de su cuello. Cuando estaba en la barra, se había acercado tres veces para que le rellenara la copa y él le había contado cosas, no sabe qué, pero le había contado cosas, qué más da lo que le hubiera contado, ella reía y reía de una manera tan bonita que a él le cosquilleaba el corazón o las entrañas o lo que fuera. «Me gusta cómo eres, Miguel. Me encanta hablar contigo». Lo había dicho, joder, Claudia lo había dicho.

Está tan mareado que no es capaz de atinar con la llave. La cerradura de la

puerta se mueve de un lado a otro y, por más que intenta acertar en la rendija, es imposible. Rogó al cielo para que su madre no se despertara y fuera ella quien acabara abriendo la puerta al borracho de su hijo, se concentró otra vez y ¡zas!, la llave giró al fin. Menos mal.

La luz de la cocina estaba apagada y el piloto rojo del lavavajillas probaba que hacía un buen rato que sus padres habían terminado de cenar. Del cuarto de estar salía una ráfaga de luz tenue.

—Miguel, hijo, ¿ya estás aquí?

Claro que está aquí, por eso ha oído la puerta.

—Sí.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí.

Mentira. Ha sido el peor día de su vida. Su mejor amigo se está tirando a la chica de sus sueños en la cama de su padre, pero qué más da. Miguel, el pringao. Entró en el cuarto de baño con ganas de vomitar y, después de dos o tres arcadas, decidió gatear hasta su habitación, meterse en la cama y esperar a que se le pasara el mareo, la tristeza y la borrachera. Al primer intento de cerrar los ojos, vio el cuerpo desnudo de Claudia moviéndose bajo el cuerpo de Pecú recibiendo sus embestidas. Una, dos, tres, cuatro. Abrió los ojos. Quiere quitarse esa imagen de la cabeza. Una, dos, tres, cuatro. No, por favor, no. Que no haya pasado. Una, dos, tres, cuatro. No, por favor. Su cabeza entró en un bucle en el que el cuerpo de su amigo y el de Claudia empezaban a agigantarse dentro de él, ocupándole entero y sin dejarle respirar. ¡No, por favor, que no esté pasando!

—Miguel, hijo, ¿te ocurre algo?

—Que me dejes en paz, mamá, y cierres la puerta.

—Pero ¿estás bien?

—Que sí, que me dejes, que quiero estar solo.

Su madre cerró despacio la puerta de su habitación y se marchó al dormitorio puliendo el parqué del pasillo con sus zapatillas de felpa. No te vayas, mamá, joder. No me dejes aquí con mi mierda de noche, que estoy sangrando. Vuelve, por favor, ven a curarme la herida como cuando me caí de la bici en el parque y me hice una brecha enorme. Me pusiste agua oxigenada y mercromina y te quedaste conmigo en la cama acariciándome la cabeza hasta que me quedé dormido. Ven, mamá, que lo voy a poner todo perdido de sangre. Vuelve a preguntarme si estoy bien para que pueda decirte que no, que no estoy bien, que quiero que te quedes conmigo.

Aferrado a las sábanas, oyó a Magda acostarse y apagar la luz de la mesilla. Rompió a llorar. «Me encanta cómo eres». Lloró, lloró y lloró hasta que se vació de lágrimas y de pena. Cuando se cansó, encendió el flexo, cogió una libreta que

había sobre la mesa y escribió cuidadosamente la palabra «Claudia». Arrancó el papel, se lo metió en la boca y estuvo masticando muy despacio durante un buen rato. Luego bebió un poco de agua para que no se le quedara el nombre atravesado en la garganta, y se lo tragó.

MIGUEL Y CLAUDIA

Salieron de la cafetería y caminaron juntos por la avenida hacia el Parque Grande. Claudia parecía relajada. Su forma de mover las manos cuando hablaba y de entrecerrar un poco los ojos, como si estuviera concentrada o la conversación la llevara a otro lugar, le resultaban tan familiares a Miguel que parecía mentira que hubieran estado tanto tiempo sin verse. Sacó del bolsillo del pantalón la servilleta con la que había estado jugando Claudia, la lio en forma de flor, se la puso en la oreja y siguió andando. Ella sonrió al verlo.

—Me encanta cómo eres. Muchísimo. Siempre me ha gustado.

Seguía siendo tan exagerada en el lenguaje como antes, menos mal que la conocía.

—¿Ya no fumas?

No le había visto sacar ningún cigarro en el rato que llevaban juntos.

—Qué va. ¿Y tú?

—Tampoco, aunque algunas veces lo echo de menos.

«Qué concepto tan amplio y tan extraño es echar de menos», pensó Miguel al decirlo.

—¿Tienes que irte o puedes quedarte un rato? —preguntó Claudia.

—No, no tengo que irme. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Qué raro que no tengamos que irnos ninguno de los dos, ¿no?

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú siempre te estabas yendo, siempre tenías cosas que hacer.

—Eres tú quien te fuiste.

Tú, yo, qué más daba ahora.

—¿Te apetece dar una vuelta?

—Vamos.

La primavera había descargado sobre la ciudad la primera tormenta de abril, y aunque la tarde estaba despejada, todavía quedaban algunos charcos en las aceras y el ambiente era fresco. Miguel observó que Claudia bajaba las mangas de su jersey hasta cubrirse las manos, pero no lo interpretó como si tuviera frío, sino como un gesto que la había visto hacer antes miles de veces. Estiraba las mangas por el elástico de la muñeca y las enganchaba de alguna manera en los pulgares dejando al descubierto solo la parte final de los otros cuatro dedos.

—¿Tienes frío? —preguntó por si acaso.

—No, hace bueno. ¿Y tú?

—Estoy bien.

La cercanía del parque llenaba el aire del olor a césped mojado y, al aspirar, a Miguel le invadió una extraña sensación entre el bienestar y la melancolía,

pero no, no quería pensar en nada, solo dejarse pasear junto a ella. Giraron a la derecha, entraron en su calle y pasaron por delante de la puerta de su casa, pero él no dijo nada; no dijo: «¿Te acuerdas de mi buhardilla?», y Claudia tampoco dijo nada; no dijo: «Este era tu portal, ¿no?», aunque Miguel percibió que desviaba un segundo la mirada hacia el portón de madera.

—Miguel —preguntó así, como soltaba ella las cosas—, ¿crees que seguimos siendo los mismos?

Esa pregunta se la había hecho él en varias ocasiones y nunca había sabido qué contestar. Leopoldo había dicho un día que cada cinco años el mundo cambiaba, «... y cuando uno se quiere dar cuenta, es otro», pero Miguel no estaba seguro de que eso fuera cierto. Cambiaban las circunstancias, sí, pero quizá solo era eso lo que giraba.

—Mira —dijo delante del escaparate de una tienda señalando el reflejo de ellos dos en el cristal—, ¿a ti qué te parece?

—¡Que tú estás igual!

Miguel no sabía si lo decía de verdad o lo decía por decir, lo único que sabía era que quedaban bien el uno junto al otro. Claudia le dio la mano, cruzaron el semáforo y caminaron hacia la entrada principal del Parque Grande.

II

EL DÍA QUE MIGUEL
CUMPLIÓ 25 AÑOS

—¡Psssh! ¡No me pises el suelo, que lo acabo de fregar!

—Buenos días, Faustina.

—Buenos días o lo que quieras, pero no me pises el suelo, que lo acabo de fregar.

No sabe por dónde quiere que pase si está todo mojado. Miguel camina de puntillas pegado a la pared mientras observa de reojo a la portera, que le mira con la cara apoyada en el palo de la fregona. Nunca ha visto a una persona que se parezca más a un perro salchicha: tiene el cuerpo demasiado largo en comparación con las extremidades, las manos pequeñas, los ojos diminutos, la nariz estrecha y lleva unos pendientes que le cuelgan del lóbulo alargando sus orejas y que hacen que Miguel, cada vez que la ve, tenga ganas de darle unas palmadas en la cabeza. Faustina es seca y especialmente antipática con todos los vecinos excepto con él, porque la buhardilla es propiedad de su hijo, que vive en el extranjero, y Miguel es un buen inquilino. Justo al pasar por delante de ella, él sonríe y Faustina suspira levantando un momento la cabeza y volviendo a apoyar la barbilla en el palo de la fregona hasta que Miguel desaparece escaleras arriba. Se caen bien. La portera le sube el correo cada semana para echar un vistazo al interior cuando él abre la puerta; abrillanta con esmero el pomo de bronce y la mirilla, y a su manera, le cuida. Más de una vez le ha salvado el pellejo cuando salía con Marta, que era muy dada a las visitas sorpresa.

—No subirás a ver a Miguel, ¿no? —ladraaba asomando su hociquillo por la ventana de la portería—. Pues ahórrate el viaje, niña, que no está.

Y claro que estaba, y no precisamente solo. Marta le ponía un mensaje de texto después: *Cariño, fui a verte, pero me dijo la portera que habías salido. ¡Qué pena! Te llevaba un bizcocho recién hecho.* Era muy risueña, Marta, y le quería un montón. Bah. Miguel botó del portal a las escaleras y fue saltándolas de dos en dos hasta llegar a un tramo estrecho de la última planta que le conducía hasta la puerta de su buhardilla. Era una suerte haber encontrado una casa justo enfrente del único parque que tenía la ciudad, así podía salir a correr cuando casi no había amanecido y regresar cuando la luz empezaba a colarse por las ventanas de la vivienda, con orientación sudoeste.

—Aquí vas a tener sol todo el día, incluso en invierno —le había dicho Faustina cuando se lo enseñó—. A mí no me da ninguna envidia porque cuando me hice vieja dejé de soportar la luz y lo que quiero es morirme de una puñetera vez, pero tú... Tú eres un crío y en esta guarida vas a estar rebién.

Entró en casa, puso música, se quitó la ropa de deporte, la llevó a la lavadora, estiró la funda nórdica sobre la cama y se preparó un café. Justo después de tomarlo, notó que se le revolvían felizmente las tripas. Entonces pilló un cómic y se sentó a gozarla, porque ese era uno de los muchos placeres que le

había otorgado la independencia: estar en su propio cuarto de baño sin que nadie le diera la brasa con que acabara pronto ni pudiera entrar a incordiar. Cuando terminó, se pegó una ducha y fue a tumbarse en la cama recién estirada. Viernes libre.

—¿Un día qué? —le había dicho el director de la gestoría.

—Un día libre, don Felipe. Que si me puedo coger el viernes.

—Hay mucho trabajo pendiente, Miguelito.

—Ya, pero es mi cumpleaños.

—¡Acabáramos! No sabía que el día del cumpleaños de uno hubiera que darle fiesta.

—No, si no es por eso, jefe, es que desde septiembre me he quedado todas las tardes hasta las mil y usted no me ha pagado ni una sola hora extra.

Don Felipe levantó la vista por encima de sus anteojos. Se ablandaba cuando le llamaban «jefe».

—Te voy a dar el viernes, chaval, pero no te acostumbres.

Miguel miró el techo de vigas oscuras agujereadas por la carcoma pensando en todas las cosas que tenía que hacer. Lo primero, una limpieza general, que ya iba siendo hora. Luego tenía que coger el autobús para ir a Cambria, parar en la pastelería a comprar una tarta, comer en casa de sus padres, pillar el coche de su madre para ir al aeropuerto y avisar a estos para tomar algo por el cumpleaños. No olvidaba nada, lo tenía todo controlado. Pensando por dónde empezar a limpiar le entró sueño, se dio la vuelta sobre el edredón nórdico y, al apoyar la cara en la almohada, un olor dulce penetró en sus neuronas produciéndole un estremecimiento en la columna y un subidón en la bragueta. Le gusta Ruth. Le gusta mucho. Ella y el pequeño dibujo que lleva tatuado en la espalda, una Campanilla diminuta, el personaje de *Peter Pan*. Leyó una nota que había dejado en la mesilla: «Me voy. Love u». ¿A qué hora se habría marchado? Ni se enteró. Lo pasaban de vicio juntos. Les gustaba la marihuana, el alcohol y el sexo. «¡Y el rock and roll!», aullaba ella cabalgando sobre él. Se veían de cuando en cuando y, aunque no había ningún compromiso entre ellos, les divertía montar escenas de celos o de despecho en plena calle como si se amaran o se odiaran de verdad, pero los dos sabían que solo estaban jugando a intentar quererse. En la vida real no existía el nosotros, no se hacían preguntas y Ruth ni siquiera se había acordado de que era su cumpleaños, igual ni lo sabía.

Le despertó el sonido del móvil.

—Pero, hijo, ¡no me digas que estabas dormido!

—¿Qué hora es?

—La una.

¡La una! Su madre y las horas. El mundo y las horas.

—Me visto y voy.

—Bueno, tú tranquilo. Te llamaba para saber si, aparte del bacalao, quieres que te haga unas croquetas y si traes tú la tarta o me acerco un momento a la pastelería de Clotilde y la compro yo.

—El bacalao está bien. No me da tiempo a encargarme de la tarta.

—Bueno, pues te hago también las croquetas.

Bajó del autobús y tomó el camino hacia casa de sus padres. Lo había hecho tantas veces a lo largo de su vida que conocía de memoria cada establecimiento, cada semáforo y el dibujo de cada uno de los adoquines de las aceras. Miles de mañanas había caminado hacia el colegio primero y al instituto después, intentando no pisar las juntas de las baldosas. «Si llego hasta el final de la calle sin pisar ninguna, ganamos el partido», o «Si cuando llegue al semáforo cuento hasta siete y se pone en verde, apruebo el examen», o «Si adelanto, pero no vale correr, a ese señor que va quince metros por delante de mí, me enrolló con una piba este fin de semana». Era su liturgia. Como cerrar el puño cuando pasaba un camión cisterna y no abrirlo hasta que no viera un perro porque uno de su clase aseguraba que los camiones cisterna cumplían deseos. «Y ¡ojo! —advertía el chaval—, que no puede ser cualquier perro. A la vez que uno sopla el deseo en el puño, tiene que elegir la raza que le podrá liberar». Bastaba que Miguel hubiera elegido al dálmata que corría en el parque por las tardes para que ese día su dueño no lo sacara y tuviera que estar horas con la mano cerrada hasta que las uñas le hacían marca en la palma. No como Pecú, que si en cinco minutos no había visto ningún perro, abría la mano y se quedaba tan ancho.

—¡Pecú, no tengas morro! ¡No hemos visto ningún perro!

—Da igual, ya se me ha olvidado el deseo que pedí.

Pasó por delante de la farmacia, la panadería y el supermercado y giró por la calle que daba a uno de los jardines de Cambria. Atravesó el césped por el camino empedrado hacia su urbanización y, al oír el sonido de una moto, a Miguel le atropelló la nostalgia. Era una Vespa. Casi por instinto se sentó en el césped y, mientras arrancaba los tréboles que se colaban entre las briznas y sentía alejarse el ruido del motor, volvió a la tarde en la que vieron la Vespa roja por primera vez, aparcada en el garaje con un lazo de regalo anudado en el retrovisor.

—Es para los dos, ¿eh? —les dijo Leopoldo—; pero ya podéis tener cuidado, que como os pase algo con la moto, primero me da un infarto a mí y luego me matan los padres de Miguel.

Se volvieron locos de alegría. Su Vespa roja era la más alucinante del planeta y el mundo acababa de abrirse ante ellos cromado y brillante como los amortiguadores del ciclomotor. Se olvidaron del viejo coche de Magda y la

Vespa se convirtió en una prolongación de sí mismos. ¿Quedaban en las canchas de tenis de enfrente de su casa? Iban en la moto. ¿Cenaban donde Álex, que vivía en la urbanización de al lado? En la moto. ¿Estaban de botellón y había que comprar más hielo? Iban ellos en la moto. La conducían los dos, aunque Pecú prefería que la llevara Miguel porque así podía fichar mejor a las tías con las que se cruzaban. Aquel primer verano de la Vespa fue el mejor de sus vidas. Claudia había dejado a su novio reggae y casi todos los días pillaba el autobús en el centro de la ciudad para pasar las tardes en Cambria con ellos. Miguel y Pecú iban a recogerla a la parada con la moto y se apretaban los tres en el sillín, ella en medio, cruzando los dedos para que no los viera la Policía. A través del retrovisor, Miguel miraba cómo Pecú le levantaba el pelo y la besaba en el cuello, pero ¿qué podía importarle si ella iba abrazada a su cintura y él podía sentir sus pechos apoyados en la espalda? Porque mientras Pecú y Claudia disfrutaban de su romance, él vivía su particular historia de algo muy parecido al amor. La amistad le aseguraba a Miguel una complicidad sin artificios que le permitía ir descubriendo qué le gustaba a Claudia, en qué situación estaba más cómoda, qué comentarios le hacían reír. No sería él quien la besara, pero tampoco sería él, en caso de que todo se torciera, quien la hiciera sufrir. Que saliera con su mejor amigo le proporcionaba a Miguel una delicada inmunidad que le hacía sentirse protegido y le permitía disfrutar de lo que estaba viviendo sin esperar nada a cambio. Las tardes que pasaban los tres juntos, encendiendo la amistad entre cañas y cigarrillos, se le hacían gozosas, y durante aquel verano se sintió tan dichoso que llegó a escribir una nota para que la leyeran en su funeral si tenía un accidente y se mataba. «Si fue con la Vespa, que sepáis todos que morí sin querer y jodidamente feliz». El recuerdo le punzó el corazón. Odiaba pensar en Claudia, pero volvía a su cabeza de una forma tan constante que ojalá pasara un camión cisterna para poder soplar dentro del puño que deseaba olvidarse de ella para siempre. Miró la hora en el teléfono. Las dos y media. Se levantó del césped y apretó el paso hacia la casa de sus padres.

—Entonces cerramos la operación y nos vemos después de Año Nuevo para confirmar los detalles... Igualmente, igualmente, Felices Pascuas para vosotros también por si no hablamos antes. Hala, adiós.

«Esto está hecho», dijo su padre colgando el teléfono del salón y sentándose a la mesa cuando ya hacía un rato que los demás esperaban.

—¿Y tú? —preguntó mirando a Miguel mientras desdoblaba la servilleta—, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Es mi cumpleaños.

—Ah, sí, es verdad, hijo. ¿Y cuántos cumpleaños?

—Veinticinco.

—Veinticinco... Pues ya eres un hombre.

—Bueno.

—Pero aparte de eso, ¿tú no tendrías que estar en la gestoría?

—Tengo el día libre.

—¿Que tienes qué?

—El día libre, papá.

—Ah... ¿Y don Felipe qué ha dicho?

—Que sí, ¿o no me ves que estoy aquí?

—No me gusta que andes pidiendo favores a nadie, que luego el que los tiene que devolver soy yo.

—No tienes que devolverle ningún favor a nadie, papá. Es mi trabajo y es mi día libre.

—Que sea la última vez.

Miguel notó que su madre hacía más ruido del normal mientras servía el bacalao, como acostumbraba cuando le incomodaba el tono que cogía una conversación.

—Miguel, hijo, sírvete unas croquetas —dijo señalando la fuente sobre la mesa—. Y Diego, acércame tu plato, anda.

Su hermano le pasó el plato mientras miraba la pantalla de su teléfono móvil.

—No me gusta que estéis con esos aparatos en la mesa.

—Es que tengo mensajes, papá.

—¿Y no los puedes dejar para después de comer?

—Es que son de Nerea.

—¡Es que, es que! Todo el santo día con el es que en la boca, ¿no sabéis hablar de otra manera o qué?

—Es que esta mañana ha ido a hacerse la ecografía y le han dicho que es una niña.

Sus padres se olvidaron del lenguaje y las croquetas, abrieron con desmesura la boca y los ojos juntando las manos y exclamaron a la vez:

—¡¡Una niña!!

Cualquiera hubiera dicho que su hermano acababa de anunciarles la paz mundial, solo faltaba que los músicos de la orquesta de porcelana que ganaron sus padres en un hotel de Mallorca salieran de la vitrina y se pusieran a tocar. Miguel se mareó con el espectáculo y comió el bacalao con ganas de acabar.

—Por cierto —dijo Ricardo antes del postre recogiendo con el cuchillo las migas que había sobre el mantel—, os he dejado en la sala de estar los planos de la cooperativa para que miréis la casa que queréis y podamos hacer la reserva. Elegid con tino, no me seáis cafres: las que tienen buena orientación son las de la

letra «c». Yo estimo que, en cuatro o cinco años, las casas se habrán revalorizado casi el doble. Así que...

—Papá —interrumpió Miguel intentando que la voz no le saliera para dentro.

—... a primeros de año nos reunimos con el director del banco...

—Papá.

—Pero, pesado, ¿no ves que estoy hablando?

—Conmigo no contéis.

—¿Qué?

—Que conmigo no contéis.

Se hizo un silencio en la mesa.

—¿Qué quieres decir con que conmigo no contéis?

—Que no quiero la casa.

—Vamos a ver, Magda —dijo Ricardo mirando a su mujer, que volvía de la cocina con la bandeja de la tarta—. ¿Nosotros tenemos un hijo idiota o se lo hace?

—Por favor, Ricardo, que estamos de celebración.

—Dime, ¿es idiota o se lo hace?

—Joder, papá, que no quiero comprarme una casa.

—¡Ni joder ni hostias! ¡Aquí no se dicen palabrotas! Vamos a ver, alma de dios. —Ricardo se ajustó las gafas, clavó los codos en la mesa y apoyó la barbilla en las manos armándose de paciencia—. ¿Me estás diciendo que vas a renunciar a una inversión que va a ser la oportunidad de tu vida? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No, te estoy diciendo que no quiero comprarme una casa ahora. Es lo único que estoy diciendo. Que no me voy a hipotecar.

—Magda. —Otra vez Ricardo miraba a su mujer—. ¿Será posible que nos haya salido un hijo tan descerebrado? Porque te juro que a mí no me entra en la cabeza, con lo listo que parece. Vamos a ver, Miguel —dijo volviéndose hacia su hijo—, si no quieres vivir en la casa, la compras y luego la vendes, ¿o no te enteras? Porque parece que no te enteras, pero te lo voy a explicar desde el principio: mi socio y yo hemos montado una cooperativa que nos ha llevado mucho tiempo sacar adelante, mucho esfuerzo, muchas gestiones y muchos contactos. Esas casas suponen una muy buena operación financiera para cualquiera que tenga dos dedos de frente, pero tú vas y dices que no. ¡El señorito! ¡El señorito no quiere una casa! ¡El señorito pasa de hipotecas...! El señorito... El señorito... El... —Ricardo se atascó y golpeó la mesa—. Pero ¿se puede saber quién te has creído que eres y qué cojones de mosca te ha picado?

La tarta de merengue tembló con el manotazo y Miguel también tembló,

pero antes de que nadie pudiera decir nada más, sonó el móvil y Diego lo atendió delante de todos.

—Que dice Nerea que feliz cumpleaños —dijo cuando colgó.

—¿Puedo retirarme de la mesa? —preguntó Miguel.

—Puedes hacer lo que te dé la gana.

Se tumbó en la cama de su cuarto en posición fetal mirando el póster de *La guerra de las galaxias* que había pegado en la pared. La voz de Dark Vader resonó en su cabeza: «Yo soy tu padre». Se dio la vuelta y miró la habitación. Todo estaba igual que antes de que se fuera. «Qué ganas tengo de que os vayáis para poner todo esto a mi antojo, que me tenéis harta», decía siempre su madre. En el cuarto de Diego iba a poner la bicicleta estática y en el de Miguel la máquina de coser, pero su hermano se había casado hacía dos años, él llevaba en la buhardilla desde principios de enero y allí todo seguía como si nunca se hubieran marchado y fueran a regresar de un momento a otro.

—¿Puedo entrar?

—No.

Magda entró, se sentó en su cama y le acarició el pelo. A Miguel le incomodó que le tratara como si tuviera cinco años y se revolvió.

—¿Por qué te pones así con tu padre?

No contestó.

—Solo quiere lo mejor para vosotros.

—Solo quiere lo mejor para él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque solo quiere que su negocio salga bien.

—Eso no es verdad, Miguel, no digas que solo quiere que el negocio le salga bien.

—¿Acaso piensa purgar su culpa con una casa que tengo que pagar yo?

—Tu padre no tiene que purgar ninguna culpa porque no tiene que sentirse culpable de nada.

—No, qué va.

—¿De haberse deslomado trabajando para vosotros, de eso tiene que sentirse culpable?

No, mamá, no te equivoques, la que se ha deslomado por nosotros eres tú. La que ha estado cuidando de nosotros eres tú; y la que ha esperado una noche detrás de otra a que papá volviera has sido tú. En silencio, volvió a darse la vuelta en la cama y miró las marcas que había en la pared y que había hecho él de pequeño las noches en las que su padre no regresaba a casa al salir de la oficina. Miguel pasaba la madrugada en vela raspando con las uñas la pintura mientras oía el reloj del salón dando las horas. La una y media. Las dos. Las dos.

y cuarto. Las tres. Las tres y media. De ahí su extraña obsesión por controlar el tiempo. Se tiraba la noche haciendo cuentas para saber cuánto rato de sueño le quedaba porque sabía que, hasta que no oyera el ruido de las poleas del ascensor y la llave entrando en la cerradura, no conseguiría dormir, qué importaba que tuviera un examen a primera hora o se jugara la vida en un partido con el equipo de fútbol. «Son los negocios», decía Magda por las mañanas. Se pasaba la vida justificándole.

—No te enfades, hijo, que la inversión en ladrillo siempre es una buena inversión.

—Eso es lo que cree él.

—No, Miguel, no solamente lo cree tu padre, todo el mundo sabe que es una buena inversión.

—No me importa lo que piense todo el mundo. ¿Crees que yo no he aprendido nada o qué? Lo que no quiero es lo que he visto en vosotros, mamá, que tenéis esta casa y la de la playa y los años se os van en pagar hipotecas. Y yo me niego a vivir así, ¡a ver si os enteráis de una vez!

—No te consiento esos reproches, Miguel. ¡¡No te los consiento!! La vida se nos va en pagar vuestros estudios y vuestra ropa y vuestra comida y vuestro todo, y tú hablas como si hubiéramos hecho algo malo. ¡Bien que has disfrutado viviendo aquí en Cambria y bien que te diviertes cuando vamos a Las Salinas! Y también te gusta mucho ir con tu amigo Pecu a esquiar, ¿sabes por qué? Porque su padre compró un apartamento en la estación de esquí, así que no me vengas ahora con tonterías y con que se nos van los años pagando hipotecas. ¡Lo hemos hecho todo por vosotros, a ver si te enteras tú de una vez!

Su tono le desconcertó. Nunca la había visto así de enojada.

—Perdona si te ha molestado lo que he dicho, mamá, pero no quiero la casa.

—No me molesta que digas que no la quieres, Miguel, a mí me da igual. Lo que me molesta es que ahora digas que no y luego te arrepientas, que tú eres mucho de decir una cosa y luego la contraria.

—No me voy a arrepentir.

—Bueno, lo reflexionas durante unas semanas y luego hablamos — respondió Magda zanjando el tema—. ¿A qué hora llega Pecu?

—A las seis.

—¿Quieres el coche?

—Sí.

—Pues que sepas que el coche también es una propiedad.

—Basta, mamá.

—No, basta tú, que también me tienes harta. Entre unos y otros me vais a

volver loca.

Magda se levantó de la cama de su hijo.

—En el mueble de la entrada te he dejado las llaves y el mando del garaje.

—Vale.

—Y no hagáis trompos.

—Mamá, por favor, que no somos unos críos.

—Bueno, pues no hagáis trompos.

Condujo despacio por la avenida principal de la colonia flanqueada por una larga hilera de plataneros de ramas podadas y de chopos deshojados por el otoño. En el centro de la calzada, en la mediana cubierta de césped que separaba ambos carriles, observó los enormes abetos y arbustos de hoja perenne que mantenían el paisaje verde durante los doce meses del año. Los jardines estaban tan cuidados que no parecían de verdad. A los lados de las aceras, anchas y bordeadas por los alcorques de los árboles, se levantaban las urbanizaciones, con piscina y zonas comunes, protegidas por gruesos muros naturales de setos de tejo que aseguraban la intimidad de los propietarios. Eso era Cambria: una zona residencial a las afueras de la ciudad demasiado bonita, demasiado aburrida y demasiado lejos del bullicio de las calles del centro donde uno podía meterse en cualquier momento a cualquier bar o ir al cine o a los museos o a las tabernas. ¿Cómo iba a comprarse una casa en Cambria si no tenía ningún aliciente para él? La colonia que había sido el símbolo del progreso de sus padres para él solo significaba el pasado; y el casco urbano donde ahora residía, vetusto y de callejuelas estrechas, representaba su presente y su futuro. ¿Para qué diablos quería él un piso en una urbanización ajardinada? A Miguel le excitaba la ciudad.

Al coger la rotonda para tomar la carretera hacia el aeropuerto, recordó el día en el que decidió marcharse de Cambria. Había sido un año y pico antes, cuando Pecú salía hacia el aeropuerto y le hizo un gesto de despedida con la barbilla desde la ventanilla del coche de Leopoldo. «¡Adiós! ¡Adiós!», respondió Miguel desde la puerta de la urbanización. De pronto, mientras decía adiós con la mano, dejó de ver lo que estaba viendo y se encontró sentado en un banquillo de madera ante un tribunal de justicia. Un hombre pequeño y esmirriado, vestido con una toga negra y una peluca blanca, le miraba por encima de sus anteojos.

—Vamos a ver, Miguelito —decía el hombre de negro con su voz aflautada paseándose de un lado a otro de la sala—. Cuando ustedes eran veinteañeros, su mejor amigo se marchó a Austin, al rancho del novio tejano de su madre. ¿Sabe usted dónde está Austin? Está en Texas, en Estados Unidos. Lejos. Muy lejos. Muy lejos de Cambria, de su entorno, de su familia, sí. Pero a su amigo no le importó y se fue allí a montar a caballo, a conocer gente, a aprender inglés, a

tirarse a americanas y a descubrir mundo... Y usted ¿me quiere decir usted qué hizo? Se quedó en casa de sus padres. ¿Por qué? —dijo estirando el brazo y apuntándole con el dedo índice—. Porque es un cobarde.

Le odiaba. Odiaba al hombre de la toga con su voz repugnante. Miguel se levantó del banquillo, se lanzó contra él y le atizó unos cuantos puñetazos en su naricilla de mierda.

—¿Quién tiene miedo ahora, quién? —gritó sentado encima de su cuerpo blando y escuchimizado mientras el público que había en la sala del tribunal rompía a aplaudir—. ¿Quién es el cobarde ahora? ¿Quién?

Cuando volvió a la realidad, estaba de rodillas sobre la acera, el coche de Leopoldo había desaparecido de su vista y solo se escuchaba el rumor lejano de una máquina cortacésped. Miguel se levantó del suelo un poco atontado y entonces, justo entonces, supo que Cambria tenía los días contados para él. Odiaba al hombre esmirriado porque sabía que tenía razón. No podía quedarse por más tiempo entre las cuatro paredes de setos que separaban el lugar en el que había crecido del mundo que se extendía fuera de allí.

Mientras conducía ahora hacia el aeropuerto, le asaltaron sin querer algunas imágenes desordenadas que habían marcado los meses que llevaba viviendo en el centro de la ciudad: el trabajo en la gestoría, el proyecto de fin de carrera, el alquiler de la buhardilla, las noches interminables, Claudia. Otra vez su nombre le arañó la garganta. Redujo la velocidad y se concentró en buscar una plaza en el aparcamiento subterráneo.

—Me han puesto un vuelo transoceánico a última hora —le había dicho Leopoldo tres días antes por teléfono—. No regreso hasta el viernes por la noche y el avión de Pecú llega de Estados Unidos a las seis de la tarde. ¿Podrías ir tú a recogerle?

Le daban pavor los aeropuertos. Le parecían demasiado grandes y ambiciosos, y la miopía le impedía ver con nitidez las pantallas plagadas de letras minúsculas cambiando a cada décima de segundo. Tenía miedo de perderse por los pasillos o no escuchar bien la megafonía con el ruido de los trolleys patinando sobre el mármol y tampoco le gustaba la gente que pululaba por ellos. Nunca sabía si se abrazaban llorando de pena o de alegría porque se iban o porque acababan de llegar, ni si tiraban de una maleta que estaba cargada de ropa, de droga o de recuerdos, pero que Leopoldo le hubiera pedido que fuera a buscar a su hijo a su regreso de Austin le había hecho una ilusión bárbara.

Quedaban quince minutos para que aterrizara el vuelo y Miguel no se apartaba del cordón de seguridad instalado frente a las puertas de salida. Tampoco se retiraba una familia que esperaba junto a él y llevaba una pancarta en la que habían escrito con letras grandes de colores: «Welcome home, Denis!».

Quién sería Denis. Cualquier mujer del mundo podría ser Denis, incluso podría ser la mujer de su vida. «Nos conocimos en el aeropuerto —diría ella después ante los amigos—, y me pareció irresistible». ¿Por qué no? Miguel, el irresistible. Se partió de risa él solo de su propia tontería y miró el reloj. Quedaban diez minutos para que aterrizara el avión desde Estados Unidos y estaba nervioso. Quizá tenía que haber hecho una pancarta a Pecú como la que le habían hecho a Denis, porque una pancarta de bienvenida at home hace ilusión a cualquiera. Nueve minutos. Ocho minutos y medio. Ocho minutos. Miguel se apartó de la cinta de seguridad, corrió al cuarto de baño y cogió un buen trozo de papel higiénico. Dibujó una jarra de cerveza con espuma, escribió: «Welcome to Mateo's bar!», se puso la tira de papel alrededor de la frente atándola como pudo a un lado de la cabeza y se miró en el espejo. Madre mía. Sonrió. Salió del baño y volvió a ponerse en la primera fila del cordón a esperar. Por fin se abrieron las puertas.

Apareció un grupo de extranjeros con sandalias y calcetines de deporte, y Miguel pensó que mejoraban cualquier tópico, cualquier imitación, cualquier estatuilla de souvenir turístico. Se cerraron las puertas. Se abrieron. Salió una pareja joven empujando un carro atiborrado de maletas que iba discutiendo al tuntún, sin escuchar lo que uno le decía al otro, y Miguel los observó pensando en el disparate que debía de haber sido el viaje, qué risa. Se cerraron las puertas. Se abrieron y apareció una familia con un perro anestesiado dentro de una jaula, pero a Miguel ya no le dio tiempo a entretenerse pensando en nada porque justo detrás de ellos apareció Denis, un sacerdote que tenía, por lo menos, setenta años. «Welcome home, Denis», musitó. ¿Y Pecú? Empezaba a inquietarse. Se abrieron las puertas y vio salir a la tripulación, pero ¿y Pecú?

—¡Miguelón! —oyó gritar.

¿De dónde... ? Se volvió y vio a su amigo al fondo del pasillo, tirando de su maleta y echando a correr hacia él. Qué alegría, joder. Por fin. ¡Por fin!

—¡Eeeeh! ¡Feliz cumpleaños, campeón! —Pecú lo abrazó con tanta energía que lo levantó del suelo—. ¿Qué es eso que llevas en la cabeza, loco? —dijo leyendo la cinta de papel higiénico antes de que se rasgara y cayera al suelo.

—Nada, que hemos quedado con estos donde Mateo.

—Guay, mato por una caña bien tirada.

«Hemos quedado con estos donde Mateo» y «Mato por una caña bien tirada». A Miguel le alivió comprobar que, aunque su amigo acababa de aterrizar después de vivir más de un año fuera, ya estaban dándole a las frases de siempre.

—¿Por qué has salido por otra puerta? —le preguntó cuando iban hacia el aparcamiento a recoger el coche.

—Porque la han cambiado a última hora, pero te pones tan nervioso en los

aeropuertos que no te enteras.

Le conocía como si le hubiera parido.

Los viernes por la tarde, alejado ya el bullicio estudiantil, la cantina de Mateo se convertía en el bar donde los señores iban a echar la partida de dominó y las señoras merendaban y jugaban a la brisca. Olía a puro y a perfume de vieja y, en vez de cervezas, Mateo pasaba la tarde sirviendo crema de orujo y sol y sombra en copas anchas de licor.

—Pero how are youuuu? —dijo desde la barra al verlos entrar—. ¡Mariana! ¡Sal a ver quién ha venido!

—¡Pecu! ¡Bienvenido, cariño! —Su mujer salió de la cocina secándose las manos en el delantal y dio dos sonoros besos en las mejillas a los chicos—. ¡Y a ti feliz cumpleaños, Miguel! ¿Veinti...cinco?

—¡Veinticinco, sí!

Enseguida el bar se llenó de colegas que venían a felicitar a Miguel y a saludar a Pecu por su regreso y, al poco rato, parecía que su amigo no se hubiera ido nunca. Hablaba con unos y con otros pimplándose las cañas de dos en dos mientras contaba las aventurillas que le había deparado el tiempo que había pasado en el rancho tejano de su madre, con la que apenas había tenido contacto en los últimos años. Viéndole así, tan contento de haber vuelto como de haberse ido, Miguel recordó cuando, hacía muchos años, una tarde le había preguntado por qué se habían divorciado sus padres. «Porque sí», respondió. No preguntó más.

—¿Qué tal está Claudia, Miguel?

Se atragantó.

—Ni idea, hace tiempo que no sé de ella.

—¿Y eso?

—Porque no.

—Ok. ¿Te pido algo?

—No, voy a salir un rato fuera.

—Ponte la cazadora, hace un frío que pela.

Salió de la cantina, encendió un cigarro y se apoyó en el alféizar de una de las ventanas del local. «Porque no». Hay respuestas que no es necesario ampliar para que cualquiera intuya todo lo que llevan dentro.

Tras el verano de la Vespa y el regreso a la facultad, la relación entre Pecu y Claudia comenzó un lento e irreversible camino cuesta abajo. Él empezó a liarse con otras chicas, le dijo a Claudia que no quería comprometerse con nadie y a ella no pareció importarle demasiado. De vez en cuando volvían a enrollarse y estaban unas semanas saliendo juntos, pero ambos se daban cuenta de que la relación no conseguía avanzar hacia ningún lado. Como los tres formaban parte

del mismo grupo de amigos, mientras la pareja iba intentando aclarar lo que sentía el uno por el otro, Miguel y Claudia fueron consolidando la amistad del primer verano.

—Anda, Miguel, dile a tu amigo que no me llame más.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Porque se lo he dicho cien veces y siempre me llama.

—No le cojas el teléfono.

—Al final siempre acabo cayendo porque tampoco tengo muy claro lo que quiero, pero Pecú es una batalla perdida, va a lo suyo.

—Ya le conoces, Claudia.

—Y tú me conoces a mí. Así que dile de mi parte que se vaya con quien quiera y me deje en paz, empiezo a estar aburrida de esta historia.

Durante el tiempo de ida y vuelta que se alargó durante un par de cursos, Miguel conoció a varias chicas de las que hubiera podido enamorarse si no fuera porque cuando pasaba un fin de semana completo con ellas, se ahogaba y huía. «Lo que te pasa —le dijo una que llevaba puestas unas medias de leopardo difíciles de olvidar— es que tienes una minusvalía sentimental que te va a joder la vida porque eres incapaz de amar». Pamplinas. Lo que no podía negar era que, tras del subidón de endorfinas que le producía el periodo de seducción, perdía el interés. Sus relaciones podían durar días, quincenas o incluso meses, pero en cuanto intuía que se acercaban a lo que él denominaba «El maldito punto de inflexión», cortaba sin miramientos, no porque tuviera una patología que le impidiera amar, sino porque temía llegar a ese maldito punto de no retorno a partir del cual las parejas podían alargarse y alargarse hasta el infinito. Le torturaba la imagen de una casa, una habitación o una cama en la que estuviera al lado de una mujer que, de tan conocida, le resultara transparente y, a la vez, le provocaba pánico la idea de convertirse en un hombre transparente para su pareja. No obstante, siempre que acababa una relación, sufría y maldecía al amor durante semanas regodeándose en su tristeza, a veces inventada, hasta que aparecía otra leoparda en el horizonte que le hacía entrar en celo y volver a entregarse a la causa con cierta esperanza.

Cuando Pecú decidió irse a Texas, una tarde Claudia le pidió que firmaran un pacto.

—Eres mi mejor amigo y que se vaya él no va a hacer que me separe de ti. No quiero perderte.

—Yo tampoco.

—Por este documento que ahora sellamos —dijo escribiendo detrás de la pegatina del botellín que acababa de despegar Miguel—, tú y yo nos comprometemos a no dejarnos solos ningún viernes. El resto de la semana cada

uno hará lo que quiera, pero los viernes, a partir de ahora, son sagrados para nosotros. El uno siempre contará con el otro para los planes que surjan.

—Hecho.

Miguel firmó junto a la rúbrica de ella.

—Oye, Claudia —preguntó con sinceridad—, ¿no te jode que Pecu se haya ido? Porque a mí sí.

—Qué va, a mí no, es mejor así. Él no me quiere y yo tampoco le quiero a él, hace tiempo que lo tenemos claro.

Cada viernes, Miguel cogía la Vespa e iba a buscar a Claudia a la tienda de muebles en la que trabajaba por las tardes. Cuando le veía aparcar a través del escaparate, ella daba un brinco y salía corriendo a abrazarle. Luego iban al cine, a cenar o a bailar a algún tugurio con buena música. A veces coincidían con los amigos de él y a veces con los amigos de ella; a veces se encontraban con los compañeros de curro de Miguel y a veces con los de Claudia; y a veces no querían ver a nadie conocido y pasaban las horas solos, comentando en una cafetería lo que habían hecho durante la semana o paseando por la ciudad mientras jugaban al *Si fuera*. Uno elegía a un personaje y el otro tenía que averiguar quién era haciendo preguntas que comenzaran por «Si fuera».

—¿Qué sería si fuera un acontecimiento climatológico?

—Una tormenta de verano.

—¿Si fuera una bebida?

—Un tinto criado en barrica de roble.

—¿Y si fuera un mueble? ¿Y una canción? ¿Una época histórica?

—Paso de jugar, Claudia, te aceleras con las preguntas y no me dejas pensar.

También hacían lo de siempre y hablaban de política, discutían sobre los argumentos de las películas que habían visto o se peleaban cuando decidían leer un libro al mismo tiempo porque tardaban horas en ponerse de acuerdo en si era un autor sobrevalorado o no. Algunos días no hacían nada y pasaban la tarde entera en el Parque Grande. Ocupaban uno de los bancos que daban al estanque y se quedaban así, callados, mirando el agua y los patos en silencio hasta que uno de los dos, por ejemplo ella, retomaba una conversación que no había existido y le hablaba de su abuela Renata.

—Mi abuela conoce todas las coplas de la historia de la canción. Siempre está cantando.

—Imítala, anda.

No tenía que insistir. Enseguida Claudia se lanzaba con una canción y a Miguel le hacía mucha gracia escucharla porque no sabía entonar.

—¿Lo he hecho bien?

—Muy bien.

—No seas mentiroso, si canto fatal.

—Quiero más.

—¿Quieres otra?

—Por favor.

Cuando Miguel consiguió alquilar la pequeña buhardilla con el sueldo que le pagaba don Felipe, Claudia fue la primera persona a la que se la enseñó, la que le ayudó con las cajas de la mudanza y quien le dio ideas para que pudiera decorarla sin gastar demasiado. Fue la primera chica con la que se tomó unas cervezas sentado en el suelo del salón, la primera con la que cenó pizza sobre la alfombra que heredó de su hermano y la primera que se quedó dormida, cuando por fin trajeron el sofá, mientras él terminaba un trabajo para la gestoría.

—Vamos, marmotita, que ya he terminado.

—¿He dormido mucho?

—Dos horas enteras.

Al cabo de un tiempo, empezó a rumorearse que Claudia y Miguel salían juntos y, una tarde, ante la posibilidad de que el bule cruzara el Atlántico y se presentara en el rancho tejano de la madre de Pecú, Miguel le llamó por teléfono.

—Salimos todos los viernes juntos.

—Bien, ¿no?

—Sí, pero solo somos amigos.

—¿Me estás pidiendo permiso para algo? Porque te voy a decir una cosa, Miguel: nadie es de nadie.

Quedó un rato pensativo al otro lado del teléfono. Su colega era el tipo más libre que conocía y no como él, que era un celoso y un inseguro de mierda, pero es fácil decir «Nadie es de nadie» cuando el que se ha ido eres tú.

—Miguelón.

—¿Qué?

—Nada, que te has quedado callado.

—Perdona, ¿qué me decías?

—Te decía que hagas lo que quieras con tu vida y lo que creas que te puede hacer feliz, pero protégete de Claudia, es un imán.

Le molestó que hablara de Claudia como si fuera el único que la conociera. Él también sabía de su magnetismo, todo el mundo lo sabía, pero ¿y qué? Eran amigos y la amistad le blindaba ante cualquier inclemencia.

—Ya te he dicho que solo somos amigos.

—Por si acaso.

A los dos meses estaba enamorado de ella hasta las trancas. Se descubrió reconstruyendo con detalle cada minuto que pasaban juntos, si se mordía el labio

inferior, si se tocaba el lóbulo de la oreja, si le había gustado la comida que le había dado a probar de su plato, si había preferido mojarse con la lluvia o lamentó no haber llevado paraguas. Si había pisado algún charco aposta. Algunas veces quedaban con otros amigos y Miguel observaba cómo se relacionaba con ellos: si reía con sus ocurrencias, estaba cómoda o prefería irse a casa. Solo tenía que mirarla un instante para saber qué tal se encontraba, y empezaba a estar tan acostumbrado a ella que se daba miedo. Por las noches, daba vueltas en la cama soñando despierto con su amor gigante sintiendo que ella dormía a su lado; por las mañanas, creía oír el agua de la ducha mientras él preparaba el desayuno; y, por las tardes, tumbado en el sofá, le parecía oír el ruido de las llaves en la puerta y la imaginaba entrando en casa con una bolsa llena de cosas ricas para cenar. Nunca había querido a nadie igual. Dejó de llamar a las otras chicas con las que se veía porque era incapaz de mantener una relación con alguien que no fuera Claudia y, según iban pasando los viernes, el asunto empeoraba. De sábado a jueves iba como un zombi haciendo las tareas cotidianas por inercia, como si tuviera una resaca espantosa. Ponía la cafetera en el fuego sin haberla llenado de agua, llevaba calcetines de distinto color y varios días se olvidó de comer. Miraba el móvil constantemente por si ella llamaba, revisaba los mensajes que se habían escrito y escuchaba las canciones que habían bailado juntos. A veces la odiaba porque ocupaba demasiado espacio en su vida para lo poco que la veía. No podía dedicar un solo segundo de su tiempo a algo que no fuera ella, que siempre se estaba yendo, que siempre tenía cosas que hacer los sábados por la mañana.

—¿Por qué no te quedas y hacemos algún plan?

—No puedo, tengo lío.

Ella se marchaba porque tenía líos y él se liaba pensando en ella: «¿Qué llevará puesto? ¿Con quién habrá quedado? ¿Con quién hablará por teléfono?». Si le gustaría la camiseta que acababa de comprarse, si verían juntos la bazofia que estaban poniendo en televisión, si le parecería simpático el taxista, si bailarían con él esta canción.

Un domingo, tras un larguísimo fin de semana en el que se le multiplicaban las imágenes de Claudia —sus movimientos, sus frases, su risa, cuando le había dado la mano al cruzar, cuando se había recogido el pelo con una goma que llevaba en la muñeca, cuando le dijo «¡Qué pena que acabe el viernes!»—, Miguel escribió un mensaje en el móvil que tenía dieciocho letras, tres espacios y un punto:

Estoy enamorado de ti.

Dio al botón de enviar a las 16.34 y se sentó en el sofá de la buhardilla a esperar. Pasaron diez minutos. Dieciocho minutos. Media hora. Una hora. Una

hora y doce minutos. Miró la pantalla del móvil doscientas cincuenta veces, y quinientas veces se arrepintió de haber pulsado el botón de enviar. Deseó con todas sus fuerzas que el mensaje se extraviara en el limbo, que a Claudia se le hubiera caído el teléfono por el váter, que lo hubiera perdido, que se lo hubieran robado. Rezó para que se lo hubieran robado. Estaba tan nervioso que quiso tirar el móvil por la ventana a ver si, con un poco de suerte, se tiraba también él.

A la 1.32 minutos de la madrugada, cuando se había fumado todo el tabaco de la tierra, bebido todas las cervezas y perdido toda esperanza, sonó una notificación y se iluminó la pantalla de su teléfono. Mensaje de Claudia.

Miguel, he leído lo que me has escrito y he estado toda la tarde pensando en qué iba a decirte, que es esto: eres tan importante para mí que quiero tenerte cerca, verte y saber que puedo contar contigo, pero no quiero joderlo todo. Si me enamoro de ti, dejaré de ser yo. Cada vez que te vea intentaré seducirte, mediré mis palabras, tendré celos de todas las mujeres y dejaré de quererte como te quiero para hacerlo de una manera más sucia y menos libre. Un día nos traicionaremos, nos haremos daño y uno de los dos sufrirá. Y yo no quiero, Miguel, no contigo. No me voy a dejar enamorar de ti ni ahora ni nunca. Espero que sepas entenderlo y no hagas la estupidez de marcharte de mi vida después de leer esto; si lo haces, me agarraré a tu camiseta y no te dejaré ir. Por favor. Un beso. Te quiero muchísimo.

Leyó el mensaje una y otra vez hasta que se le nubló la vista sobre las letras. No se atrevía a parpadear. Leía las frases enteras y luego las leía despiezadas: *Importante para mí. Quiero tenerte cerca. Celos. Más sucia y menos libre. Uno de los dos sufrirá.* Las leía una y otra vez. *Y yo no quiero, Miguel, no contigo. No. Espero que sepas entenderlo. No. No lo entendía. Un día nos traicionaremos. Por favor. No entendía nada. No te dejaré ir. No lo entendía. Te quiero muchísimo.* Ese «muchísimo» la delataba, ella no le amaba. *Un beso.* Notó que estaba temblando y cuando cerró los ojos para intentar tranquilizarse, las lágrimas mojaron la pantalla del móvil y un tremendo vacío que le impedía respirar le ocupó el cuerpo entero. *No me voy a dejar enamorar de ti, ni ahora ni nunca.* Apagó el teléfono y tuvo que bajar a la calle buscando aire.

—¡Entra, Miguel, que te vas a congelar ahí fuera!

Había comenzado a nevar.

—¡Voy!

—¿«Yo también voy»? ¿Cómo se te ocurrió? —oyó que preguntaba Iñaki a Pecú, que estaba contando lo suyo del máster que había estudiado en Estados Unidos.

—Tenía que presentar un trabajo para la asignatura de Redes y llevaba unos días de locos porque había tres conciertos en Austin y los colegas solo teníamos pasta para ir a uno, pero no éramos capaces de ponernos de acuerdo. Así que, no sé cómo, se me encendió la bombilla. Creé un blog, lo titulé *Yo también voy* y escribí la información que recopilé sobre los tres eventos y las razones que yo tenía para elegir un concierto y no otro. Pedí a los colegas que lo leyeran y así abriéramos un foro de discusión que nos ayudara a decidirnos. Cada uno tenía que aportar la documentación que encontrara sobre el concierto al que quería ir, con razones objetivas y subjetivas, e información relacionada con el transporte, restaurantes, bares de la zona y planes alternativos. El blog funcionó y, al margen del máster, decidí seguir alimentándolo. Ahora lo hago con planes a seis meses vista.

Miguel se dio cuenta de que no se escuchaba ni un murmullo en la cantina, solo la voz nítida de Pecú. Incluso Mateo había dejado de atender a los clientes de las mesas y, con los brazos extendidos sobre la barra, prestaba atención.

—¿Solo haces conciertos? —preguntó Álex.

—He ampliado a ciclos de cine, teatro y festivales. El que quiere participar tiene que darse de alta en el blog, apunta *Yo también voy* en el evento al que le apetezca ir y, de esa manera, vamos creando distintas comunidades de gente afín en varias disciplinas culturales. Luego pactamos un punto de encuentro para ir juntos y así, además de aprovechar las ventajas y descuentos que tenemos como grupo, también conocemos a un montón de gente de diferentes sitios que, a la vez, va colaborando en documentar eventos que se celebran en los lugares donde residen.

—Una pregunta —volvió a interrumpir Álex—: ¿le sacas pasta al invento?

—Acaba de empezar a entrar publicidad local y, si todo va como espero, un día venderé la idea a una gran compañía y me follaré.

Lo llevaba en la sangre. Miguel recordó cuando, a los nueve años, le pidió a la filipina que cocinara para un batallón con la excusa de que tenían una fiesta en la sala de eventos de la urbanización. «Pero de la tuya, haz comida de la de tu país», había insistido a su cuidadora. Cuando estuvo lista, la metió en recipientes de plástico, bajó a la piscina y al grito de «¡El secreto filipino que te deja el cuerpo fino!» intentó vender la comida con tanta gracia que todo el vecindario le acabó comprando. Sabía vender los cromos; los apuntes; los pedales, el sillín y la cadena de la bici; los vinilos de Leopoldo. Habría sido capaz de vender a su madre si la hubiera tenido cerca.

—¿No tenéis casa o qué?

—Mateo, ¿nos estás echando?

—Exactamente. Os estoy echando, que aquí llevamos desde las siete de la

mañana en la cocina. Así que, venga, ¡todos fuera!

Subieron al coche y Miguel condujo hasta Cambria para dejar a Pecu en casa, pero al tomar el desvío que entraba en la colonia, en vez de girar por la avenida de su urbanización, decidieron tirar hacia el Boss para tomar la última. El Boss era el único garito de la zona que abría hasta la madrugada y en el que los adolescentes lo habían hecho todo por primera vez, desde emborracharse hasta follar o drogarse en los cuartos de baño. «Si no les importa a sus padres, me va a importar a mí», decía el dueño. Ocuparon una mesa tranquila del fondo.

—Pecu.

—¿Qué?

—Nada —Miguel llevaba un rato con la pregunta ardiéndole en la boca, pero no sabía si a él le apetecía hablar del tema.

Su amigo dio un sorbo al ron con Coca-Cola.

—Quieres saber qué tal con mi madre, ¿no? —dijo—. Llevas toda la tarde intentando preguntarme.

—Pues sí.

Habían hablado de ella muy pocas veces, pero Miguel recordaba con nitidez los rumores que corrían por la urbanización cuando era pequeño. Decían que Leopoldo había pagado un dineral por el ático y otro dineral por la reforma, que había durado más de seis meses. Las vecinas pasaban la tarde espiándole a través de los visillos de las ventanas de la cocina, mientras el piloto supervisaba los planos en la terraza junto al arquitecto que dirigía la obra. Nunca le acompañó una mujer. «Es un donjuán, otra cosa no puede ser», oía Miguel que decían. El día que apareció en la piscina con un flotador en la mano y un niño de cuatro años en la otra, se quedaron pasmadas: «Ahora se nos presenta con un hijo, apaga y vámonos».

Cada verano, Leopoldo llevaba a Pecu a Estados Unidos y le dejaba en casa de su madre, pero cuando el chaval pudo viajar solo decidió que no iría más porque no quería separarse de su padre. Por eso a Miguel le había extrañado tanto que, de un día para otro, se marchara un curso entero a Austin y dejara solo a Leopoldo, a quien se le veía dar largos paseos por Cambria cabizbajo y entristecido.

—Me parece que tu padre no lo ha llevado bien.

Pecu, al oír lo que acababa de decir Miguel, dio una larga calada al cigarro y, sin querer, ordenó las cosas que había en la mesa. Puso el mechero encima del paquete de tabaco, el cenicero en el centro y las copas sobre los posavasos como si, al colocar los objetos, estuviera ordenando sus ideas antes de hablar.

—Mi padre siempre ha sido un dios para mí —dijo al fin—. Es lo más importante que tengo en el mundo y le quiero a morir, pero hace tiempo que me

he dado cuenta de que los dioses no existen.

Desvió la mirada hacia el cristal de la ventana del garito. Llevaba un rato nevando y los copos habían formado una capa de dos centímetros en el alféizar de madera.

—Él siempre me ha contado que una tarde llegó a casa y mi madre se había ido, sin más. Yo ese día estaba con mi abuela, así que nunca supe qué había pasado y la versión de mi padre me pareció creíble. Se cansó de nosotros y se marchó.

Miró a Miguel y esbozó una media sonrisa.

—¿No te extrañó que no te llevara con ella?

—No. Cuando tienes cuatro años nada te parece raro, te acostumbras a lo normal y lo normal era que ella no estaba. Una noche mi padre me contó cómo se habían enamorado. Estaban pasando el verano en una zona de acampada libre, se bañaban en pelotas en el mar, comían tomates de huerta y lechugas, sacaban una guitarra y cantaban canciones mientras buscaban estrellas. Todo muy romántico, sí, hasta que nací yo y el idilio saltó por los aires. ¡Pum! A mi padre le salió el burgués que era, empezó a decir que a su hijo no le podía faltar de nada y que no pensaba criar al niño en una caravana. Acabaron yéndose a la ciudad y mi madre se asfixió con la vida convencional. No quería vivir preparando la cena mientras esperaba a que mi padre regresara de los viajes, así que una noche me dejó en casa de mi abuela y, en vez de la cena, hizo las maletas y desapareció. Mi padre compró la casa aquí, en Cambria, y comenzó una vida nueva. Jamás le vi llorar por ella, estoy seguro de que nunca la quiso. Una vez le pregunté por qué no estaba triste y me respondió que él solo sufriría por mí. Ella renunció a mi custodia.

—¿Y se fue a Austin?

—Cuando se marchó, ya estaba enamorada de un tejano. Un americano básico y millonario al que, paradójicamente, hace la cena cada noche. Él nunca quiso cargar con un crío, por eso ella no me llevó, y durante mucho tiempo idolatré el amor que sentía mi madre por él. ¿Cómo puede un sentimiento ser tan fuerte como para que alguien lo deje todo, incluido un hijo de cuatro años?

—Pero hay una cosa que no entiendo de ti, Pecú. Cuando cumpliste la edad legal para poder viajar solo, nunca quisiste ir con ellos, ¿por qué te fuiste de pronto el año pasado?

—No estoy seguro. Supongo que me fui buscando la prueba de que el amor verdadero existe, pero desengáñate, Miguel, es una farsa. Ni siquiera ellos se aguantan. Ella no soporta su sobrepeso ni sus bromas fuera de lugar ni su aliento a cerveza. Y él no soporta su mal humor ni que le recuerde constantemente que me dejó a mí por él. Yo diría que se odian, pero no se atreven a reconocerlo

porque se han acostumbrado a estar el uno con el otro y están atrapados en su propia relación.

Pecu removi6 los hielos metiendo un dedo dentro de la copa y Miguel dio un sorbo a la suya. Estuvieron un rato sin decir nada. Sonaba *No surprises*, de Radiohead.

—¿Sabes qu6? —continu6 Pecu cuando termin6 la canci6n—. Que el amor es mentira, un estado donde la realidad y la ficci6n juegan a confundirse y nos convierte en unos impostores. Amamos sin saber no solo a qui6n amamos, sino qui6nes somos. Cuando estamos enamorados, nos vamos adaptando a nuestra pareja hasta que acabamos pensando en com6n sin reparar en si estamos siendo honestos con nuestro yo real. Somos capaces de hacer nuestras las aficiones del otro, sus lecturas y su manera de entender la vida y, lentamente, nos vamos perdiendo a nosotros mismos. En el camino, tambi6n perdemos la pasi6n y dejamos de estar enamorados, pero y ¿qu6? No queremos reconocerlo porque eso significa asumir que la relaci6n se acaba y nos aferramos a los d6as en los que fuimos felices creyendo ingenuamente que pueden volver. Una noche nos miramos en el espejo y nos preguntamos qui6nes somos y qui6nes 6ramos antes de conocer a la persona con la que vivimos, y a la mayor6a de la gente no le gusta lo que ve, pero borra la imagen de un manotazo y vuelve a la cama.

Caray con Pecu, hab6a regresado filos6fico de Austin.

—¿Ha llegado ya tu padre?

—Supongo que s6 —respondi6 Pecu asom6ndose por la ventanilla del coche de Magda—. Hay luz en el sal6n, seguro que est6 con Dami6n. ¡Venga! —dijo saliendo y cogiendo sus cosas del maletero—. Nos vemos ma6ana en la fiesta.

—Hasta ma6ana.

Antes de arrancar, Miguel toc6 el claxon.

—¡Hey!

Pecu se gir6 y revis6 su equipaje por si Miguel le llamara porque se hubiera dejado algo en el coche.

—¿Qu6?

—Nada, que me alegro de que hayas vuelto.

—¡P6rate ya, anda!

—Adi6s.

—Hasta ma6ana.

Miguel aprovech6 para hacerse un cigarro de liar mientras esperaba a que Pecu atravesara el jard6n y entrara en el portal. Le hab6a echado de menos, s6. Mucho. Hac6a tiempo que no disfrutaba tanto en una sola tarde, primero en la cantina con los colegas y luego en el Boss, solo con Pecu, hasta bien entrada la madrugada. Se lo hab6a pasado en grande y, sin embargo, ahora estaba

preocupado. Le parecía que su amigo, con todo lo fuerte que aparentaba ser, había regresado emocionalmente debilitado de Austin. «Mi padre siempre ha sido un dios para mí, pero hace tiempo que me he dado cuenta de que los dioses no existen». Algo en esa reflexión sobre el amor desconcertaba a Miguel. «La vida no es como en las películas», había oído que decía Pecú con resignación como hablando para sí mismo en el Boss. Y tenía razón, la vida no era como en las películas, pero eso no es ninguna novedad, todo el mundo lo sabe.

Encendió el cigarro con el mechero del coche, dio una calada lenta y echó un vistazo al ático. Lo que vio le paralizó el corazón. ¡¡Joder!! ¿¿Qué estaba pasando?! ¿¿Qué diablos estaba pasando?? «Seguro que está con Damián», había dicho su amigo. ¡Joder! ¡Ahora entendía que Leopoldo no hubiera sufrido cuando la madre de Pecú se fue! «Estoy seguro de que nunca la quiso». Claro. ¡Ahora entendía que su amigo se hubiera ido de golpe y el desconsuelo de Leopoldo durante todos estos meses! Ni mujeres en tanga, ni tetas al viento, ni jacuzzis con tiarronas en bolas. ¡A Leopoldo le gustaban los tíos! Por eso Pecú había dicho que su padre era un dios para él pero se había dado cuenta de que los dioses no existen, porque no es lo mismo que tus padres dejen de quererse a esto, joder, ¡es que no es lo mismo! Miguel estaba tan descolocado que solo quería arrancar el coche y huir de allí.

Condujo por la avenida principal y corrió como un loco tomando el desvío hacia el centro de la ciudad. Tenía el pulso tan acelerado que creyó que se la pegaba. Cuando entró en su calle, aparcó de un volantazo, fue corriendo hasta su número, abrió la vieja puerta con la llave y, más calmado al sentirse en casa, empezó a subir despacio por las escaleras deteniéndose un rato en los descansillos para asimilar cada idea que le venía a la cabeza.

En la primera planta se sonrojó recordando la de pajas que se había hecho pensando en las mujeres de la vida del piloto, se sintió vilmente traicionado y juró no perdonárselo nunca. En la segunda planta le comprendió, así, por las buenas. En el tercer piso le odió por las malas. En el cuarto se recriminó por no haber caído antes en lo de Damián, el amigo que le acompañaba a todas partes. En el quinto sintió lástima por Pecú y lo quiso con toda su alma.

Entró en la buhardilla, fue directo a la nevera, abrió una lata de cerveza y decidió escribirle un mensaje. *Pecú, me he enterado de lo de tu padre. Lo siento. No, parecía un pésame. Pecú, colega, estoy a tu lado para lo que necesites. No, parecía que alguien se estaba muriendo. Pecú, tío, tu padre sigue siendo un héroe para mí, y espero que para ti también vuelva a serlo algún día. Pecú, tío, no sé qué cojones decirte. Pecú, estas cosas pasan. Pecú, lo superaremos. Pecú, Damián mola.* Escribía y borraba, escribía y borraba, escribía y borraba.

Pecú, menos mal que has vuelto. Dio al botón de enviar.

A los diez minutos, recibió un sms de respuesta:

¿Qué mierda te pasa? Estás raro.

Para raros, tu padre.

En eso te doy la razón. Es más raro que tú, que ya es decir. Me voy a sobar. Feliz cumpleaños.

Miguel miró fijamente a la pantalla del móvil esperando una pista que le confirmara que su diagnóstico era el correcto. ¡Necesitaba una señal, un mensaje nuevo, un algo que le dijera quién era Leopoldo! Sonó un bip del móvil. Otra vez Pecú. Bien. *Mañana sábado: fiestón. Solo pienso en eso.* Mal, eso no le aclaraba nada. Se tumbó en el sofá y analizó la conversación que habían mantenido en el Boss. «El amor es una farsa y nos convierte en unos impostores», había dicho Pecú. Pero ¿a quiénes se refería cuando hablaba de impostores? ¿Leopoldo? ¿Damián? ¿Su madre y el tejano? ¿Sus propios padres, Magda y Ricardo? Nunca, en veinticinco años, Miguel les había visto darse un beso en la boca ni abrazarse durante un rato, ni siquiera les había pillado desnudos en el baño o en la cama o en cualquier renuncio, qué diablos, ¿eran sus padres unos impostores? ¿A quiénes acababa el amor convirtiendo en impostores? Pegó un sorbo a la birra y, sin saber por qué, le vino a la cabeza Marta, su ex. Comenzó a salir con ella apenas unos días después de haber recibido aquel mensaje de Claudia y se había aferrado al noviazgo de una forma tan exagerada que, cuando se reconocía en el despropósito, más de una vez golpeó la pared de la rabia que le daba saberse un cobarde. Aun así, mantuvo la relación durante meses. Marta era dulce y buena, y la necesitaba porque no le dejaba pensar. Cuando le veía con la mirada perdida, se las apañaba para sorprenderle con algo que había cocinado o aparecía con un par de entradas para el cine o proponía que salieran juntos a comprar algo. Lo quería con el alma y Miguel se dejaba querer porque necesitaba que alguien —su novia o quien fuera— le hiciera olvidar su herida. Cuando Marta pilló una de sus infidelidades y juró no verle más, a Miguel no le dolió la ausencia, sino asumir que alguien que lo había amado tanto dejara de quererle. La sola idea de quedarse solo le aterraba y su egoísmo rozó límites insospechados. La telefoneó llorando, suplicó su perdón, le prometió amor eterno y pasó unas semanas tristísimo esperando a que Marta volviera a llamar al telefonillo con un pastel de zanahoria entre las manos. Se sintió un canalla por no haber sido capaz de amarla como ella a él y, para castigarse, convirtió su vida doméstica en un caos que le fuera destruyendo poco a poco. Nunca tenía nada en la nevera y la mayoría de las noches cenaba tirando de latas de conserva que engullía de pie apoyado sobre la encimera de la cocina sin mantel ni servilletas. Se chupaba los dedos y rebañaba el plato con la lengua. Fumaba sin parar. Bebía solo. Dormitaba en el sofá con la ropa de calle y los

zapatos puestos hasta que, aterido de frío, gateaba arrastrándose a la cama. Álex e Iñaki, preocupados por él, empezaron a presentarse en la buhardilla los fines de semana y lo sacaban a la fuerza de casa para que dejara de atormentarse por Marta. Solamente él sabía que no era por ella por quien sufría, ¿quién era el farsante entonces?

Antes de acostarse revisó las felicitaciones que le habían llegado al móvil. Le gustó ver la de Ruth: *Felicidades, guaperas. Un beso en los morros*. Tenía decenas de mensajes de amigos, amigas, familiares, de Nerea y su pequeño embrión, de los compañeros de la facultad y de los colegas del curro. Esta tarde había invitado a la ronda de cervezas que habían estado tomando unos cuantos donde Mateo, pero no había querido celebrar el cumpleaños por si el vuelo de Austin llegaba con retraso, así que mañana había quedado con todos para hacer una gran fiesta por los veinticinco años que acababa de cumplir.

Silenció el móvil, lo dejó sobre la mesilla y estuvo leyendo durante un buen rato hasta que le entró sueño. Al ir a apagar la luz, vio que tenía una llamada perdida y una notificación de su buzón de voz. *Claudia*. Clavó la mirada en el nombre hasta que le dolieron los ojos y, sin escuchar el mensaje que había en el contestador, pulsó el botón de eliminar.

MIGUEL Y CLAUDIA

—¿Cuántas veces has pensando en mí?

La pregunta fácil sería: «¿Cuántas veces no has pensado en mí?», porque esa respuesta sí la sabía: «Ninguna. Siempre estaba pensando en ti».

—No sé, Claudia. ¿Y tú?

—Yo en ti muchísimas. Miles de veces. Millones.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba en lo que me querías.

—Te he querido mucho, es verdad.

—¿Ya no me quieres?

Se quedó en silencio mirando el reflejo de la luz de la farola en el estanque, que, con el movimiento del agua, parecía un brochazo blanco lanzado desde la distancia en medio de la oscuridad. Cuando él se quitaba las lentillas lo veía todo así, borroso y desenfocado, y en parte le gustaba esa particular sensación de observar el mundo con sus cuatro dioptrías de miope. Le fastidió no haber cogido la cazadora. Hacía unos minutos que se había puesto el sol y empezaba a refrescar de verdad.

—¿Tienes frío? —le preguntó a ella por segunda vez.

—Ahora sí tengo un poco.

Ya lo sabía, se le había puesto roja la nariz. Era como antes. Solo necesitaba mirarla un instante para saber si se encontraba bien, tenía frío o calor, estaba cómoda o se aburría. Reconocía cada una de las inflexiones de su voz, su forma de tocarse el pelo y de morderse el labio cuando quería decir algo que estaba callando. Durante años, la había observado con tanta atención que creyó llegar a conocerla más de lo que se conocía a sí mismo, y hoy, después de tanto tiempo sin verla, volvía a saber hasta qué punto había sido capaz de amarla.

—¿Quieres que salgamos del parque y vayamos a otro sitio?

—¡Vale! ¿Dónde te apetece ir?

«Vamos a mi casa», dijo mentalmente, como había dicho infinitas veces antes en voz alta. Ahora no se atrevía.

—¿Sigues teniendo la buhardilla? —preguntó ella de repente—. Hemos pasado por delante cuando veníamos hacia aquí, ¿no?

A Miguel le hizo una pirueta el corazón.

—Sí, la dejé un tiempo pero la he recuperado. ¿Quieres que vayamos?

—¡Sí!

—¡Vamos!

Salieron del Parque Grande y fueron andando hasta llegar al viejo portalón de madera. Miguel metió la llave en la cerradura, empujó la puerta y Claudia atravesó el portal y echó a correr escaleras arriba. Si fuera un animal, sería un

cervatillo.

—No hace falta que corras, Bambi.

—¡Tengo ganas de verla otra vez! —gritó desde el segundo.

Cuando entró, lo primero que hizo fue quitarse las botas y dejarlas a un lado de la alfombra del salón.

—¡Qué bonita! Es la casa más bonita que he visto en mi vida.

—¡Qué exagerada eres, Claudia!

—No lo soy, a mí me lo parece.

Alzó la mirada al techo y reparó en las vigas nuevas de madera. Observó los muebles de la cocina americana y la estantería de pladur, entró en el cuarto de baño y se asomó al dormitorio.

—Has hecho obra, ¿no?

—La hicieron antes de volver a alquilármela.

—Me gusta mucho. ¿Puedo coger algo de beber?

—Claro.

Puedes coger algo de beber y lo que quieras, Claudia, porque todo lo que hay en esta casa es tuyo y todo lo hice por ti. El sofá, la lámpara, la alfombra nueva que has notado bajo tus pies descalzos. La librería y el cajón lleno de películas. Los discos que poníamos una y otra vez. Esas cosas están ahí porque sé que te gustan, y cuando dejé esta buhardilla y me marché, sabía que un día volverías a estar aquí, conmigo, no me preguntes por qué, pero lo sabía. Hay cosas que se saben porque sí.

—He cogido también unas patatas —dijo Claudia volviendo con dos latas de cerveza y un bol de patatas fritas—. Dime una cosa: ¿nunca has vivido aquí con nadie?

—No, en esta casa no.

III

EL DÍA QUE MIGUEL
CUMPLIÓ 30 AÑOS

Le despertó el ruido de la ducha que llegaba desde el cuarto de baño de la otra habitación. Miró la hora en el móvil: 7.05 a.m. Aún tiene diez minutos más antes de que suene la alarma y diez minutos de sueño, bien aprovechados, son una vida entera. Se echó la sábana por encima de la cabeza y, escondido en la madriguera, cerró los ojos para volver a dormir. La llave del armario, la bisagra mal engrasada, los cajones que abren y cierran, el sonido de una cremallera, pero ¿qué diablos está haciendo ella? Ah, sí, la maleta. Cerró los ojos de nuevo haciendo que no lo oía, pero nada, imposible. No le queda otra que rendirse, nadie puede dormir con el secador atronando en el cuarto de baño de la habitación de al lado. Apagó la alarma del teléfono y encendió la luz de la mesilla. Jueves. Todavía jueves.

Estaba a punto de levantarse cuando la oyó acercarse caminando de puntillas por el pasillo y decidió esperar en la cama.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor!

Ella se lanzó encima de él y lo besó. Él metió la nariz en su pelo e inspiró. Olía a recién lavado, aún estaba un poco húmedo por detrás, y Miguel distinguió en su cuello el perfume que le había regalado hacía unas semanas. La cogió por la cintura tumbándola sobre la cama, le subió la falda y movió su cuerpo hasta acoplarse dentro. Ni siquiera estaba del todo despierto. A los pocos minutos, ella gimió arqueando la espalda y a él le llegó a la garganta un grito gutural, que ahogó a duras penas dejándose caer sobre la almohada.

—Cualquier día despiertas a los vecinos —dijo ella riéndose.

—Que les zurzan. ¿Qué hora es?

—Las siete y veinte. Tengo el taxi abajo dentro de diez minutos.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la tarde, el avión llega a las seis.

—Que tengas buen viaje, amor.

—Gracias, mi vida. Ciao.

Amor, mi vida, cielo, cariño. Desde que viven juntos utilizan con frecuencia esas palabras para referirse el uno al otro. Mi pequeña, mi bonita, linda. Al menos no se llaman Pitufos. Pitufos, caray. Se arrojó con el edredón y atendió a los sonidos que llegaban de la otra parte de la casa: ella entrando en la cocina, ella abriendo la puerta de la nevera para sacar la leche, ella metiendo una taza en el microondas. Siguió el sonido del plato girando en el interior del micro hasta que sonó el ding. *Ding*. Oyó cómo removía el azúcar con la cucharilla antes de tomarlo, abrió el grifo para aclarar la taza y la metió en el lavavajillas. El timbrado del telefonillo interrumpió los sonidos de su cotidianidad.

—¡Bajo enseguida!

Pero en vez de irse, ella regresó corriendo por el pasillo, entró en el

dormitorio y subió la persiana.

—¡Levántate ya, Miguel, que al final te quedas dormido!

Le dio un beso rapidísimo.

—Ahora sí que me voy. Está el taxi abajo.

Entre las sábanas, Miguel la observó mirarse por última vez en el espejo del armario para ver qué tal conjuntaban el vestido y los zapatos, se abotonó el abrigo, cogió el bolso y salió del cuarto.

—Te dejo la lista de la compra en la cocina —dijo mientras se iba—, no te olvides de nada. ¡Hasta mañana!

La luz que entraba por la ventana le pegó directamente en los ojos y, de pronto, en el despiste del despertar, ya no sabía si de verdad ella había entrado como un vendaval en la habitación subiendo la persiana sin preguntar y recordándole que le tocaba hacer la compra, o había sido una pesadilla dentro de sus últimos diez minutos de sueño.

—¡Felices treinta, amor! —gritó antes de dar un portazo.

No era una pesadilla, acababa de comenzar el día. Treinta años, maldita sea, adiós a los veinte. Mataría por no salir de la cama todavía, pero despegó las sábanas del cuerpo y fue a darse una ducha que le arrojara a su nueva existencia.

El agua le empapó el rostro y durante unos minutos no pensó en nada, solo dejó que el agua caliente cayera sobre su piel. Menudo gusto, se quedaría horas bajo ese chorro que parecía que le iba deshaciendo el cuerpo poco a poco. Cuando le vino a la mente la factura del gas, abrió el grifo de la fría, contó hasta quince, salió, se puso las lentillas y, al terminar de afeitarse, vio que el reloj marcaba las ocho menos cuarto de la mañana. Ya va con prisa, nunca sabe dónde está ese minuto endemoniado en el que el tiempo gira volviéndose contra él. Y encima aún tiene que hacer la cama, la tarea que más le retrasa del mundo. Eh. Quieto. Que ella no viene a dormir esta noche, ¡yeah! Miguel tiró los cojines de cualquier manera sobre el colchón y dio una voltereta de felicidad abrazándose a las sábanas revueltas porque ese era uno de los placeres a los que había renunciado con la convivencia. Añoraba las mañanas en su buhardilla, en las que no tenía que hacer la cama al levantarse, ni estirar la parte bajera ni moldear las almohadas ni airear las sábanas. Añoraba las noches en las que no tenía que abrir la cama al acostarse, porque ya estaba abierta. Añoraba el momento en el que cogía un extremo del nórdico arrugado en los pies, lo estiraba de un solo movimiento sobre su cuerpo y lo sentía flotar un instante en el aire hasta que caía arrojando su cuerpo antes de dormir. Pero, bueno, que no pasa nada, que si tiene que hacer la cama la hace y ya está. Que para eso están los pactos, para cumplirlos, y quien se levanta el último tiene que hacer la cama y punto. Además, la ha hecho mil veces, ya ves. «Son solo dos minutitos de nada, mi

amor, ¿qué te cuesta?». Sofía tenía razón, joder, eran solo dos minutos de nada, ¿qué le costaba? Bah, pasando.

Sentado en uno de los taburetes de la barra, pidió un café con leche y sacó la documentación que llevaba en el portafolios para repasarla antes de subir a la oficina. La camarera le sirvió el desayuno y, mientras esperaba a que el café se templara, echó un vistazo a su alrededor sintiendo, como todas las mañanas desde hacía cuatro meses, cierta inquietud. La cafetería estaba llena de jóvenes ejecutivos, una extraña estirpe de intocables que se movían con envidiable soltura por el centro financiero atravesando los pasillos de sus acristaladas oficinas como si vivieran en ellas. Pero estos, a diferencia de los que él conocía, no llevaban gomina ni maletines ni trajes oscuros, sino que tenían el pelo alborotado y combinaban la americana con unos pantalones de pitillo. Gente moderna que, hasta para comer un suizo relleno de nata en la barra del bar, tenía estilo. Echaban ligeramente la cabeza hacia delante y el cuerpo hacia atrás mientras con una mano sujetaban el bollo y con la otra protegían su corbata, si la llevaban. Siempre sonriendo. Pedían el desayuno sonriendo. Comentaban la actualidad sonriendo. Sorbían el café sonriendo. Hablaban en inglés y en español sonriendo. Se mostraban las fotos del móvil o las canciones del iPod sonriendo y, sonriendo, levantaban la mano llamando a la camarera por su nombre («Sonsoles, ¡apúntalo en mi cuenta!») y se marchaban sin pagar porque tenían cuenta. Miguel los observaba en silencio y no sabía si le daban envidia o le daban miedo.

Miró el móvil. Aún tenía un cuarto de hora para repasar antes de subir. Mojó el cruasán en el café con leche mientras revisaba la documentación y, al morder la masa empapada, una larga gota se derramó sobre su camisa. Mierda. Corrió a lavar la mancha al baño y fue peor. Pidió a la camarera el spray quitamanchas y fue muchísimo peor. ¿Por qué era tan torpe? ¿Por qué había tenido que mojar el cruasán en el café con leche como si estuviera en el bar en el que desayunaba con don Felipe, a quien se le quedaban pegadas las migas de la magdalena en el bigote? «Se te ha quedado algo ahí...», decía Miguel haciendo un gestito. «¿Dónde, aquí?», preguntaba don Felipe y, en vez de pedir una servilleta, su jefe se sorbía los pelos del bigote, que eran duros y gruesos como los de un león marino. Pero eso era antes. Ahora Miguel desayunaba en la cafetería del centro financiero de la ciudad y formaba parte de la prestigiosa plantilla de Ambrosi & Sheep, ¿cuándo narices se iba a enterar?

Intentó disimular el lamparón con la chaqueta, recogió sus apuntes, pagó a la camarera, que lo miró con lástima, y entró en el vestíbulo del edificio contiguo para coger uno de los ascensores que subían hasta las oficinas de la compañía.

—Buenos días —dijo al llegar a recepción.

—Buenos días —respondieron con amabilidad.

Atravesó la novena planta hasta llegar a la mesa que tenía asignada, situada al final del todo, junto a una de las paredes acristaladas, y sin quitarse la chaqueta, se sentó, encendió el ordenador y dejó el móvil al lado del portafolios.

—Este es su sitio, señor Martín —le había indicado una de las secretarias cuando lo acompañó a su puesto el primer día—. Aquí tiene la llave de sus cajones y del armario donde puede guardar su abrigo. Y no se preocupe —dijo señalando un enorme ficus que Miguel ya miraba, como todo lo que había alrededor, con cierta responsabilidad—, que yo me ocupo de regarla.

—¿Puedo hacerlo yo?

—¿Si puede hacer qué?

—Regarla.

Así, al menos, tendría una tarea para cuando llegara por las mañanas.

—Por supuesto. Y para cualquier cosa que necesite, estoy en el cero.

Estar en el cero debía de ser como estar en la nada, quizá hubiera sido más correcto que ella hubiera dicho: «Para cualquier cosa que necesite, marque el número cero en el teléfono», pero el mundo empresarial tenía sus propios códigos y a la secretaria le había tocado estar en el cero como a él le había tocado estar en el ficus, que también era como estar en la nada porque la planta era tan grande que ocultaba su mesa. Abrió el portafolios y sacó su cuaderno. Era el único que llevaba cuaderno al trabajo, pero ¿qué?, le daba tranquilidad. Dibujaba con el bolígrafo figuras geométricas o escribía su nombre ensayando su firma una y otra vez sin ninguna razón que tuviera lógica, pero que le hacían parecer concentrado, incluso ocupado, porque Miguel llevaba en la compañía desde septiembre, pero, entre el curso de formación que había durado tres meses y que aún no tenía ningún cliente asignado, se pasaba las horas sin saber muy bien a qué dedicarlas. A principios de diciembre, aburrido de que no le encargaran ningún trabajo, había solicitado una memoria de Ambrosi & Sheep y se la estaba empollando. Además de la historia de la empresa, también pasaba el rato analizando el perfil y la evolución de los clientes y ya tenía algunas ideas, incluso buenas, aunque no sabía exactamente para qué ni para quién.

Esperando a que llegara su oportunidad, Miguel estiró la espalda en el asiento y, oculto tras su ficus, observó la novena planta con admiración. Las paredes de vidrio, las mesas blancas, las sillas azules, la moqueta gruesa de color gris. Sus colegas, organizados en filas de mesas separadas por el pasillo, golpeaban el teclado de sus ordenadores, atendían el móvil, intercambiaban gestos de complicidad —comemos juntos, tomamos una copa luego— o se levantaban para recibir a un cliente al que llevaban a la sala de reuniones. Le gustaba estar allí. Después de años trabajando en la vieja gestoría de don Felipe,

un cuchitril que daba a un patio interior y en la que los informes se apilaban en torretas del suelo al techo, el espacio que habitaba ahora entre el ficus, el armario con llave y las vistas sobre la ciudad se había convertido en su pequeño, nuevo y fascinante mundo por descubrir.

El móvil que tenía sobre la mesa vibró y vio que acababa de entrar un sms de su chica: *Despegando, amor. Te quiero*. Aprovechó para entretenerse con el teléfono, pensando qué podría responder a un «Te quiero» escrito en un avión antes de despegar, porque si el aparato se estrellaba, que no se iba a estrellar, esas cosas no pasan, pero si se estrellaba o le pasaba algo a él en ausencia de ella, los últimos mensajes de sus móviles quedarían grabados a fuego para siempre. Con esa responsabilidad encima, ¿qué podía responder? «Te quiero» no, porque eso ya lo había escrito ella y porque querer, en el sentido de amar, era un asunto muy serio. Lo interrumpió el timbre del teléfono fijo.

—Señor Martín, le llamo del despacho del director general. El señor Ambrosi quiere verle, ¿puede subir ahora?

—¿Eh?

—¿Señor Martín?

—Sí, claro, claro, ya voy. Gracias.

¿Para qué quería verle el presidente? No había hecho nada, al menos que él supiera. Aunque igual ese era el problema, que no hacía nada. Se puso tan nervioso que estuvo a punto de tirar la maceta del ficus al salir corriendo de su guarida.

—Así que usted es Miguel Martín; pase, pase, no se quede en la puerta como un pasmarote.

Le hizo gracia escuchar esa expresión tan coloquial con un marcado acento inglés, pero estaba tan tenso que no se atrevió a sonreír.

—¿Le apetece tomar un café?

Oyó la palabra «café» y se vio chapoteando dentro de una gran taza de desayuno con su traje nuevo cubierto de espuma de café con leche hasta la barbilla. Dichoso lamparón, no se le iba a ir nunca de la cabeza.

—No, gracias, lo acabo de tomar.

—Con su permiso —dijo el señor Ambrosi educadamente—, yo me voy a servir un té.

Té. Claro. «Prefiero un té, si no le importa», tendría que haber contestado Miguel cuando le había preguntado si quería tomar un café, pero no había estado rápido. Bueno, qué más da, ya no se puede hacer nada. Miró a su alrededor con curiosidad. El despacho tenía las paredes forradas de madera de nogal y el suelo entarimado estaba cubierto por una alfombra de lana por la que el Nieto se desplazaba sin hacer apenas ruido. Eh. ¡Llevaba pantuflas! ¡En la oficina! ¡El

jefe iba en zapatillas de andar por casa en la oficina! Bueno, era suya, así que podía ir en pantuflas, en bata o en lo que quisiera, incluso en calzones. Lo imaginó en calzones. Con tirantes, ropa interior y pantuflas. ¿Estaba idiota? Borró rápidamente la imagen de su mente para evitar una risa inoportuna y se concentró en lo que se tenía que concentrar que, de momento, era en nada porque el Nieto seguía preparando su té. Al señor Ambrosi todo el mundo le llamaba el Nieto, incluso se chismorreaba que él mismo lo hacía cuando utilizaba la tercera persona en nombre propio para dar contundencia a una orden: «Cuando el Nieto dice que ese documento tiene que estar listo en media hora, ¡es que tiene que estar listo en media hora!». Así, a primera vista, mientras le veía mover la bolsita de té dentro de la taza calzado con sus pantuflas, a Miguel le caía bien. «Me llaman el Nieto porque lo soy», dicen que decía. Y con razón, su abuelo era el fundador la compañía.

—Puede sentarse ahí —ordenó señalando una de las dos butacas que había frente a la chimenea.

Miguel obedeció.

—Señor Martín —dijo el Nieto revisando un documento que sacó de una carpetita de piel marrón—, ingresó con nosotros en el mes de septiembre, así que, dígame..., ¿se encuentra usted cómodo?

Teniendo en cuenta que desde que le habían fichado no había hecho nada más que leer y mirar por la ventana, sí, se podría decir que sí.

—Estoy bien. Deseando empezar a trabajar con algún cliente, la verdad —respondió con sinceridad.

—Todo llegará. Llegará antes de lo que imagina, no tenga prisa.

No, si la prisa después de cuatro meses se le había pasado, ahora era urgencia lo que tenía. No lo dijo.

El Nieto guardó el documento, cerró la cremallera de la carpetita y miró a Miguel.

—He visto que tiene usted un expediente formidable y tengo que decirle que superó de manera brillante el proceso selectivo, tanto en las pruebas individuales como en las dinámicas de grupo.

—Gracias.

—No me dé las gracias, déselas a sus padres, que fueron quienes le pagaron los estudios, ¿no?

—Sí... —afirmó sonrojándose.

—Bien. —El Nieto cogió otra vez la carpetita, abrió la cremallera y volvió a sacar el papel—. Veo que cuando acabó la universidad estuvo de becario en una gestoría que después lo contrató y, mientras tanto, estudió un máster en Gestión e Innovación de Empresas. ¿Es así?

—Así es.

—Leo que hoy es su cumpleaños. ¿Es así?

—Así es.

—¿Cuántos cumple?

—Treinta.

—Muy bien —dijo cerrando la carpetita otra vez—. Ahora usted, Miguel Martín, comienza una nueva etapa de su vida en la que forma parte de Ambrosi & Sheep, así que solo me queda desear que estemos a la altura de las expectativas.

¿Le tomaba el pelo? ¿Quién tenía que estar a la altura de las expectativas: él o la empresa? Porque el Nieto había dicho «estemos», pero quizá había querido decir «esté»: «Espero que usted esté a la altura de las expectativas». No es lo mismo una cosa que la otra, pero se estaba liando, ya no sabía si había dicho una cosa o la otra.

—¿Está de acuerdo?

Al oír la pregunta, a Miguel el cuerpo le pidió ponerse de pie, llevarse la mano estirada a la frente como un soldado y dar un taconazo en el suelo al grito de: «¡Señor! ¡Sí, señor!», pero solo dijo: «Claro». Claro o lo que sea.

—Así me gusta, que coja las cosas a la primera.

El Nieto comenzó a pasear por el despacho.

—Como ya sabrá, mi abuelo, Augusto Ambrosi, fundó esta compañía hace más de ochenta años. Era natural de Painswick, uno de los pueblos británicos más bonitos del mundo, enclavado entre las colinas del condado de Gloucestershire, que usted conocerá, seguramente, por su caguera de quesos, ¿verdad?

Miguel levantó las orejas al darse cuenta de que al Nieto no le salía la doble erre, decía «caguera» en vez de «carrera». Inmediatamente le vino a la cabeza Nachete Sandoval, uno de su clase que tampoco pronunciaba la erre fuerte y para mofarse de él le decían: «A ver, ¿cómo se llama el animal que tiene cuatro patas y ladra?», y el pobre Nachete, que era espabilado y acabó siendo delegado de curso, respondía: «Mejor os digo Gols Goyce y así nos gueímos todos». Recordando a Nachete le dio la risa y el señor Ambrosi lo miró con los ojillos brillantosos de felicidad:

—¿Entonces sabe qué caguera le digo? —preguntó.

—¿Una en la que gana el que más queso es capaz de comer en menos tiempo?

—¡Wow! ¡No! —corrigió—. ¡Consiste en tirarse por una colina embagada cogiendo detrás de un queso! ¡Es la caguera más divertida del planeta! Los participantes acaban con contusiones, magulladuras y tobillos gotos, pero el

ganador se lleva ¡el mejor queso de la temporada!

A Miguel no le entraba en la cabeza que estuviera en el despacho del presidente hablando de gente corriendo detrás de un queso, pero se rio como si fuera lo más gracioso que había oído en su vida mientras el Nieto echaba unas carcajadas tan sinceras que tuvo que sacar un pañuelo de la manga para secarse las lágrimas.

—Oh, my God! It's so funny!

—Of course.

Of course. Nice to meet you. You are very nice. I have a problem. Today's my birthday y poco más. Ya le fastidiaba no saber inglés.

—Quiero estudiar un curso en el extranjero para aprender inglés —había dicho en su casa el año que Pecú se fue a Austin.

—Qué inglés ni qué inglés —contestó su padre—, que aprendan ellos español, estaría bueno.

—¡Me parece una idea excelente, cariño! —había dicho, en cambio, Magda—. Cuando trabajes, ahorras y luego, si quieres, te vas.

—¡¡Pues eso es lo que haré!! —respondió Miguel dando un portazo y encerrándose en su cuarto indignado con unos padres que no le entendían.

Pero cuando empezó a trabajar y a ganar dinero, le pareció más útil invertirlo en salir y en ropa y en porros y en alquilarse una buhardilla y blablablá. Ahora se arrepentía.

—Veo que está atento a lo que digo. Es una de las virtudes que gueflejó el test que le hicieron en las pruebas de acceso. Mire, mire: le leo.

Se levantó otra vez y cogió la carpetita de piel. Miguel empezaba a ponerse nervioso con tanto coger y dejar la carpetita. El Nieto leyó:

—«A veces aparenta una actitud extraña, como si, en vez de estar a lo que tiene que estar, estuviera en otra cosa y, sin embargo, luego guesponde de una manera brillante a cualquier cuestión que se le plantea. El guesultado de las pruebas confirma que Miguel Martín tiene una mente prodigiosa». ¿Qué le parece lo que dicen de usted?

—Bien.

Qué iba a decir. Por una parte, se sentía halagado y, por otra, deseaba arrancar el documento de las manos del señor Ambrosi y leer todo lo que había escrito ahí sobre él, que si era su cumpleaños, que si sus padres le habían pagado los estudios, que si el máster, que si pamplinas. Ni que supieran su vida entera. Igual en el informe salía también que su primera novia, una que tuvo a los trece y a la que besó un verano en la piscina, lo dejó porque no se atrevió a tocarle las tetas. Venga, hombre. Su empresa lo espiaba. Fijo que lo espiaba. Se dio un manotazo en la frente y borró el pensamiento de su cabeza.

—¿Le ocurre algo?

—No, disculpe. No es nada.

—Mire, Miguelón... ¿Puedo llamarle Miguelón?

—Claro.

¡Dios! ¿Dónde estaba?

—Verá, Miguelón, le decía lo de sus padres porque es muy importante que uno esté agradecido a quien ha formado parte de su vida. Somos lo que somos por quienes nos han acompañado y nos acompañan en el camino. Todo lo demás es menos importante. ¿Sabe usted por qué se llama esta compañía Ambrosi & Sheep, que hoy tiene sedes en las ciudades más importantes del mundo?

Lo sabía porque venía en la documentación que llevaba meses estudiando, pero dejó que el Nieto hablara, qué iba a hacer, con la ilusión que conlleva contar una historia a alguien que no la sabe.

—Mi abuelo era el hijo de un pastor de Painswick que tenía un guebaño con más de cien ovejas que todos los días llevaba a pastar. Mi bisabuelo nunca había ido a la escuela, no sabía leer ni escribir y hacía las cuentas con los dedos, pero vendiendo quesos, leche y lana hizo un pequeño patrimonio para que su único vástago, Augusto Ambrosi, pudiera ir a la universidad. Cuando mi abuelo volvió al pueblo con su título en la mano y fue a dar las gracias a su padre, él lo llevó a la colina en la que pastaban sus ovejas y, señalando el guebaño con el bastón, dijo: «A mí no me debes nada, se lo debes todo a ellas. Es con ellas con quienes estás en deuda».

A Miguel le pareció que al Nieto se le quebraba la voz. El señor Ambrosi se acercó a la gran mesa de madera de cerezo que presidía el despacho y cogió un marco doble de fotos para mostrárselo a Miguel. La fotografía de la derecha, en blanco y negro, era el primer plano de un hombre que, a todas luces, era el pastor, el bisabuelo del Nieto. En la otra fotografía, del mismo tamaño y proporción que el retrato familiar, aparecía mirando atentamente a cámara una oveja.

—La oveja Bala, su favorita.

Miguel estaba tan flipado que no sabía qué hacer ni qué decir.

—En esta consultora, señor Martín —dijo el Nieto cambiando la voz entrecortada por un tono serio y profesional—, trabajamos como si cuidáramos de un guebaño. Cada empleado de Ambrosi & Sheep es un pastor que tiene a su cargo unas cuantas ovejas, que son los clientes, a los que hay que asesorar desde la excelencia. Los acompañamos a los mejores pastos, les buscamos cobijo cuando tienen frío, alimento cuando tienen hambre y agua cuando tienen sed. Ellos son nuestro único objetivo porque el éxito de nuestros clientes es también nuestro éxito. Aquí no vale llegar a la colina cuando otro guebaño se ha comido

la hierba. No vale no prever un temporal, ni vale no conocer las últimas tecnologías para extraer la leche, hacer queso o esquila, ni vale llegar tarde al mercado de ganado. En esta compañía se llega siempre antes. Y si viene el lobo, sacamos la escopeta y en honor a la vieja oveja Bala disparamos a discreción. ¿Lo entiende?

Como para no entenderlo.

—Y ya que hoy es su cumpleaños, le voy a dar la primera oveja de su guebaño.

Descolgó el teléfono y pulsó una de las teclas.

—Dolly, tráigame el dossier que le pedí esta mañana y el paquete que ha traído el mensajero, please.

La secretaria llamó a la puerta y entró. Miguel había llegado tan nervioso al despacho que no había reparado en ella, pero, al verla, se dio cuenta de que tenía el pelo blanco y rizado, la piel rosácea y era regordeta como una oveja. La oveja Dolly. Aguantó una risilla. Dolly dejó sobre la mesa del despacho el dossier y un paquete envuelto en papel de regalo.

—Happy birthday, mister Martín —dijo amablemente cuando se marchó.

¿En esa compañía todos lo sabían todo de él o qué?

—Aquí tiene la información que necesita sobre la primera empresa que pasa a ser de su guesponsabilidad —dijo entregándole a Miguel el dossier—, y aquí tiene un guegalo por su treinta cumpleaños. Ábralo.

Miguel tiró del lazo rosa, rompió con cuidado el papel y abrió la caja. En el interior había un jersey de punto fino y cuello en pico.

—Es de lana de Painswick, la mejor del mundo. Póngaselo hoy, así no tendrá que andar tapando la mancha de café con la chaqueta, hágame caso.

—Oh. Muchas gracias. —La emoción le hizo lanzarse con el inglés—: Thank you so much, mister Ambrosi.

—Ha sido un placer conocerle, Miguel Martín.

—Nice to meet you, sir.

Se puso el jersey, se despidió del señor Ambrosi y regresó por donde había venido con el dossier en una mano y la chaqueta en la otra. Había sido la reunión más rara que había tenido en su vida y, sin embargo, al recibir su primer encargo de confianza, se sentía increíblemente contento y seguro de sí mismo.

Dejó el sobre con la información de su primer cliente en la mesa y recordó que finalmente no había contestado al mensaje de Sofía. Cogió el móvil para volver a leerlo. *Despegando, mi amor. Te quiero.* Por instinto, leyó también el anterior, que había escrito él ayer: *Llegando, parado en el semáforo.* Y el anterior, que era de ella: *Ya en casa, ¿cuánto tardas?* Y el anterior: *Me queda un rato aún.* Y el anterior: *He terminado, paso a comprar pan y voy a casa, ¿y tú?*

Y así uno y otro y otro y, si quería, podía pasar el resto de su vida leyendo mensajes de texto porque el último, el de *Despegando mi amor te quiero*, era solo uno de los miles que se habían intercambiado en los meses que llevaban de relación. Todo se lo contaban por sms, había días que ni siquiera se llamaban, ¿para qué? Abrió el móvil, escribió: *Yo tb*, le dio al botón de enviar y se quedó tranquilo.

Sofía le producía una calma que no había experimentado en ninguna relación anterior. Lo supo desde el día en el que la vio por primera vez. Estaba con unas amigas charlando en la barra de un bar y Miguel observó que las otras chicas hablaban alborotadamente, moviendo mucho las manos y gesticulando con los ojos, pero ella, sentada en un taburete con las piernas cruzadas y una copa de cóctel en la mano, escuchaba sonriendo y hablando solo cuando le preguntaban. Tenía los ojos grandes y oscuros, el pelo largo y castaño, y llevaba un mechón sujeto con una horquilla a un lado. «Siempre seremos lo que fuimos en el patio del colegio», había leído una vez en una revista de psicología. Ahora sabía que esa chica que le había mirado a él sin que nadie más lo notara, y a la que no conocía ni había visto antes en toda su vida, era la chica que a él le hubiera gustado en el patio del colegio.

—Me llamo Miguel —dijo acercándose.

—Yo soy Sofía —respondió ella.

—Te voy a parecer un gilipollas, pero ¿puedo invitarte a cenar, aun a riesgo de que tengas un plan mucho mejor?

—Más que un gilipollas, me pareces un chico con suerte —dijo ella escribiendo su teléfono en un papel que arrancó de una pequeña agenda que sacó del bolso—, porque no tengo planes para mañana.

Miguel la llamó al día siguiente, reservó mesa en un restaurante y, cuando se quiso dar cuenta, en el cuarto de baño de su buhardilla había dos cepillos de dientes, un pequeño neceser con cremas y maquillaje y un estuche con tampones. La nevera tenía siempre leche y zumo, había pan y cereales en la despensa y una cesta con fruta encima de la barra. Sofía había entrado en su vida sin avisar y enseguida Miguel asumió que iba a ser para siempre. Dejó de llamar a las chicas con las que se veía los fines de semana, dejó de echarse a los bares como un gato callejero y dejó de seducir a otras mujeres. Estaba enamorado y, por primera vez en su vida, su amor era recíproco. Aunque Sofía no llegó a instalarse definitivamente en la buhardilla, pasaba allí los fines de semana, y al acabar el verano decidieron irse a vivir juntos a la casa que Miguel había comprado en la cooperativa de su padre.

—Pues casi no la compro —le dijo el día que fueron a verla.

—¿Y eso? Si es preciosa. Y tiene muchísima luz.

—Ya, pero yo prefería vivir en la buhardilla que está en el centro de la ciudad y no aquí... Al final mis padres me convencieron.

—Hicieron muy bien. Cambria es una zona maravillosa. Me gusta este piso, es amplio y luminoso, y tenemos piscina y jardín.

—Me alegro de que te guste. A mí me gustas tú.

Hicieron el amor sobre el suelo del salón vacío, luego en el suelo del dormitorio y después en el del vestidor y, dentro de ella, mientras las embestidas hacían que el cuerpo de Sofía resbalara sobre la tarima barnizada, Miguel pensaba en ese concepto tan cercano y tan lejano que era el futuro.

El móvil vibró sobre la mesa. Era su madre.

—¡Felicidades, cariño! Te he llamado antes, pero no me lo has cogido.

—Ya, mamá, es que estoy currando.

—Ya, ya lo sé, ¿y qué tal?

¿Cómo que «y qué tal»? ¿No le acaba de decir «estoy currando»?

—Bien, he tenido una reunión con mi jefe y por fin me ha encargado un cliente.

—Ay, hijo, qué orgullo y qué alegría me das. A lo que iba, ¿vienes a comer?

—No, no me da tiempo. Luego me voy a tomar algo con los amigos para celebrar el cumpleaños.

—Ah, ya. ¿Y va Pecú?

—Claro.

—Muy bien, le das un beso de mi parte y a ver cuándo viene a verme, que sois los dos unos desprendidos. ¿Y mañana vienes a comer con nosotros?

—No, mamá, mañana celebro el cumpleaños con Sofía.

—Ah, ya. Con Sofía. ¿No está hoy o qué?

—No, está haciendo unas fotos fuera, tengo que ir a buscarla mañana al aeropuerto y luego cenaremos algo tranquilos porque estará cansada del viaje y yo también querré quedarme en casa después de salir esta noche.

Tengo mi primer cliente, tomaré algo con los amigos, estará Pecú, Sofía viene mañana, la voy a buscar al aeropuerto, estará cansada, yo también, cenaremos en casa. En un parpadeo, Magda le había sonsacado la vida entera.

—¿Estás bien con Sofía?

—Que sííí —respondió.

—Bueno, bueno, a ver cuánto te dura el enamoramiento a ti.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

—Mamá, si lo dices será por algo.

—Qué va. Si yo solo te he preguntado si vas a venir a comer, eres tú el que se ha puesto a hablar de si Sofía por aquí, Sofía por allá.

—Te tengo que dejar, anda.

—Vale, hijo, ya me dirás cuándo lo celebras en casa, que ya sabes que con nosotros no tienes compromiso. Adiós, un beso.

Colgó. «Con nosotros no tienes compromiso». Lo había dicho con retintín. Le hacían gracia los celos de su madre, ¿acaso se sentía destronada? Volvió a coger el móvil y marcó su número.

—¿Qué se te ha olvidado?

—Nada, mamá, que yo no te he mandado un beso.

—¿Un qué?

—Un beso.

—Ah, había entendido «No te he mandado un queso» y digo: «Mira qué bien, que nos ha comprado un queso».

Entre la caguera de la colina de Gloucestershire y las imaginaciones de su madre, los quesos estaban adquiriendo mucho protagonismo el día de su cumpleaños.

—Jajaja. ¿Por qué no venís el domingo a casa a merendar? Te juro que os pongo una tabla de quesos.

—Vale, hijo, pero cuelga ya, que no me gusta que te vean hablar por teléfono.

—Te quiero.

—¿Qué?

—Nada.

—Qué susto, había entendido «Te quiero» y me he dicho: «Ay, que a mi hijo me lo han cambiado».

—Qué va, sigo siendo yo.

Colgó y miró por la ventana. La ciudad se dibujaba sobre el cielo despejado del invierno con tanta nitidez que apabullaba, debía de hacer bastante frío fuera. Se acordó de las veces en las que se había planteado dejar la gestoría de don Felipe, que le explotaba y le pagaba un sueldo miserable, pero no se atrevió porque todo el mundo le decía: «No lo dejes, hace mucho frío fuera». Al final, la constancia le había permitido fichar por Ambrosi & Sheep, pero aun así, muchas veces pensaba que acababa haciendo lo que los demás esperaban de él y no lo que realmente quería hacer, y esa sensación de estar siempre cumpliendo con las expectativas le atormentaba. ¿Por qué había entrado en la gestoría de don Felipe? Porque su padre le había conseguido el contacto y no quiso decepcionarlo. ¿Por qué había estudiado un máster? Porque Magda había insistido en que con una carrera no era suficiente y no quería decepcionarla. ¿Por qué había vuelto a vivir a Cambria? Por no decepcionar a Sofía. «Un tugurio abuhardillado en un portal sin ascensor frente a un piso amplio con zonas

ajardinadas, dónde vas a comparar...». Dónde iba a comparar. Se observó a sí mismo. Con el jersey de lana de Painswick parecía uno de esos tipos que veía por las mañanas desayunando un bollo suizo en la cafetería de Sonsoles.

Dejó el coche en el aparcamiento y entró en el supermercado. El sonido de los villancicos en el hilo musical y el árbol rodeado de regalos envueltos en papel brillante en la puerta del centro comercial le recordaron lo cerca que estaba ya la Navidad y lo rápido que pasaba el tiempo. Sacó del bolsillo la lista de la compra que había hecho Sofía y comprobó que ocupaba el papel por las dos caras. Hum. No le hacía ninguna gracia. Pensaba que solo tenía que comprar cuatro cosas para la cena de mañana, eso habían pactado, pero ella había hecho un encargo larguísimo, como siempre; con la prisa que tenía, ya le valía a Sofía; había quedado con estos para invitarlos a cenar y llegaba tarde. Recorrió las baldas del supermercado siguiendo el orden que estaba escrito en la lista: seis tetrabriks de leche semidesnatada, dos litros de zumo con pulpa —¿por qué con pulpa, si a él no le gusta la pulpa?—, una bolsa de pan de molde integral —¿por qué integral si es más rico el blanco?—, dos rollos de papel de cocina, berros, patatas para panadera, una botella de vino, un paquete de servilletas, espinacas, pastillas de caldo —¿pastillas de qué tipo de caldo?—. Aquello era interminable y Miguel iba de un lado para otro echando la compra en el carro sin entender por qué Sofía no había hecho una lista ordenada. Porque si escribía papel de cocina y después berros y después patatas y después vino y después servilletas y después espinacas, suponía que Miguel tenía que pasar primero por el pasillo del menaje, luego por el pasillo de las verduras, ir después a la vinoteca, regresar al menaje para coger las servilletas y volver a la zona de las verduras para coger las espinacas y, al final, acababa dando vueltas y vueltas por el supermercado como si fuera una peonza. La próxima vez hace la lista él y ya está. Pasó por delante de los turrónes y revisó lo que había apuntado en el papel. No había ningún turrón. Imposible. Si Sofía sabe que su cumpleaños abre la veda a los turrónes de la Navidad. Hum. Igual este año le dan una cesta en su revista y por eso no lo ha puesto, aunque si le fueran a dar una cesta navideña, Sofía se lo habría comentado. Cogió el móvil.

—¡Hola, cariño! —dijo ella en cuanto descolgó.

—¿Qué tal, linda? ¿Cómo va todo?

—Muy bien, casi a punto de terminar la sesión de rodaje. He hecho unas fotos buenísimas. ¿Y tú?

—Bien, muy bien, he tenido una reunión con mi jefe, pero te lo cuento mañana, que tengo ahora la cena con estos. Oye, estoy en el súper, ¿no has puesto en la lista ningún turrón?

Hizo la pregunta y se quedó mudo. En la caja de la planta de abajo,

metiendo la compra en las bolsas de plástico, estaba Claudia. Dejó el carro y echó a correr hacia ella bajando por la cinta automática y sorteando a los otros compradores cargados con cestas y carros. ¿Por qué están todos en su camino? ¿Se han puesto de acuerdo o qué? Según se acercaba, el corazón le latía cada vez más aprisa. «¡Claudia!», gritó desde la cinta. Ella, al oír su nombre, se volvió, pero al no ver a nadie en la planta baja que le resultara familiar, pagó, cogió las bolsas y salió del supermercado. Miguel consiguió llegar a las cajas, saltó la orden de alto que le dio el vigilante y salió a la calle a tiempo de ver cómo ella subía en un coche, cerraba la puerta del copiloto y daba un beso a la persona que conducía. Se quedó solo en mitad de la calle mirando cómo se alejaba el coche por la avenida. Había comenzado a llover.

—¿Miguel?

—Perdona —atendió el móvil.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Quién es Claudia?

—Nadie.

Claudia es nadie. Decirlo le produjo dolor.

—¿Qué me decías del turrón?

—Nada, Sofía, era una tontería. Que si no habías apuntado en la lista ningún turrón.

—¡Ah! Lo olvidé, mi amor, coge el que quieras.

—Ok. Un beso.

Entró con el abrigo empapado en el centro comercial y, con la mirada perdida, fue echando en el carro las cosas que faltaban para completar la lista, incluido un turrón de chocolate y almendras, pero podría haber cogido una tableta rellena de mazapán, que odiaba, y le hubiera dado igual.

Está tan animado que no puede parar de reír y la cabeza le da muchas vueltas. ¿Qué hora será? Ha perdido completamente la noción del tiempo. Lo último que recuerda con nitidez, con relativa nitidez, es cuando ha pasado la tarjeta de crédito por la ranura del datáfono del restaurante donde ha invitado a estos a cenar. Ha estado bien la cena, se han descojonado juntos recordando las mismas anécdotas una y otra vez. Todavía se está riendo. Es jueves. ¿Hace cuánto que no salía un jueves? La ciudad mola tanto los jueves que los viernes han quedado para los cobardes. ¡Cobardes! Él no, ¿eh? Él no. Pero ¿cómo han acabado en este tugurio abarrotado de gente? ¿De dónde han salido todos? Mira la hora en el móvil. Las doce menos veinte. Tiene cuatro mensajes sin abrir de Sofía. Ha olvidado por completo a Sofía. Mierda.

Miguel dejó la copa vacía en una de las barras y se hizo un hueco entre la

gente hasta alcanzar las escaleras que subían a la puerta de salida. Debe de hacer un frío del carajo porque todo el mundo lleva gorro y bufanda, pero él tiene calor, se ve que la lana de Painswick es la mejor del mundo. La lana del guebaño. Se parte de risa. Ha salido a que le dé un poco el aire antes de llamar a Sofía, no le apetece que le eche la bronca por estar pedo. Se ríe de nuevo. Sofía le echa la bronca por todo, es una novia echabroncas. Sofía, la echabroncas. Le gusta estar sin Sofía. Pero es muy linda, guapa y cariñosa. Y lista, es lista Sofía. Le gusta estar con Sofía. Es un poco histérica, también. Todo tiene que estar en orden. El mundo en orden. Le gusta estar sin Sofía. La lista de la compra no estaba en orden. Con Sofía. Mueve la cabeza de un lado para otro. Sin Sofía, a la izquierda. Con Sofía, a la derecha. Con. Sin. Con. Sin. Se parte de risa otra vez. Sin Sofía. Con Sofía. Quiere fumar un pitillo y se da cuenta de que no tiene tabaco. Miguel dejó de mover la cabeza de un lado a otro y cruzó la calle para comprar en un bar que había enfrente del garito. Está lleno de viejos. Molan los viejos. Cuando sea viejo, va a seguir yendo donde Mateo. Mola Mateo.

—Chico, qué te pongo.

—Una caña. ¿La máquina de tabaco?

—Al fondo la tienes.

No parece que el camarero haya notado que está pedo, menos mal, son muchos años de entrenamiento. Entrenar, tiene que salir otra vez a correr. Mañana sale a correr. Mañana no, que llega Sofía. Pues pasado. Pasado sale a correr. Saca el móvil del bolsillo para ver si tiene mensajes, cómo no va a tener si los ha visto antes. Tiene cuatro y los cuatro son de Sofía. Miedito. Abre el primero: *Mi amor, ¿qué tal te lo estás pasando con los colegones?* Le ha copiado lo de «colegones» porque esa palabra es suya, son sus colegones, pero ahora Sofía lo dice todo el tiempo, colegones por aquí colegones por allá, aunque bueno, no pasa nada, le ha mangado una palabra y ya está, no es grave, en el fondo es tierno que ella quiera «pertenecer». Abre el segundo mensaje. *Cariño, solo para saber si todo va bien. Nosotros ya vamos para el hotel.* El tercero ya no tiene tan buen rollo: *Estás idiota o qué? No oyes el móvil?* El cuarto tampoco es especialmente dulce: *Llevo toda la tarde escribiéndote mensajes y tú sin contestar. Te vas a cagar. Joder.* Es su cumpleaños, han estado de cena y ahora están de copas, no es tan raro que no oiga el móvil. *Estamos de celebración. No te mosquees.* Envía. Igual es demasiado seco. Vuelve a abrir el teléfono. Teclea: *No te enfades, cariño, estoy con mis colegones en un bar y no se oye. Un beso.* Ha puesto «colegones» aposta. Mis colegones. Envía. Hum. Se arrepiente de los dos mensajes. Están escritos mal con las letras desordenadas. Abre el móvil otra vez: *Tq.* En orden: primero la T y luego la Q. Él nunca pone *Te quiero*, suena demasiado fuerte. Envía. Eh. ¿Qué pasa? ¿Quién habla?

Miguel levantó las orejas y miró hacia el televisor que estaba apoyado en una repisa alta en la pared del bar. Emitía un documental sobre los pingüinos y prestó atención. «Los pingüinos —leía una voz nítida y masculina— son el símbolo del romanticismo. Cuando un pingüino se enamora, pasa el resto de su vida junto a su pareja». En la pantalla, una pareja de pingüinos se rozaba mutuamente, uno le rascaba al otro bajo el ala y luego le acercaba algo con el pico. «A diferencia de otras muchas especies animales —contaba el locutor—, los pingüinos son una especie monógama. Cuando el macho corteja a la hembra, arrastra una pequeña piedra con el pico y se la ofrece a la amada. Si ella acepta, él entonará una canción a graznidos. La llaman *La canción del corazón* porque, a partir del primer canto, el pingüino será fiel a su amada hasta la muerte». Observó con detalle a la pareja de pingüinos que caminaba torpemente hacia el agua con su fidelidad recién estrenada y se estremeció. Miguel, el pingüino.

Baila como puede porque hay tanta gente que apenas queda espacio para moverse, pero deja que la música entre en su cuerpo y consigue dejarse llevar. No sabe dónde están Pecu y los otros, hace un buen rato que los ha perdido de vista. Estarán sentados en las butacas, seguro, llevan toda la tarde de palique, no se cansan de hablar. Que si el curro, que si el coche, que si pillamos algo, que si mi mujer, que si pamplinas, bah, él prefiere estar en la pista. Ha molado el día. Está molando. Se lo han pasado en grande en el restaurante y se han puesto hasta arriba los cuatro de comer y de beber. Hacía tiempo que no salían juntos porque últimamente se ven poco, pero a partir de ahora van a quedar más. «Si te pierdes los treinta —ha dicho Álex—, te pierdes la vida entera». Y tanto. Miguel se fijó en una chica que bailaba de espaldas a él subiendo y bajando sus caderas mientras con una mano sujetaba una copa y con la otra se acariciaba la nuca. Está de muerte. Tiene el pelo muy corto y lleva un dibujo tatuado en el hombro izquierdo. Enfocó la mirada en su hombro y descubrió que era el dibujo de una mujer diminuta con unas alas en la espalda. ¡Campanilla!

—¡Ruth!

—¡Miguel! No me lo puedo creer, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Jajajaja.

Empezaron a bailar juntos hablándose muy cerca el uno del otro.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—¿Dos años?

—Por ahí. ¿Y ese corte de pelo?

—Me lo hice al separarme de mi último novio, pero cuéntame tú cómo te va.

—No sé, normal, me va normal, currando mucho sin tiempo para nada.

—¡Hay que ver qué pinta de chico bueno tienes con ese jersiecito!

—¡Y tú qué pinta de chica dura con ese carmín que llevas en los labios!

—A mí me gusta, por eso me lo pongo, ¿y a ti?

—A mí también me gusta.

Ruth seguía siendo tan macarra y tan sexi como siempre, llevaba los ojos maquillados de negro, los labios pintados de rojo y un piercing en la nariz. Vestía unos vaqueros ceñidos y una camiseta que le resbalaba por el hombro dejando el pequeño tatuaje a la vista. Al estar tan cerca de ella, Miguel reconoció un olor dulce que lo llevó de nuevo a las noches en las que follaban como locos en un baño, en un parking o en la buhardilla. Nunca se enamoró de ella, pero había llegado a gustarle mucho. Le atraía su falta de compromiso y su manera de entender la vida como si fuera a gastarse a la mañana siguiente, apurando hasta la última gota. No habían llegado a tener nunca una relación formal, pero estuvieron liándose durante muchos meses. Una vez, una sola, ella le sugirió algo que lo desconcertó: «¿Y si dejamos de enrollarnos con otras personas?», preguntó. Miguel respondió con sinceridad: «No creo que sea buena idea», porque sabía que no sería capaz de cumplirlo, no con ella, al menos. Ruth, que era destructiva y extrema, se vengó liándose con otros chicos delante de él en los bares a los que iban habitualmente y Miguel al principio se enrabetaba, pero luego se le pasaba y volvían a jugar a prometerse amor eterno. Con el tiempo, recordaba esa etapa como la más vertiginosa de su vida, en la que salía con quien quería, no tenía que dar explicaciones, ganaba el dinero que gastaba y vivía sin hipotecas ni ataduras. Ahora ese mundo lo tenía otra vez delante reflejado en el cuerpo tatuado de Ruth.

—¿Por qué no vamos a mi casa? Vivo muy cerca de aquí —le susurró ella al oído.

—Vamos.

No se despidieron de nadie, salieron a la calle, caminaron durante un rato, y a los pocos minutos estaban en el portal de Ruth esperando el ascensor. *Ding*. Tenía el mismo *ding* del microondas que él había oído ya por la mañana, cuando Sofía calentaba su leche antes de irse de viaje para la sesión de fotos. Le parecía que había pasado un siglo desde que Sofía había salido de casa deseándole un feliz cumpleaños. Cogió aire. El ascensor se detuvo en la segunda planta.

—Me pregunto por qué a los ascensores no les ponen un botón para llegar a la luna. ¿Tú no? —dijo Ruth.

La verdad es que no. La miró salir del ascensor. Tenía algo de heroína de cómic y, a ratos, lo único que a Miguel le parecía de carne y hueso era la pequeña Campanilla de *Peter Pan*.

—¡Sal! ¿O te vas quedar ahí como un pasmarote?

No era la primera vez que alguien le llamaba pasmarote hoy. ¿Quién...?

¡Ah, sí! Lo había dicho el Nieto cuando no se atrevía a entrar en su despacho. Ahora no se atrevía a salir del ascensor.

—¡Venga!

Ruth le cogió de la mano y lo llevó hasta la puerta de su casa. «Huele a gato», se dijo Miguel mientras entraban y ella dejaba las llaves en el recibidor. Pensándolo bien, no le apetecía follar. Estaba borracho y lo estaban pasando muy bien en el garito, ¿por qué se habían ido? Mañana era viernes, tenía que currar, le habían dado su primer cliente, tenía que ir a buscar a Sofía al aeropuerto y la casa de Ruth apestaba a pis de gato. Joder. Joder. Joder. Pero ¡qué diablos! ¡Treinta años! Lo que te pierdas ahora te lo pierdes para siempre. Ruth le ofreció una chupada de cristal, lo arrastró hasta la cama y el cuerpo de Miguel se disparó.

Le despertó el ruido del camión de la basura. Estaba completamente desorientado.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¡Las cinco y media!

Buscó su ropa y se vistió a toda prisa.

—Estoy rendida... —murmuró ella medio abriendo los ojos con el cuerpo enredado en las sábanas.

—No me extraña. —Se acercó y le dio un beso—. Duerme un rato más, no te desveles.

—No, espera —insistió Ruth—, me levanto en un momento y hago café para los dos.

—No hace falta, de verdad.

—Claro que sí, no tardo nada.

Se puso una camiseta, entró en la cocina a encender la cafetera y Miguel lo agradeció de veras, tenía el tiempo justo para llegar a casa, pegarse una ducha, cambiarse de ropa y salir para el trabajo. Un café le sentaría bien.

—¿Tienes cargador del móvil? Estoy sin batería.

—Hay uno en la encimera.

Conectó el cargador en uno de los enchufes de la pared y, en cuanto el móvil empezó a recibir carga, comenzaron a sonar las notificaciones de los mensajes. Parecía que el teléfono iba a explotar.

—Una persona que envía tantos mensajes es que no está muy tranquila contigo, ¿no? —dijo Ruth.

Miguel se ruborizó.

—Vivo con una chica desde hace unos meses.

—¿Ah, sí? No me digas que te has enamorado.

Lo dijo con ironía y recordó que Ruth siempre decía que Miguel nunca iba a conseguir tener una relación estable porque se aburriría.

—Estar enamorado suena muy fuerte, pero, sí, estoy bien con ella.

—¿Y dónde está la pequeña golondrina que te dejó escapar del nido anoche?

—Es fotógrafa y tenía una sesión para una revista fuera de la ciudad. Vuelve esta tarde.

—Ya. Y dime... —dijo Ruth mientras le ofrecía una taza de café y ella se servía otro—, ¿qué pasó con aquella chica que te gustaba tanto? ¿Cómo se llamaba? ¿Claudia?

La miró sorprendido.

—¿Cómo puedes acordarte?

—¿Quién puede olvidarse? Te morías de amor por ella.

Miguel se puso azúcar y removió lentamente el café con la cucharilla.

—Hoy me ha parecido verla en un supermercado.

—¿Con marido y tres niños tirando de un carro con la compra para el fin de semana?

—Iba sola, pero se ha metido en un coche que conducía un chico, no he podido ver más. Hacía cinco años que no la veía.

—¿Tanto tiempo? Creí que erais muy amigos.

—Éramos, sí.

—No lo entiendo, qué quieres que te diga. No está el mundo como para ir dejando amigos por el camino.

—Yo tampoco lo entiendo.

Ruth se acercó, le dio un abrazo y se quedaron un rato en silencio así, despidiéndose.

—Tengo que irme.

Metió el coche en el garaje y miró la hora en el reloj del salpicadero: las siete menos cuarto de la mañana. Cogió las bolsas de la compra del maletero y esperó a que llegara el ascensor. Al entrar, el espejo le devolvió la imagen de un hombre lastimoso. Tenía los ojos enrojecidos de pasar tantas horas con las lentillas puestas, llevaba la corbata hecha un ovillo dentro del bolsillo de la chaqueta, y la camisa, con rastros del carmín rojo de Ruth, estaba mal abrochada. El jersey de Painswick de pico, que no se había ajustado bien con las prisas, le hacía un cuerpo desordenado y maltrecho. Daba pena. No había llamado a Sofía en toda la noche, ni siquiera le había escrito un sms de madrugada para que no se preocupara, el último había sido cuando salió del garito para comprar tabaco. La imaginó intentando dormir en la habitación de su hotel, mirando el móvil cada dos por tres esperando ver en la pantalla una

notificación de mensaje que la tranquilizara. Joder, era un miserable. Al girar la llave de la puerta, entrando en casa hecho unos zorros, por un instante Miguel sintió que no era él quien entraba, sino su padre. ¡No! Dejó las bolsas en el suelo de la cocina y corrió arrancándose la ropa por el pasillo hasta llegar al cuarto de baño de invitados. El baño de Sofía. Se metió en la ducha y frotó frenéticamente su cuerpo esperando que el jabón y el agua caliente le limpiaran la culpa. Solo ha sido un polvo, no pasa nada. Solo ha sido una noche de copas, no pasa nada. No es nada. No ha pasado nada. Se frotaba como un loco. Solo ha estado sin dar señales de vida durante horas, no pasa nada. Mañana le explicará a Sofía que se quedó sin batería, que se alargaron y, cuando llegó a casa, cayó rendido sobre la cama. Que no se enteró de nada. Que no vio sus llamadas ni sus mensajes. Lo va a entender, era su cumpleaños, ¿cómo no lo va a entender? Antes de ir a buscarla al aeropuerto, saldrá a hacer deporte hasta sacarse de encima la resaca. Una hora, dos, tres, correrá tres horas o las que sean, da igual, aunque se muera. Hará la cama. Preparará la cena. Pondrá velas en la mesa. Tiene que comprar velas, sí, en los chinos seguro que hay velas. Y le dirá que la quiere con todas las letras, sí: Te quiero, Sofía. Porque la quiere, claro que la quiere. Es más, la ama. Ama a Sofía por encima de todas las cosas.

Salió de la ducha y arrojó su cuerpo mojado con el albornoz de ella. Es suave y esponjoso y parece un albornoz de catálogo, como el cuarto de baño, como la casa, como la vida que tienen. Qué tontería. Es una vida normal, no tiene nada de anuncio, pero ¿por qué diablos vive allí? No lo entiende. Si él quería seguir viviendo en la buhardilla de la ciudad, ¿en qué momento decide mudarse a la casa a la que juró y perjuró no ir nunca? La compró por sus padres, porque insistieron, pero con la condición de que solo sería una inversión y que cuando la terminaran y se revalorizase la vendería. Y ahora vivía allí. Era como si la historia de su vida la fueran decidiendo otros que no eran él. Pero, bueno, ¿qué le pasa? ¿Por qué esta mañana estaba tan contento y ahora le da por renegar de todo? ¿Qué ha ocurrido entre esta mañana y esta madrugada para que el mundo entero, su mundo, su propia vida, haya pegado un giro en su contra? ¿Qué ha pasado para que todo lo que le gustaba antes ahora le provoque rechazo? Lo que ha pasado tiene siete letras y estaba esta tarde en un supermercado.

MIGUEL Y CLAUDIA

—¿Sabes?

A Miguel le hacía gracia cómo Claudia llamaba su atención con esa pregunta. Decía «¿Sabes?» y luego se quedaba un rato sin decir nada, para poner a prueba la paciencia de su interlocutor o como si lo que iba a decir fuera tan importante que exigiera una pausa antes de soltarlo.

—¿Qué sé?

Estaba tumbada en el sofá con los pies sobre el reposabrazos y Miguel reparó en sus calcetines grises. Antes, cuando subían a la buhardilla y ella se quitaba las botas, como había hecho esta tarde al entrar, aparecían unos calcetines rarísimos, con dibujos de peces en el mar o un mercado de tulipanes o unos astronautas en el espacio, y a él ese gesto tan cotidiano que supone que alguien entre en una casa y se quite las botas le parecía tan extraordinario que durante dos o tres segundos el mundo se detenía ante la expectativa que despertaban los calcetines infantiles de Claudia. Pero hoy los llevaba normales, ni siquiera tenían unas rayas de colores que los animaran un poco. «Hace tiempo que no me río como antes», había dicho ella al principio. Si hubiera dicho: «He traído unos calcetines grises», no habría tenido que decir nada más, él ya hubiera sabido que hace tiempo que no se ríe como antes.

Estaba anocheciendo y la casa empezaba a quedarse en penumbra, así que pulsó los interruptores que encendían los leds de los muebles de la cocina y las luces de la estantería, y la casa se iluminó. Fue a la mesa del ordenador, buscó sus listas de música y puso la banda sonora de *In the mood for love*.

—Me encanta esta película.

A él también.

—Claudia, ¿qué tenía que saber? —preguntó.

—Nada, que estoy tan a gusto aquí como antes.

—¿Cuándo es «antes»?

—No sé, Miguel. Haces unas preguntas muy difíciles. Antes es antes —respondió ella mordiéndose el labio.

—¿Sabes?

Ahora era él quien quería llamar su atención.

—¿Qué sé? —respondió imitándole.

—Que una vez te vi en un supermercado.

Ella arqueó las cejas sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Sí. Había quedado con mis amigos para cenar, pero tuve que parar en un centro comercial para hacer unas compras. Estaba casi terminando cuando te vi pagando en la caja del supermercado. Yo te llamé desde arriba, mientras bajaba

por la rampa automática, y tú te diste la vuelta, pero no me viste y saliste a la calle. Fui detrás de ti a tiempo de ver cómo te metías en un coche y dabas un beso al chico que conducía. Recuerdo que llovía mucho. Volví con el abrigo empapado al súper.

Claudia levantó un momento la cabeza del sofá.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó.

—Hace unos diez años.

—¿Diez años? Estaría con Pablo —dijo tranquilamente.

—¿Pablo?

—Mi marido.

Tenía marido, claro. ¿Cómo no?

—¿Por qué no insististe?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que saliera corriendo detrás de vuestro coche?

—Antes lo habrías hecho.

—Pero antes era antes.

Claudia volvió a apoyar la cabeza en un almohadón del sofá y arropó su cuerpo con una manta de lana que había cogido del cesto de al lado. No siguió hablando y Miguel tampoco. Al cabo de un rato, él se levantó, fue hasta la estantería en silencio y pasó los dedos por los libros que había en las baldas, acariciándolos por el lomo y deteniéndose unos segundos en los títulos de los que habían leído juntos. Antes era antes, sí.

—Tú tampoco insististe conmigo, Claudia —dijo sin mirarla—. No me agarraste de la camiseta para que no me fuera.

Era la primera vez en su vida que hacía mención al mensaje de aquel domingo de mierda.

—¿Cómo que no insistí? —dijo ella incorporándose del sofá—. ¿Cómo puedes decir eso, Miguel? La memoria te traiciona. No me digas que no insistí porque no es verdad.

Recogió su melena enredándola por detrás hasta que quedó sujeta en un moño despeinado y apoyó los codos en las rodillas y la cara sobre las manos, medio cubiertas con las mangas del jersey. Estuvo así durante unos minutos, con la mirada quieta en algún lugar que Miguel estaba seguro de que no pertenecía al pequeño salón de su buhardilla.

—Nunca volviste a cogerme el teléfono, no contestaste a mis mensajes, ni escritos ni hablados, y desapareciste de mi vida.

Levantó la vista y, ahora sí, miró a Miguel, que también la estaba mirando.

—¿Cómo eres capaz de decirme que no insistí?

No parecía enfadada, pero su voz sonaba triste. Con la frente despejada

estaba aún más guapa que antes.

—Te juro —prosiguió Claudia— que si algo no me esperaba es que te fueras como lo hiciste. Estuvimos juntos un viernes por la tarde igual que habíamos estado tantas veces y, de repente, el domingo te evaporaste para siempre después de aquel mensaje que me escribiste.

Un mensaje que tenía dieciocho letras, tres espacios y un punto.

—Intenté localizarte durante semanas —continuó Claudia—, pero tú nunca estabas, o no estabas para mí, supongo. Ni siquiera me respondiste al mensaje que te dejé en el contestador por el día de tu cumpleaños.

Tenía razón. Lo borró porque no se atrevió a oír de nuevo su voz.

—¿Qué decía el mensaje?

—Nada, era una tontería —respondió con el ceño fruncido—. Te cantaba el *Happy birthday*.

—¿En inglés?

—Claro. A lo Marilyn.

Le enterneció imaginarla cantando al auricular y pronunciando *birthday* con su voz grave y poco afinada.

—Siempre fuiste una payasa.

Ella hizo una mueca ridícula que le daba la razón, pero enseguida recuperó un tono que dejaba poco espacio a la broma.

—Eras mi mejor amigo y mi cómplice, la persona que mejor me conocía y la que me hacía sentir más feliz, pero un día te cansaste de quererme y te fuiste.

Hablaba como una cría: «Mi mejor amigo me dejó de hablar, snif», le faltaba moquear. A Miguel le sorprendió que utilizara esas expresiones tan dramáticas —«te evaporaste para siempre», «desapareciste de mi vida», «te cansaste de quererme»—, pero lo que más le llamaba la atención era que no mencionara un pequeño detalle sobre ellos dos. No mencionaba lo que pasaba cuando subían a la buhardilla y hacían el amor una y otra vez. Noche tras noche, madrugada tras madrugada. No lo mencionaba. Ni mencionaba lo que le decía cuando salía por la puerta los sábados por la mañana: «Esto no significa nada, Miguel, estamos mejor como amigos». No mencionaba que nunca quiso dar un paso, ni que su relación se hiciera pública, ni mencionaba que él no pudiera besarla en la calle, ni en los bares, ni en las discotecas, ni en el parque, ni en los restaurantes. No hablaba de su relación a escondidas, tan clandestina que solo era verdad dentro de la buhardilla. «Lo que no se cuenta no existe», decía ella. Y ahora, tantos años después, a solas con él en el pequeño espacio que había sido su único testigo, tampoco lo mencionaba.

—Lo que más me gusta de *In the mood for love* —comentó Claudia después de un rato en silencio y sin que nadie le hubiera preguntado— es la

capacidad que tienen los amantes de alimentar el deseo. El marido de ella y la esposa de él tienen una aventura juntos y ellos dos podrían hacer lo mismo, podrían liarse mientras sus respectivas parejas están siéndoles infieles, pero prefieren no hacerlo porque saben que, si lo hacen, desaparecerá el deseo que sienten el uno por el otro.

Se había levantado del sofá y estaba de pie, junto a la doble puerta que daba al diminuto balcón que tenía la casa. La noche estaba muy oscura y la luz del interior producía en el cristal el efecto de un espejo; aun así, Claudia miraba hacia afuera sin que pareciera darse cuenta de que lo que veía por la ventana era lo de dentro.

—Cuando lo prohibido se convierte en permitido, termina la magia. Cuando lo clandestino se convierte en público, pierde la emoción y la excitación. Y en esta película, Wong Kar-wai nos está advirtiéndolo a todos de que, cuando el deseo de amar se hace realidad, acaba. —Se volvió hacia Miguel—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

No imaginaba cuánto.

IV

EL DÍA QUE MIGUEL
CUMPLIÓ 35 AÑOS

Hace tiempo que tiene la sensación de que sus despertares se repiten como dos gotas de agua. Otra vez quiere convencerse de que no la oye y decide mantener los ojos apretados dándose la vuelta y metiendo la cara en la almohada para amortiguar el sonido que llega del cuarto de al lado. «No la oigo, no la estoy oyendo. No estoy oyendo nada». Repite el mantra una y otra vez. «No oigo nada, no la oigo», pero el llanto de la niña —un puchero levísimo— está tan metido en su cabeza que no hay manera de que salga afuera. Por más que ha leído y estudiado los métodos que dicen que lo mejor que puede hacer, por su hija y por él, es no levantarse cuando llora de esa manera —un llanto quejoso que no es de dolor ni de hambre—, es incapaz de quedarse en la cama. Espera un minuto más por si percibe un mínimo movimiento del cuerpo de Sofía albergando la esperanza de que sea ella quien se levante a ver qué le ocurre a la pequeña, pero no se inmuta, está completamente dormida. Va, medio minuto más y se levanta, que seguro que se levanta para nada, que es solo que tiene un pie destapado o se le ha caído el oso o... ¡el chantaje! ¡Puede ser el chantaje! Ya lo dijo la pediatra mientras miraba la tabla de los percentiles: «A los dos años te los quieres comer porque empiezan a hablar, a entender y a desarrollar su independencia, pero son unos tiranos, desafían todos los límites, se convierten en unos enanos chantajistas y aprenden técnicas para llamar la atención. Hay que ser estrictos, especialmente por las noches, porque es la hora de dormir y los niños lo saben...». Su hija no lo sabe. Su hija es un bebé y todavía no lo sabe. «Están dejando de ser bebés...» La suya no, Daniela solo tiene dos años y medio. «Y a quienes más les cuesta asumir que el bebé crece es a los padres». Pamplinas. En fin, se va a levantar a ver qué le pasa a la niña, que fijo que vuelve a dormirse como si no le hubiera despertado cuando solo le quedan dos horas para comenzar otro jodido día de jornada vital, porque así son sus jornadas desde hace dos años y seis meses: jodidamente vitales. «Anda, ve tú, cariño, que yo he ido antes», oye que murmura Sofía. ¿Antes? ¿Cuándo antes? Porque quien se ha levantado a las tres de la mañana a darle un biberón también ha sido él. Sofía querrá decir ayer por la noche, pero ayer es ayer y hoy es hoy. «Venga, no te desvelas, que ya me he desvelado yo. Voy otra vez». Miguel se puso las gafas y fue descalzo a la habitación de Daniela.

En cuanto la niña vio asomar la cara de su padre por los barrotes de la cuna, se echó unas carcajadas y calmó el llanto. Traidora. Cuando ya está todo perdido, cuando sabe que su padre no va a conseguir descansar en el poco rato que le queda de sueño, calla y ríe. «Vamos, pequeña, ¿qué pasaba?», susurró Miguel arrojando a la niña con la manta y colocando el oso a su lado. Tiene tentaciones de cogerla en brazos pero no, no, no. No debe. Dio un beso a Daniela, acarició con la punta de los dedos su frente durante un par de minutos y, cuando

comprobó que estaba completamente dormida, regresó a la cama.

—¿Qué le pasaba?

—Nada.

—Algo le pasaría si llevaba media hora llorando.

Joder con Sofía. Llevaba media hora oyendo llorar a la niña pero no se ha levantado.

—Pues si la estabas oyendo desde hace tanto rato, no sé por qué no te has levantado tú.

—Pero ¿se había destapado o qué?

Esa es Sofía, que no oye lo que no quiere oír.

—Que nada, que en cuanto he entrado se ha callado.

—Ah, claro, solo quería sentir que su papi estaba cerca.

Sofía acarició el torso desnudo de Miguel hasta meter la mano por dentro de sus calzoncillos y se pegó a su cuerpo.

—Ahora no, Sofía, por favor, déjame dormir un poco, que el despertador suena en menos de dos horas.

—Vale, pero este fin de semana prepárate.

¿Es una amenaza? Porque ha sonado a amenaza. Cerró los ojos e intentó dormir.

A las siete y media le atronaron los pitidos del despertador del móvil y estiró los brazos desperezándose y bostezando en alto. Menos mal, creía que no iba a conseguirlo, pero el sueño le ha cogido a última hora y ha podido descansar un poco, aunque aún es miércoles, no sabe cómo va a llegar al final de la semana con el cansancio que arrastra y los millones de cosas que tiene que dejar cerradas en la oficina antes de Navidad.

Oyó a Sofía haciendo carantoñas en el cuarto de Daniela y, al escuchar la risa despejada de la nena, se le removi6 algo en las entrañas, sin poder localizar exactamente dónde, quizá aquí, entre el esternón y los pulmones, un lugar que no había descubierto hasta el nacimiento de su hija y que a veces se le encogía de tal forma que le subían las lágrimas a los ojos sin que pudiera evitarlo. Eh. Un momento. ¡15 de diciembre! ¡Es su cumpleaños! ¡La pequeña Daniela le regalará uno de esos dibujitos para pegar en la puerta de la nevera! Saltó de la cama feliz y, cuando fue a dar los buenos días a la familia, Sofía salió disparada del cuarto de al lado con la niña en brazos.

—Quita, anda, que no me da tiempo a nada, te lo juro, desde que me levanto hasta que me acuesto voy corriendo a todas partes.

Hablaba como si estuviera enfadada, aunque Miguel no sabe si es con él, con su hija o con el mundo en general. Le pasa muchas mañanas, es mejor hacer que no la ha oído porque así se arreglan las cosas últimamente en su casa,

haciendo como que no se oyen.

Volvió al dormitorio y se metió en la ducha cerrando la puerta del baño para amortiguar el ruido que hacía Sofía en la cocina mientras sacaba la botella de leche y la caja de las galletas para preparar el desayuno de la niña. Qué carácter, dios.

Al salir del cuarto de baño, todo parecía más calmado. Mientras se vestía, las oyó acercarse al dormitorio por el pasillo tarareando una canción infantil.

—Felicidades, mi amor, mira lo que tenemos para ti —dijo Sofía abriendo la puerta y dejando pasar a Daniela—. Dáselo a papi, cariño.

La niña caminaba con las piernas separadas por el pañal balanceando su cuerpito a derecha e izquierda. Llevaba un paquete en las manos que apenas podía sujetar, parecía que iba a perder el equilibrio de un momento a otro.

—Pero ¡bueno! ¿Qué es eso que me traes?

La pequeña consiguió llegar hasta la cama con el regalo, lo soltó satisfecha sobre el edredón y se puso a aplaudir. «¡Bieeen!», exclamaron aplaudiendo a la vez Miguel y Sofía en una de esas escenas cotidianas que rozaban el teatro del absurdo y que a él le hacían sentir muy cerca de la felicidad. Miró el regalo. Era una caja rectangular envuelta con un papel de color rojo rodeado con una cinta dorada. Se giró hacia Sofía extrañado. «¿Qué es?», preguntó con los ojos. «No sé, ábrelo», respondió ella con un gesto de barbilla. No le dio tiempo, antes de que pudiera hacer nada, la nena estaba arrancando el lazo y rompiendo el envoltorio.

—Con cuidado, cariño —dijo Sofía—. Hemos quedado en que teníamos que abrirlo con mucho cuidadito.

El papel envolvía una caja blanca en la que había pegada con celo una cuartilla cuadriculada con un dibujo de colores. Era un chico en pantalones cortos con las piernas y los brazos muy largos, el pelo revuelto y una boca enorme. En la parte de arriba, sobre las nubes y un sol de ojos redondos con las pestañas rectas y verticales, estaban escritas en letras de varios tamaños las palabras: «Mi papá». Contuvo las lagrimillas. El único retrato que le habían hecho en su vida había sido el garabato del seis y el cuatro, pero ahora el dibujo que había en esa cuartilla era él. El chico de los pantalones cortos era él.

—¡Qué bonito! Muchas gracias, pequeña.

Cogió a la niña en brazos y, cuando la estaba achuchando, reparó en la caja blanca. Era un iPad.

—¡Hey! —exclamó con sorpresa volviéndose hacia Sofía—, te has pasado, ¿no?

—Sé que lo querías. Felices treinta y cinco, cariño.

Dejó a Daniela sobre la cama y abrazó a su mujer. ¿Cuánto tiempo hacía

que no se besaban así? Ni se acordaba.

—Venga, que al final llegamos tarde los tres.

—Sí, vamos.

Colocó a la niña en el asiento infantil de la parte de atrás del coche, ajustó la cinta de seguridad de la sillita, dejó su cartera en el asiento del copiloto y salió del garaje. Todas las mañanas le pasaba lo mismo, cuando se quería dar cuenta era tardísimo. ¡Dale! Miguel tocó el claxon en cuanto el semáforo se puso en verde para que el primer coche de la fila no se retrasara en salir. Vaaaamos. Giró por la calle donde estaba la guardería y aparcó en segunda fila.

—¡Corre, Dani!

La niña obedeció caminando medio en volandas de la mano de su padre mientras arrastraba una mochilita con ruedas. Antes de llegar a la puerta de la clase, Miguel se agachó junto a ella y revisó el interior de la bolsa para comprobar que llevaba la muda por si se hacía pis y la agenda en la que la profesora escribía las notas para los padres. Echó un vistazo a lo que había en la página del día anterior.

*Actividades: Ha comido bien. Ha dormido siesta.

*Nota para los padres: El viernes hacemos las fotos para la Navidad y no tiene que venir con el chándal del uniforme, que vista ropa de calle.

Le dio un vuelco el corazón. Ah, no, qué susto. Hoy es miércoles, todo bien. Que no se les olvide lo de pasado mañana, no vaya a ser que su hija sea la única de toda la guardería que aparezca en la foto de la tarjeta navideña vestida de chándal.

—Buenos días, María.

—¡Buenos días, Miguel! ¡Hola, Daniela, qué gorro tan bonito llevas! —dijo la profesora mientras le quitaba a la niña el abrigo y un gorro con orejas de oso—. ¿Qué tal las noches? —le preguntó a Miguel en tono confidencial—. ¿Sigues durmiendo con pañal o ya no?

Inevitablemente, recordó la discusión que había mantenido con Sofía sobre el tema hacía un par de días.

—No pienso quitarle el pañal, es muy pequeña.

—Ya, Sofía, pero ha dicho la profesora que está preparada, que se lo empecemos a quitar por las noches.

—Mira, Miguel...

Le repateaba que utilizara con él ese tono condescendiente cuando hablaban de la niña, le faltaba rematar con un «no tienes ni idea». Estaba seguro de que a Sofía se le quedaba la frase atravesada en la garganta.

—... me da igual lo que diga la profesora. Si se hace pis, la que va a tener

que levantarse a cambiar las sábanas soy yo, o sea que no.

—Tiene delito que digas eso, Sofía, como si fueras tú la única que se levanta por las noches.

—Bueno, que me da igual. No se le quita el pañal todavía y punto.

Y punto. Ya. Se acabó. No hay más que hablar. Bah.

—Aún lo lleva —le confesó a la profesora un poco avergonzado—. No nos atrevemos a quitárselo.

—Ay, esos mieditos... Que los niños son más listos de lo que nos creemos.

—Bueno, me voy.

—¡Ay, estos padres estresados, que un día os va a dar un telele!

La profesora de su hija hablaba muchas veces en un suspiro, poniendo los ojos en blanco y cruzando los dedos de las manos clamando al cielo. ¡Ay, estos padres! ¡Ay, estas prisas! ¡Ay, este mundo!, pero los niños la adoraban. Tocaba la guitarra, cantaba canciones, corría por el patio junto a los párvulos y a Miguel le recordaba a Julie Andrews; muchas mañanas se iba al trabajo pensando en si María no sería una monja camuflada.

—A las cinco de la tarde tenemos la última reunión de padres para la función navideña, ¡no lo olvidéis, Miguel!

—¿Otra reunión?

Se reunían más en esa guardería que en su oficina.

—Otra, que la función es la semana que viene y debemos tener todo atado y bien atado. Y venid los dos, que esto es cosa de familia.

—¿Te da tiempo a recoger a la niña? —había comentado Sofía antes de salir de casa—. Estamos con el cierre del catálogo y es probable que me alargue, mejor que vayas tú.

—No puedo, también tengo lío. Llamo a mi madre y que se acerque a buscarla.

—No te preocupes, deja a tu madre tranquila, que estará organizando la merienda de tu cumpleaños. Me apaño yo.

—Vale, si al final no puedes, me apaño yo.

Los horarios se habían vuelto imposibles, tenían que hacer encaje de bolillos para llegar a todo y ahora Mary Poppins les plantaba la dichosa reunión.

—Lo intentaremos, María.

—Aquí os espero a las cinco en punto.

—Venga, que me tengo que ir.

—Di adiós a papá, Daniela.

La pequeña hizo un gesto con la manita lanzándole un beso y Miguel deseó con todas sus fuerzas raptar a su hija de los brazos de Julia Andrews e irse de pellas con ella. Llevarla al parque o a los columpios o al mar. Pasar el día de su

cumpleaños los dos juntos, solos, haciendo lo que les diera la gana: revolcarse en la arena hasta llenarse el pelo de tierra, saltar en los charcos, comer chuches, meter las manos en un bote de pintura, dibujar en las paredes, adoptar un cachorro, ver quinientos millones de veces los mismos dibujos.

—Adiós, cariño. Pórtate bien.

Entró en el coche y tiró por la avenida para salir de Cambria y coger la carretera rumbo a la ciudad. Puso la radio para escuchar las noticias de la mañana, pero no se enteró de nada porque su cabeza estaba en otra cosa. No podía evitarlo. Cada vez que dejaba a Daniela en la guardería pasaba un rato dando vueltas a lo mismo: ¿Y si le pasa algo? ¿Y si se cae y se abre la cabeza? ¿Y si un imbécil la empuja? ¿Y si la secuestra un depravado? Porque el mundo también era el lugar donde habitan los monstruos y, desde el nacimiento de su hija, Miguel había descubierto lo que significaba tener miedo, que no es que antes no lo supiera, sino que lo de antes, en comparación con lo de ahora, no era nada.

—Aquí tienes, Miguel, ten cuidado que la leche está muy caliente.

No tenía ni que pedirlo, en cuanto entraba en la cafetería, Sonsoles sacaba de la cocina un cruasán a la plancha y le servía el café. Miguel ocupó su sitio en la barra y, tal y como hacía todos los días antes de subir a la oficina, se acomodó en el taburete y se dispuso a observar el trabajo de la camarera. Música, maestro.

Ajena al espectáculo que ella misma protagonizaba cada mañana, Sonsoles colocó una fila entera de platitos de loza —*cloc, cloc, cloc, cloc*— a lo largo de la barra del bar y, de una sola pasada, puso una cucharilla sobre cada plato —*tin, tin, tin, tin*—. Se dio la vuelta, sacó el portafiltros de la cafetera, lo sacudió para eliminar los restos del café anterior en el picamarro —*toc, toc, toc*— y volvió a rellenarlo de grano molido —*cru, cru*—. Lo enganchó de nuevo en la máquina —*clac*— y apretó el botón para rellenar dos tazas de café. Sin apenas moverse, y aún de espaldas a la barra, estiró el brazo, cogió una jarrita de acero, la metió en el tubo vaporizador que hacía el mismo ruido que una locomotora y emulsionó la leche —*fssssh*—. Sonsoles giró sobre sus pies y —*zas*— arrastró los dos cafés hasta el lugar en el que los clientes esperaban su desayuno. Sirvió la espuma de leche haciendo pequeños giros con la muñeca y, sin quitarse la sonrisa de la boca, les plantó un par de bollos rellenos de nata.

No era una mujer especialmente guapa, tenía el pelo recogido en una trenza gruesa y llevaba sobre los pantalones un pequeño delantal del que colgaba un trapo de rizo, pero Miguel la imaginaba cada día sirviendo los cafés como si fuera una patinadora rusa, con el pelo tirante embadurnado de brillantina y los ojos maquillados en forma de alas de mariposa. Era un delirio rarísimo, ya que Miguel no fantaseaba así porque estuviera enamorado de ella, que no lo estaba,

ni siquiera le atraía sexualmente, sino porque esa evasión de la realidad, esos minutos en los que se abstraía dentro de una burbuja mirando embelesado la coreografía de su patinadora le resultaban vitales para enlazar sus dos realidades. El pequeño baile mañanero se había convertido en la bisagra entre su vida familiar y su vida laboral.

—Miguel, ¿lo apunto en la cuenta? Mira qué hora es, hoy no llegas.

—Sí, apúntalo, que me voy pitando. Gracias.

Salió de la cafetería, entró en el vestíbulo de la torre de Ambrosi & Sheep, saludó con familiaridad a los recepcionistas y subió en el ascensor acristalado hasta la novena planta mientras escribía un mensaje en el móvil a Sofía: *Reunión en la guardería a las 17.00. Ha dicho María que vayamos los dos. Hago lo posible por llegar.* Sonó el teléfono.

—¿Qué significa que hay otra reunión?

—Yo qué sé, por la función navideña, creo.

—Pues menuda faena, tengo que escaparme otra vez y estamos de cierre.

—Tranquila, me organizo yo, tú llega cuando puedas.

—Dices eso, cariño, pero luego la que llega siempre puntual soy yo.

—Ya, pero a esta reunión tenemos que ir los dos, así que me tengo que organizar sí o sí. Y tú igual.

—Vale, te dejo, que me están llamando, un beso.

—Nos vemos a las cinco, un beso.

Atravesó el pasillo parándose varias veces con los compañeros que lo felicitaban y llegó hasta su mesa de siempre, tras el ficus. Le esperaba una mañana de aúpa. Tenía que contestar decenas de correos electrónicos y, sobre todo, preparar la reunión que había convocado para la semana próxima con el equipo directivo de Solersyde, una compañía especializada en el sector eléctrico con la que estaba desarrollando una aplicación que quería ofrecer a sus socios. Le gustaba Solersyde. Su modelo de negocio le llamaba especialmente la atención porque el nivel de fidelización de sus propios clientes superaba el 95 por ciento y la tasa de rotación de sus empleados —expertos en software, modelado y *trading*— no llegaba al uno por ciento, una cifra insignificante en comparación con la media del sector. Además, era una de las ovejas que más facturaban para la consultora y su caso servía de referencia para otras empresas que querían crecer y buscar un posicionamiento en el mercado. Le gustaba, sí, y tenía que prepararse a fondo el encuentro con ellos. En cualquier caso, el asunto que le traía verdaderamente de cabeza no era la aplicación por desarrollar, sino un proyecto de pozos de agua potable que quería construir en Benín la Fundación Soler, el segmento de Solersyde para destinar parte de sus beneficios en concepto de responsabilidad social. Había leído en la Wikipedia que Benín

era una pequeña república entre Togo, Burkina Faso, Níger y Nigeria de la que Miguel no había oído hablar en su puñetera vida. Tenía una semana para estudiar su geografía, su sistema político, económico y social y los vínculos que Solersyde podría establecer allí con los misioneros católicos que revisarían sus proyectos in situ a cambio de una buena suma de dinero en forma de donativo.

Tecleó en Google: *Benín. Costumbres y tradiciones* y lo primero que le mostró el buscador fue un reportaje sobre el vudú y la brujería. Estaba ilustrado con fotos de murciélagos, cabezas de mono con los sesos al descubierto y pollos colgados en los tenderetes de un mercado ilegal en la ciudad de Cotonú, donde el periodista había logrado infiltrarse para documentar los ingredientes con los que los hechiceros elaboran sus pócimas para invocar la sexualidad, recuperar un amor perdido o echar mal de ojo. Vio fotografías de cazuelas con caldo de piel de cordero, sangre de caballo y uñas de gato, y bailes endemoniados alrededor del busto de un rinoceronte. Empezaba la cosa bien, con lo poco que le gustaban a Miguel las supercherías, que luego soñaba maldades.

—Bueno, bueno, bueno... Esta gente parece que trabaja, ¿no se celebra nada aquí hoy o qué?

Al oír la voz de Pecú, salió de su ensimismamiento beninés y asomó la cabeza por detrás del enorme ficus. Su amigo —la barba espesa, el pelo largo y una chaqueta estrecha de pana que le hizo pensar a Miguel de dónde la habría sacado— venía sonriendo por el pasillo con una botella de champán en una mano y un par copas en la otra. Mientras avanzaba entre las mesas, las chicas se levantaron a darle dos besos y los chicos le saludaron con efusividad.

—¿Qué pasa, campeón? —dijo al llegar donde Miguel—. ¡Muchas felicidades!

—¡Gracias, tío! ¡Menuda sorpresa!

—No me esperabas, ¿eh?

—No, y me das una alegría porque llevo horas estudiándome un país y tengo la cabeza a punto de estallar.

—¿Qué país?

—Benín.

—Lo conozco.

—¿Lo conoces?

—En Benín está la Puerta del No-retorno: metían a los negros en barcos y los llevaban como esclavos a América. Es uno de los epicentros del vudú porque invocaban a los espíritus de los que se fueron, ¿no lo sabías?

—Lo acabo de leer y no me lo recuerdes. Oye, ¿por qué no vienes conmigo a la reunión de la semana que viene?

Aunque lo decía en broma, ojalá fuera en serio. Se sentía más vinculado a

su amigo que a cualquier otra persona que conociera y, si estaba él, se sentía tranquilo. A pesar de sus diferencias, que eran notables, los años de amistad los habían convertido en complementarios. Pecu le daba a Miguel seguridad frente al mundo, y Miguel, a cambio, se la daba a Pecu en otra dimensión mucho más profunda. Cuando eran pequeños y Pecu subía a casa, Miguel prefería que Magda le hiciera el bocadillo antes, le gustaba que revisara los deberes de su amigo cuando Leopoldo no estaba y le aliviaba que tuviera guardados, junto a los de él y su hermano, los regalos que hacían en el colegio por el día de la Madre y Pecu no tenía a quién dar. Como un cachorro que abre hueco a otro en la camada, Miguel le había convertido en parte de su familia desde que eran unos mocosos y, con una naturalidad apabullante, habían aprendido a cuidar el uno del otro. Al mirarle ahora, en la novena planta de su oficina enfundado en una chaqueta de pana que seguro que era de su padre, Miguel no pudo evitar recordar el momento más delicado de su tiempo compartido: cuando Ricardo se enteró de lo de Leopoldo prohibió al chaval entrar en casa, «Aquí tu amigo que no suba más, que lo que tiene su padre se contagia», sentenció. Miguel ya había cumplido los veinticinco y no era ningún crío, pero la orden de su padre lo golpeó de una forma tan amarga que no supo cómo reaccionar y solo se le ocurrió ponerse en huelga de hambre junto a su madre, que decidió que esa era la mejor medida de presión contra Ricardo. Miguel aguantaba bien la dieta durante el día, pero cuando llegaba por la noche a su buhardilla, abría la nevera y engullía cualquier cosa a escondidas —a escondidas de sí mismo—, para tapar el agujero que tenía en el estómago. Sin embargo, su madre empezó a perder peso, retiró la palabra a su marido y pasaba los días tumbada en el sofá de la sala de estar sin que nadie pudiera sacarla de su promesa ni convencerla de que volviera a comer ni a cocinar. Cuando su padre, que no sabía ni dónde encontrar una taza de desayuno, no pudo soportarlo más, Magda le obligó a llamar a Leopoldo para pedirle perdón. Ricardo se encerró entonces en su despacho y, después de unas cuantas horas, madre e hijo oyeron desde el teléfono supletorio de la cocina la réplica de las cifras de un número fijo. Intuyeron que sería el del ático B. Ni Magda ni Miguel se atrevieron a descolgar el teléfono para oír la conversación y se perdieron los detalles, pero al día siguiente, Pecu apareció otra vez en casa como si nada.

—¿Qué pasa, Richard? —dijo cuando el padre de Miguel entró en la cocina ofreciéndole una fuente de croquetas que había preparado por fin Magda—. ¿Quieres?

Ricardo cogió una croqueta.

—Gracias —respondió.

Esa fue la primera y única vez en su vida que Miguel había visto a su padre

con las manos y el rostro temblorosos y sin atreverse a parpadear.

Le pidió que lo acompañara a una de las salas de reuniones.

—Ven conmigo, anda, que ya que estás aquí quiero aprovechar para comentarte algunas cosas de *Yotambien voy.com*.

Entraron en un despacho independiente que había en la oficina, Miguel abrió su portátil y cliqueó sobre la carpeta donde guardaba la documentación de la empresa de Pecú.

—La web ha cumplido cinco años y es un exitazo. Ha ganado premios, todo el mundo la conoce y la hemos convertido en una *e-reference*, pero tenemos que empezar a planificar la estrategia para los próximos dos años y he estado haciendo una comparativa que quiero que revisemos juntos.

—No sigas. Estoy pensando en vender.

A Miguel casi se le saltan las lentillas de los ojos. ¿Vender? ¿Cómo que vender? ¡Era ahora cuando la página podía desplegar todo su potencial! ¡Ya habían logrado posicionarse y existían cientos, miles, millones de posibilidades de crecer y conseguir socios e inversiones publicitarias! Ya estaba urdiendo un plan de negocio para convertir «la web de las quedadas» en una plataforma que le gestionara al cliente todo lo necesario para disfrutar de un evento: desplazamientos, billetes de tren o de avión, coche compartido, alojamientos, entradas a conciertos y espectáculos, reservas de restaurantes; incluso estaba estudiando la posibilidad de gestionar invitaciones a fiestas privadas en casas particulares. Hasta la fecha no había nada igual en el mercado, joder, ¿y ahora Pecú soltaba que quería vender? Había perdido la cabeza.

—Miguelón, yo no soy como tú, no me quiero pasar la vida pendiente de una empresa ni de gente que dependa de mí.

—Vender ahora es un disparate, Pecú, no jodas. La gente mataría por tener lo que tienes tú entre las manos.

—Me da igual lo que diga la gente, cada uno tiene sus prioridades y yo no voy a pedir perdón porque las mías no sean las de la mayoría, ya me conoces. Además, no sé..., llevo un tiempo dando vueltas a intentar entender qué estamos haciendo con nuestra vida. ¿No te das cuenta? La hemos pasado planificando lo que haríamos cuando de verdad fuéramos felices. Estábamos en el colegio y decíamos: «¡Qué guay será cuando llegue el verano!»; luego cuando saliéramos con chicas, cuando pudiéramos ir a conciertos, cuando nos piráramos de viaje. En el instituto flipábamos con lo que pasaría cuando llegáramos a la universidad; en la universidad, con lo que pasaría cuando encontráramos un curro, cuando nos independizáramos, cuando ganáramos pasta... ¡Miguel! ¿No lo ves? Llevamos toda la vida pensando en cuándo. Y ahora igual. ¿Qué pasa? ¿Que voy a ser más feliz cuando mi empresa se haga gigante o qué? Paso, no quiero vivir esperando

siempre a que pase algo mejor. ¡Lo que yo quiero es vivir!

—A ver, cálmate... Que te gusta mucho filosofar. Yo solo te pido que esperes un poco.

Pecu arqueó la cejas.

—¿Cuánto es «un poco»?

—Hemos tardado cinco años en hacerla despegar, dame otros cinco y la disparamos. Luego la vendes y haces lo que te dé la gana con tu vida.

Su amigo sonrió. Resignado, pero sonrió.

—Sabes de sobra que te voy a hacer caso, tío, tienes una intuición animal.

Ya le gustaría. Pecu creía que tenía un algo sobrenatural desde que descubrió la homosexualidad de Leopoldo, pero aquello no había tenido nada de intuitivo, más bien al contrario, se lo habían servido blanco y en botella. El día que su amigo regresó de Austin, cuando Miguel lo dejó en la puerta de la urbanización por la noche, decidió esperar a que atravesara el jardín y entrara en el portal. Mientras tanto, se hizo un cigarro de liar, desvió la mirada hacia el ático y vio a Leopoldo en la terraza. En ese momento, otro hombre salió del salón, se acercó a la barandilla y lo abrazó por la espalda. «Seguro que está con Damián», había dicho Pecu. A Miguel le impresionó tanto ver a los dos hombres juntos que arrancó el coche y huyó. Sí, Miguel había huido literalmente de allí porque, al descubrir la homosexualidad de Leopoldo, descubría también que el mundo tenía otra verdad escondida bajo la que aparentaba, que no era mejor ni peor, sino desconocida, y quién no teme a lo desconocido. Al llegar a la buhardilla, estaba tan alborotado que quería decirle a Pecu muchas cosas, pero al final solo escribió *Menos mal que has vuelto* porque a veces le pasaba eso, que giraba y giraba en un pensamiento circular para acabar soltando una obviedad. *Menos mal que has vuelto*. «Hacemos la vida compleja —solía decir Leopoldo—, pero es sencilla».

Observó a su amigo. Se había levantado y miraba por el ventanal de la sala de reuniones. Le notaba preocupado por algo, pero no acertaba a saber por qué.

—Escúchame, Pecu. Si lo que te pasa es que necesitas motivaciones, podemos estudiar un plan de expansión internacional con el que te aseguro que no te vas a aburrir —dijo retomando el asunto de la web—. Podemos empezar con Lisboa, que va a pegar un pelotazo como ciudad europea. Todas las bandas de música la incluyen dentro de sus giras mundiales, están proliferando los eventos culturales y es un nicho de mercado fabuloso para *Yotambienvoy.com*. Si quieres, empezamos a trabajarlo de cara al verano... Lo que no puedes hacer ahora —volvió a decir— es vender. Hazme caso.

—Que sí, no seas pesado, ya te he dicho que voy a hacer lo que digas. ¡Si yo de negocios no sé nada! Eres tú el que sabe.

Le vio acercarse al mueble-librería y abrir todas las puertas hasta encontrar lo que buscaba: una pequeña nevera con la puerta forrada de madera cargada de cervezas.

—¿Puedo?

—Y aunque no puedas, las vas a coger igual.

—Qué más te da, si aquí os vigilan a todos. Seguro que el Nieto nos está espionando a través de una cámara instalada en una cerradura conectada con su despacho. Verás lo que tarda en bajar.

—No exageres.

—No exagero, y te voy a decir una cosa —comentó bajando la voz—: es más divertido ser vaquero que ser pastor.

Fue a sentarse con las birras al lado de Miguel.

—Pero no he venido para hablar de trabajo, he venido para hablar de ti.

—¿De mí?

—De ti. Me preocupas. Dime, ¿eres feliz?

—¿Qué pregunta es esa?

Porque qué pregunta era esa. A nadie se le pregunta si es feliz la mañana que ha visto un montón de fotos de los sesos de un mono colgando en los tenderetes de un mercado ilegal.

—¿Otra vez te da por filosofar?

—Contéstame.

—Uf, no sé, tío, no sé... Es una pregunta difícil. No me da tiempo a nada, cuando llego a casa estoy rendido, la niña está dormida y no tengo ganas de hablar con Sofía porque muchos días acabamos discutiendo. Casi no salgo, apenas te veo a ti y hace semanas que no sé nada de Iñaki ni de Álex. Y tengo muchas dudas... No sé si he tomado la decisión adecuada, no sé si este trabajo me gusta y no sé si quiero tener la vida que tengo, pero hay cosas que ya no puedo cambiar.

—Te pasas la vida dudando, Miguel, eso no es nuevo en ti... Y ya sabemos todos que las decisiones que tomamos exigen una renuncia, pero lo que yo te pregunto es si eres feliz. Por lo menos un poco.

Joder. Qué mierda de pregunta.

—De verdad que no lo sé. A veces creo que era más feliz antes.

—Ahí quería llegar. Tengo la sensación de que, por algún motivo, sigues aferrado al pasado y te voy a decir una cosa: el pasado no vuelve.

—Lo sé.

—Pero no pongas esa cara de perro triste, va —dijo Pecú intentando animarle—. Olvida la pregunta. Podemos retomar algunas cosas que hacíamos antes. ¿Cuánto tiempo hace que no vamos a esquiar?

—¿Tres años?

—¡Vamos a volver! ¿Cuándo puedes?

—En Navidad ni de coña, te puedes imaginar el lío que tenemos para repartirnos las fiestas entre la familia de Sofía y la mía.

—¿Y en marzo? ¿O en octubre? ¡Hay estaciones europeas que tienen nieve casi todo el año! ¡Venga, di que sí, Miguelón, di que lo haremos! No puedes pasarte los días lamentándote sobre si has tomado la decisión adecuada, necesitas un poco de aire. Va, dime que sí.

—¿Cómo voy a decirte que no? Estaría loco, tío. Es imposible resistirse a ese plan.

—¡Genial, no imaginas la alegría que me das, joder! A veces te veo tan perdido que ya pensaba que me dirías que no. Venga —dijo abriendo la puerta del despacho e invitando a Miguel a salir primero—, vamos a abrir el champán de tu cumpleaños con el resto, ya hablaremos a principios de año de tu plan estratégico para mi empresa. ¡Hey! —gritó—. ¡Quien consiga una copa que venga donde el ficus!

A su reclamo, una tropa se acercó a la mesa con vasos de plástico que fueron rellenando del champán que servía Pecu. Todos lo querían. Cuando entraba en la oficina porque tenía una reunión con Miguel, la gente se ponía contenta de verle. Era cliente de Ambrosi & Sheep desde hacía cinco años porque una de las políticas del Nieto era que cada uno de sus empleados, además de los clientes que le correspondieran (medianas o grandes compañías, algunas de ellas multinacionales) escogiera una pyme de nueva formación para prestarle sus servicios de consultoría de manera gratuita. Por una parte, los obligaba a seguir en contacto con la realidad de los que se lanzaban a abrir un negocio; y, por otra, les permitía realizar un trabajo que solo tenía como resultado la satisfacción personal. A esas pequeñas empresas que acababan de nacer Ambrosi & Sheep las llamaba, obviamente, «corderos» y muchos de ellos se quedaban por el camino, pero los que conseguían crecer, cumplir objetivos y obtener finalmente beneficios acababan convertidos en clientes de la consultora para siempre. Cuando cinco años atrás a Miguel le preguntaron el nombre de la empresa a la que quería ofrecer gratis sus servicios, no lo dudó: *Yotambienvoy.com*.

—¡Guecórcholis! ¿Cómo puede ser que esté aquí mi cordero favorito y nadie me haya avisado?

Pecu guiñó un ojo a su amigo: «¿Ves? Ya te he dicho que os espían». El Nieto y Dolly venían por el pasillo de la novena planta con otra botella de champán y una bandeja llena de pasteles para celebrar el cumpleaños de su empleado y saludar, de paso, a uno de sus clientes más queridos y prometedores.

—Miss Dolly... —dijo Pecú besando la mano de la secretaria. Después miró al Nieto e hizo un gesto como si se levantara un sombrero de vaquero—. Caballero de la orden del Guebaño, mis guespetos.

Miguel sonrió. Pecú se pasaba el día de coña y eso era lo bueno que tenía, que el mundo era mucho más entretenido cuando él estaba cerca.

Entró corriendo en la guardería, paró un momento a las puertas de la sala de reuniones para recuperar la respiración y entró. Sofía lo fulminó con la mirada.

—¡Bienvenido, Miguel! —dijo la profesora interrumpiendo la charla—. Hemos empezado hace más de veinticinco minutos, pero no pasa nada. ¡Entra!

—Me ha sido imposible llegar antes, lo siento —murmuró.

Se puso al lado de su mujer mientras María continuaba explicando cómo habían organizado las fiestas navideñas, cómo tenían que elaborar los disfraces para la función de los niños y cuál era la forma adecuada de ensayar con los pequeños el papel que les había tocado representar a cada uno. Cuando terminó, entregó a todos una cuartilla con el villancico que habían estado preparando en clase durante el mes de diciembre.

—Ahora llega la cuenta atrás y hay que repasarlo en casa insistentemente, ya sabéis lo efectiva que es la repetición con los críos.

Que si lo sabían. Miguel echó un vistazo a la letra de la canción para ir haciéndose a la idea de cuál sería la próxima banda sonora de su vida, intuyendo que le atronaría las sienes y acabaría tarareándola de forma incontrolable en la oficina, metido en un taxi o en un funeral. Resignado, leyó la letra:

Allí vienen los pastores

y animales de colores

vamos todos a cantar

al niño que va a llegar.

Canta así, Kikiriquillo, Kikiriquillo, no llores, Niño.

Canta así Kikiriquillo, Kikiriquillo, no llores, Niño.

Los pastores van bailando

y el niño sigue llorando

pero al ver a los pollitos

se pone tan contentito.

Canta así, Kikiriquillo, Kikiriquillo, no llores, Niño.

Canta así Kikiriquillo, Kikiriquillo, no llores, Niño.

A Miguel le entró la risa. ¿Quién diablos había escrito esa letra? ¿«Canta así Kikiriquillo»? ¿Cómo iba a decir Daniela la palabra «Kikiriquillo» si había aprendido a hablar hacía unos meses? Venga, anda, por favor, ni de broma.

—¡A ver, atentos ahora! —María tocó una campanilla para llamar la atención de los padres que se habían puesto a ensayar ya la letra del villancico

—. ¡Atentos! Vamos con el tema de los disfraces. Leo la lista de cómo hemos organizado a los niños en el escenario: Eva y Lucas son María y José; la mula, Pedro; el buey, Jorge; el ángel, Alicia; los pastores y pastoras, Silvita, Ana, Quico y Manu; los pollitos, Daniela, Ainara, Sacha, Laura, Candela, Victoria y Alejandro. El resto de los niños que vengan con los disfraces de animales que quieran: de vaca, de oveja, de perro, de gato... ¡Y no vale el disfraz de león ni de tigre, que no son de la granja del belén! ¿Entendido?

Al oír las órdenes de la maestra, se montó un revuelo enorme en la sala de reuniones. Que si cómo vamos a terminar los disfraces a tiempo, que si por qué a mi hijo le ha tocado ser la mula, que si el disfraz que tiene en casa el niño es de tigre, que si tienen que ser hechos a mano o se pueden comprar, que si hay que llevarlos ese día vestidos de casa o se visten en la guardería, que si el mío hubiera hecho muy bien de ángel, que si les podían dar unos patrones, que quién se había inventado esa mierda de villancico... Miguel temió, por un momento, que los padres se amotinaran contra la maestra para despellejarla viva y acabara viniendo la Policía a detenerlos a todos, pero tenía que reconocer que él también estaba irritado. ¿Por qué su hija tenía que ser pollo? Le hubiera ido mucho mejor el personaje de ángel o de pastorcilla, pero ¿pollo? ¿Qué había visto Mary Poppins de pollo en su pequeña Daniela? Al menos, se consoló, no la había metido en el grupo de «el resto». «El resto pueden venir de gato o de vaca o de perro ¡o como si no vienen!», le había faltado decir a la maestra. A Miguel le entraron muchas ganas de ir a abrazar a su niña-pollo y, aprovechando que Sofía estaba hablando con la profesora, se escapó de la sala de reuniones.

Recorrió el pasillo de la escuela infantil mirando lo que había en los corchos con los que estaba forrada la pared: las letras del abecedario, los nombres de las frutas, los colores escritos en su propio color: el azul pintado de azul, el rojo pintado de rojo, el verde de verde. ¡Qué sencilla parecía la vida dibujada sobre el corcho de una pared! Se asomó a la clase en la que jugaban los pequeños y, al abrir sigilosamente la puerta, el olor a plastilina lo trasladó a su antigua clase de parvulario y, por primera vez en su vida, Miguel cayó en la cuenta de que ser padre, además de volverle el mundo del revés, anular sus relaciones sociales y sexuales y multiplicar sus miedos, también le estaba dando la oportunidad de volver a vivirlo todo de nuevo.

—¡Daniela!

Al reconocer su voz, la niña, que estaba jugando con las piezas de un mecano, levantó la vista, le buscó con la mirada y, cuando lo vio, echó a correr con tanto brío que Miguel creyó que se descalabraba.

—¿Has visto qué villancico? ¿Cómo se va a aprender la niña lo de Kikiriquillo? ¿Esta Mary Poppins se ha creído su papel o qué? —comentó

mientras conducía hacia la pastelería—. ¡Si la apuran, les calza a los críos el Supercalifragilisticoespialidoso!

—No seas exagerado, anda. Llevan varios días ensayando el villancico en clase, verás como Daniela acaba cantando la canción mejor que tú y que yo.

Le desconcertaba Sofía. Para algunas cosas pensaba que la niña era una espabilada y para otras, como para lo del pañal, un bebé. No había quién la entendiera.

—Ya, bueno. ¿Y qué te parece que la hayan hecho pollo?

—Jajaja. ¡Miguel! ¿Cómo eres así? No la han hecho pollo, simplemente hay que hacer la función de Navidad, hay un belén con animales y le ha tocado uno de los papeles, no es más que eso.

—Pero podría haberle tocado ser ángel, ¿o no?

—¿Lo estás diciendo en serio?

No, no lo estaba diciendo en serio, lo estaba diciendo completamente en serio.

—A ver, Miguel, ¿no has leído el villancico? La letra dice: «Al ver a los pollitos, se pone tan contentito». Los pollos son lo más importante de la función. De hecho, han elegido de pollos a los niños que cantan bien.

Visto así, vale. Aunque Daniela habría hecho muy bien de ángel. O de pastora. Hum. Aparcó en doble fila en la puerta de la pastelería, salió del coche y entró en la tienda.

—¡Miguel, hijo, cuánto tiempo sin verte!

—Sí, Clotilde, ando siempre liado. Ponme una tarta de crema y chocolate, por favor.

—Ahora mismo, ¿estáis de cumpleaños o qué?

—Sí, es el mío.

—Ay, qué bien, muchas felicidades... ¿Y qué? Vas a casa de tus padres a celebrarlo, ¿verdad, hijo?

—Sí, nos juntaremos un rato todos, viene mi hermano y su mujer con los niños, y subirá un rato Pecú también, que es el padrino de Daniela.

—¡Pecú! ¡Otro que no veo desde hace no sé cuánto! ¡De críos andabais siempre juntos y donde estaba el uno estaba el otro! ¿Sigue soltero?

—Sigue.

—Bueno, hijo, cada uno es cada uno. ¡Pues hala! —dijo entregándole la tarta en una caja de cartón a la que puso un hilo vegetal de color rojo—. ¡Pasadlo bien!

—Sí, a ver si la niña no se duerme —comentó mientras pagaba.

—Huy, la niña, la niña... Lo bonita que es. ¿Por qué no me la has traído?

—Está en el coche con Sofía. Tenemos un poco de prisa.

Clotilde se asomó por el cristal del escaparate y dijo adiós al coche con la mano.

—Pues no te entretengo, hijo. Ea, da un beso a tu madre.

En todos los establecimientos de Cambria llamaban a los vecinos «hijo» y daban recuerdos a la familia.

—De tu parte, Clotilde.

Condujo hasta la urbanización de sus padres y subieron a pasar la tarde. Prepararon la merienda, hicieron fotos con los móviles y cuando ya casi estaban terminando, alguien apagó la luz del salón y sacaron la tarta de cumpleaños con treinta y cinco velas encendidas.

—Cumpleañooooos felizzz, cumpleaaaaañoos feliiiz.

Cumpleaños feliz. La única canción del mundo que se mantiene en el tiempo de la vida de uno desde que nace hasta que muere, el mismo día del mismo mes de cada año, año tras año. Cambian las circunstancias, cambian los decorados, cambian las compañías y cambia uno, pero el *Cumpleaños feliz* se mantiene impertérrita, siempre desafinada, testificando lo que uno va teniendo y lo que va dejando alrededor.

Le parecía raro ir solos en el coche porque hacía dos años y medio que no eran dos sino tres, y durante el trayecto no pudo evitar volverse un par de veces para vigilar a la niña sentada en su sillita de atrás. Lo hacía por instinto, como si notara su presencia por la costumbre. Miguel se dio cuenta de que Sofía también lo hacía, pero ella, cuando veía que Daniela no estaba, en vez de relajarse levantaba el cuello de su abrigo como si le hubiera entrado frío.

—¿Te pasa algo?

—Nada, es que no estoy acostumbrada a que estemos los dos juntos sin la niña, es un poco extraño.

—A mí me pasa lo mismo, pero, bueno, está en casa de mis padres, mejor cuidada que allí no va a estar.

—Bueno, mejor cuidada está con nosotros, no sé por qué tu madre se ha empeñado tanto en quedársela.

—Sofía, lo ha hecho con toda su buena intención, para que estemos solos por mi cumpleaños.

—Ya, pero que no lo entiendo, si mañana tenemos que madrugar y encima estoy agotada, no sé qué quiere tu madre que hagamos.

Miguel respiró un par de veces para no lanzarse a contestar y tener la fiesta en paz. Sobre todo la fiesta, sí. Lo único que le parecía una fiesta en ese momento era saber que podría dormir de un tirón. Miró la hora. Las ocho y cuarto, aún tenían un buen rato por delante antes de acostarse, ¿qué podían hacer? Revisó mentalmente lo que había en la nevera, pero solo recordaba

yogures, filetes de pollo, jamón york, potitos y leche. Con eso no había manera de cocinar nada romántico. Se le ocurrió que podrían llamar a un japonés, pedir pez mantequilla y acompañarlo con sake. Le vinieron a la mente las cenas improvisadas que hacían cuando se acababan de mudar y no tenían casi muebles en casa. Pedían comida japonesa o paquistaní y cenaban tirados en la cama mientras veían películas durante toda la noche. Hacían el amor cuando terminaba una y esperaban a que empezara la siguiente o, incluso, las interrumpían a la mitad. Era una buena idea, podían celebrar su cumpleaños hoy así, cenando sobre la cama como antes. Eso iba a hacer. Buscaría la carta de un restaurante asiático que tuviera servicio a domicilio y volverían a ver películas hasta que cayeran rendidos. O mejor: series en internet. ¡El iPad! ¡Lo había olvidado! ¡Lo había dejado sin estrenar en la mesilla del dormitorio! Guau. Era maravilloso tener algo por descubrir. Sí. Cenarían sushi, sashimi y pez mantequilla mientras bebían sake y probaban juntos su tableta nueva. Planazo.

—Estoy agotada, no puedo con mi alma —dijo Sofía cuando entraron por la puerta de la cocina—. ¿Qué hacemos de cena?

—No sé, lo que quieras.

Ya no tenía ganas de japonés, se le habían pasado justo al llegar a casa. Menudo lío era llamar al restaurante, que tardara el motorista en traer el pedido, que el sake les emborrachara y tuvieran resaca mañana, que se derramara el bol con la salsa de soja sobre la colcha. Bah. Además, habían merendado hacía un rato. Lo que le apetecía era tumbarse en el sofá y trastear con su iPad, pero solo. Él solo en el sofá. O no, lo que le apetecía de verdad, pero de verdad, era echarse a la calle tomando birras en todos los bares con sus amigos y acabar a las seis de la mañana. O nunca. No acabar nunca y, cuando cerraran los garitos, coger el coche y pirarse a ver amanecer a una playa, a cualquier playa, da igual. Eso era lo que quería hacer de verdad. Ver amanecer en una playa rodeado de colegas celebrando su cumpleaños y bebiendo cerveza.

—No sé... —volvió a decir mientras se acercaba al mueble de la despensa—. ¿Hacemos pasta?

—¿Pasta? Con lo que engorda para cenar. No, pasta no. —Sofía sacó de la nevera una crema de calabaza, la olió y la metió en el microondas—. Yo, crema.

¿Ella crema? ¿Y él?

—Sofía, no sé para qué me has preguntado si quiero cenar si vas a calentar la crema para ti sola, no lo entiendo, te lo digo en serio. Tú has sido la que has dicho: «¿Qué hacemos de cena?», ¿no? ¿Lo has dicho tú o no lo has dicho tú? Porque, que yo sepa, lo has dicho tú.

—Ay, Miguel, qué pesado eres, sí, lo he dicho yo, pero no pasa nada, quiero crema de calabaza y punto. ¿No tienes manos? Si tú quieres pasta, la metes en

una cazuela y te la preparas. No sé qué problema hay.

—De verdad que no te entiendo, Sofía.

—Pero ¿qué tienes que entender, Miguel? Igual tienes que entender que desde que me he levantado no he parado de hacer cosas, si quieres te las enumero: he despertado a Daniela, la he vestido y le he dado el desayuno; he hecho las camas, he recogido la cocina, incluida la taza que te has dejado en el fregadero, y me he ido a currar; he trabajado en el estudio hasta las cuatro sin que me diera tiempo a comer; he ido a la reunión de la guardería a la que, por cierto, tú has llegado tarde porque te has entretenido con tu amigo... Y en casa de tus padres tampoco he parado, no sé si te has dado cuenta. Acabo de llegar a casa muerta, porque estoy muerta, y tú, en vez de pensar que, como es tu cumpleaños, podríamos ir a un restaurante o pedir comida japonesa por hacer algo distinto, llegas a casa y preguntas que qué hay de cena y encima...

—Para, para, para. Stop.

—No, stop no, Miguel, porque para mí no hay stop, pero parece que para ti sí, porque me sueltas qué hay de cena, y como te digo que no quiero pasta, vas y la armas.

—Oye, oye, oye... Que yo no he armado nada, ¿eh? Que aquí la única que se está poniendo histérica eres tú.

—Y tienes la desfachatez de llamarme histérica. Te juro que es el colmo.

Miguel respiró tres veces e intentó relajarse mientras observaba cómo Sofía abría con mala leche la puerta del microondas, sacaba la crema de calabaza y la dejaba de un golpe sobre la encimera.

—Sofía, tía, ¿por qué estás tan cabreada? ¿Qué te pasa conmigo?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Desde que he entrado por la puerta no has hecho más que reprocharme cosas, que si no paras, que si la niña, que si no hago nada, que si patatín que si patatán. ¿Te digo yo todas las cosas que he hecho desde que me he levantado? ¿Te cuento yo lo que hago minuto a minuto para echártelo en cara como haces tú? Porque igual te sorprendes y te tienes que callar, pero no. Tú dale que dale, que dale, que dale. Un día voy a explotar yo también, te lo juro, que estoy harto de tus broncas, que me haces sentir como un inútil, y que si quieres comerte la crema de calabaza te la comes, pero a mí no me pongas la cabeza como un bombo, te lo digo, que me tienes harto de tus movidas.

—Pues si te tengo tan harto no sé por qué no coges la puerta y te vas.

—Pero ¿qué te he hecho, Sofía? No he hecho nada.

—Eso es lo que te pasa, que nunca haces nada.

Miguel abrió la nevera, cogió una cerveza y fue al salón a tomársela en el sofá. Está hasta los huevos de movidas, pero hasta los huevos. Todos los días

igual, cuando no es porque llega tarde es porque no ha hecho la cama, si no porque no ha puesto a la niña el vestido que le va bien con la rebeca, si no porque blablablablá. Todo lo hace mal. Que si se pasa media hora debajo del agua de la ducha, que si no se ha dado cuenta de que falta fruta, que si no se entera de que su madre lo manipula, que si dice que lo va a hacer pero no lo hace nunca, que si es padre pero aún no se ha enterado. Está harto de reproches, joder, Sofía se pasa el santo día reprochándole cosas y no puede más. Miguel se recostó en el sofá intentando desconectar del ruido que estaba haciendo ella en la cocina para llamar su atención. Su estrategia ya no cuela, la conoce, aunque muchas veces se pregunta si la conoce de verdad o no la conoce de nada. Lo que está claro es que no es la persona de la que se enamoró. Aquella chica no tiene nada que ver con la mujer de ahora y él lleva tiempo echando de menos a la Sofía que lo dejó prendado una noche veraniega en un barrio que estaba en fiestas. No, no. No es así. No es que añore a la chica que conoció, lo que echa de menos es su vida de antes. ¿Antes de qué? ¿Antes de Sofía o antes de Daniela? ¿O antes de Sofía y de Daniela? No lo sabe o no lo quiere saber. Está alterado, los pensamientos le chocan contra un lado y otro del cráneo, se lanzan contra su garganta y le ahogan cuando llegan a la boca. Miguel se la tapa con las manos porque, si sale lo que piensa, será el fin. Porque si sale lo que piensa por su boca le dirá a Sofía que sí, que tiene razón, que no están bien, que a él también le pasa algo y no es de ahora, sino desde hace meses, y que no es que le pase algo con ella, sino que le pasa algo contra ella. No lo puede evitar y no sabe dónde empezó a acabarse todo. No sabe cuándo empezó a dejar de quererla, de amarla, de desearla, de sentirla parte de él. No lo sabe, pero le gustaría saberlo. ¿Dónde empezó a terminar todo, Sofía? Dime cuándo empezó a terminar todo entre nosotros porque te juro que yo no lo sé.

—Miguel.

Sofía entró en el salón y se sentó en una butaca al lado del sofá. Su tono parecía conciliador. Solía hacerlo: se cabreaba, soltaba a bocajarro lo que le pasaba por la cabeza y al rato estaba como si no hubiera ocurrido nada. Al principio, a Miguel le dolía esa actitud porque le recordaba a la de sus padres, que barrían los problemas hasta esconderlos debajo de la cama, pero había terminado claudicando él también. Al final había aprendido que era mucho mejor pasar página, las aguas acababan volviendo a su cauce antes o después.

—Miguel, creo que deberíamos hablar.

Le sorprendió la contundencia de Sofía. ¿Cómo que «deberíamos hablar»? ¿Qué significaba eso? No, no. Esa frase no auguraba nada bueno. Vudú. Eso es lo único que auguraba.

—¿Hablar de qué?

—De nosotros.

—¿Qué pasa?

—¿Tú eres feliz?

Era la segunda vez que le hacían esa pregunta y las dos veces le había parecido una osadía, ¿qué era ser feliz?

—¿Qué es ser feliz?

—Estar tranquilo, levantarte por la mañana sonriendo, que te hagan ilusión las cosas, que tengas sueños por cumplir, no sé... Esas cosas. No es tan difícil, Miguel, todo el mundo sabe qué es ser feliz.

No, Sofía, todo el mundo cree saber qué es ser feliz, pero no lo sabe.

—¿Tú eres feliz, Sofía?

—Me parece que no, Miguel, por eso es tan importante que hablemos.

—Ya estamos hablando. ¿Por qué crees que no eres feliz?

—Porque he dejado de soñar, de tener deseos que quiero cumplir, de imaginar que las cosas irán siempre a mejor. Me paso el día preocupada, no tengo tiempo para nada, no salgo, no veo a mis amigos, no tengo vida social, y cuando tengo dos minutos libres, que es el máximo tiempo libre que tengo al día, me doy cuenta de que me aburro.

—¿Conmigo?

—Con la vida, Miguel, me aburro con la vida que tenemos.

Escuchar hablando así a Sofía le produjo una amargura infinita. Hacía apenas unos minutos él había pensado exactamente lo mismo que ella, que no sentía pasión ni deseo, que estaba hastiado y que no podía ser que lo único que le arrancara una sonrisa fuera una niña de dos años y medio, porque la vida era mucho más que ser padre. Pero oírla a ella hablar como si fuera él lo hundió definitivamente. «No me ves, Miguel. Soy invisible para ti», «No eres la persona que conocí», «No podemos continuar así». Cada frase que vomitaba su pareja le robaba el aire. Se estaba asfixiando.

—Mira, Sofía. Lo que dices es muy duro y muy triste, y tengo que digerirlo. Supongo que es el final, yo no puedo estar con alguien que dice que se aburre con la vida que tiene, que es, precisamente, la vida que comparte conmigo. Voy a tomar un poco el aire y a pensar.

—Haz lo que quieras. Yo solo te estoy diciendo cómo me siento.

—No me esperes despierta.

—Huye, Miguel, es tu estilo.

Salió del portal y comenzó a vagabundear por las calles vacías de Cambria. ¿Por qué habían tenido esa bronca monumental? ¿Por qué? ¿Qué les pasaba? Hacía apenas una hora estaba deseando llegar a casa para pedir pez mantequilla, ver una película y hacer el amor, ¿por qué había tenido que irse todo al carajo?

¿Qué diablos querían? ¿Qué quería él? Estaba desorientado. Emocionalmente desorientado. No sabía qué hacer ni adónde ir. Mientras caminaba sin rumbo pensó en su hija, durmiendo en la casa de los abuelos ajena a lo que sus padres acababan de decirse. No se lo merecía. No se lo merecían ninguno de los tres.

Se preguntó si alguna vez había querido a Sofía.

Se preguntó si había estado de verdad enamorado de ella.

Se preguntó hasta qué punto Sofía no había sido una escapada de un amor mucho más profundo y más puro.

«Huye, Miguel, es tu estilo».

Por qué escapaba. De qué.

Por qué le daba miedo escucharse a sí mismo.

Se preguntó quién era. Qué tipo de pareja. Qué tipo de padre.

Si tendría el coraje de reconocer lo que sentía.

Y lo que ya no sentía.

Se preguntó si sería capaz de vivir separado de Daniela.

No.

No se atrevía.

Volvería y pediría perdón.

Lo intentaría de nuevo.

Dio media vuelta y tomó el camino de regreso a casa preguntándose, en medio de su zozobra, por qué después de tantos años seguía atrapado por la melancolía de un sentimiento que nunca iba a regresar.

MIGUEL Y CLAUDIA

«El pasado no vuelve, Miguel», había dicho Pecú hacía mucho tiempo. A veces sí, y él lo tenía delante pululando por la buhardilla.

Hacía un par de horas que ya era de noche y las luces indirectas de la casa daban a la estancia un ambiente cálido que le hacía sentir muy a gusto. ¿O era por ella? Habían estado bailando algunos temas y cantando canciones, pero llevaban ya un buen rato cada uno a lo suyo. Claudia estaba abriendo todos los armarios de la cocina buscando algo para cenar y Miguel seguía poniendo música en el ordenador. Era como si la cotidianidad se hubiera instalado en la vida de ambos y no necesitaran hacerse notar.

—¿Encuentras algo? —preguntó Miguel.

—No, pero seguro que algo habrá.

—Complicado. No compro comida desde hace no sé cuánto tiempo.

—¿Y qué comes?

—Le pago a Faustina, la portera, para que me prepare unos tupperes semanales.

—¿La que parece un perro salchicha?

—La misma.

—¿Sigue aquí?

—Sigue aquí, vieja como una pelleja, pero sigue aquí. Ya no tenemos servicio de portería, pero la comunidad le alquila el piso de la planta baja y ella ejerce como si no se hubiera jubilado.

—Esta buhardilla era de su hijo, ¿no?

—Sí, pero Faustina no soporta la luz y no quiere vivir aquí, prefiere vivir en su portería de siempre.

Le reconfortó comprobar que el pasado que tenían juntos incluía a su portera, tampoco habían cambiado tanto las cosas.

—¿Y cómo conseguiste recuperar la buhardilla después de haberte ido?

—Una tarde pasé por delante del edificio y volví a ver el cartel de «Se alquila». No me lo podía creer, siempre pensé que lo habrían vendido.

—Es una suerte que hayas podido regresar a este sitio tan bonito.

—A ti siempre te gustó, Claudia.

—Es verdad, no sé por qué.

—No es necesario saberlo todo.

Claudia siguió rebuscando en el fondo de uno de los armarios hasta que encontró dos latas de aceitunas y una bolsa de cortezas envasadas al vacío.

—¿Ves? —dijo mostrando el hallazgo—. Nunca hay que perder la esperanza.

—Anda, va, deja eso. Vamos un momento al chino y pillamos algo para

cenar.

—Buena idea.

Bajaron las cinco plantas del edificio y entraron en la única tienda abierta que había en el barrio, al final de la calle.

—Hola, Hu-Yua —saludó Miguel—, ¿qué tienes de cenar que nos podamos subir a casa?

«A casa», igual Hu-Yua pensaba que eran novios. Las expresiones cómplices que estaban apareciendo en la conversación desde hacía unos minutos —«Vamos un momento al chino», «Pillamos algo para cenar», «Nos podemos subir a casa»— empezaban a removerle a Miguel las entrañas.

—Tengo unas empanadas chilenas buenísimas que me traen del restaurante de al lado. Las tenía reservadas para otros clientes de la zona —dijo el chino bajando la voz—, pero no han venido, así que, si queréis, os las envuelvo para vosotros.

«Vosotros». Nosotros.

—Ponlas para llevar, sí. Y ¿no tendrás una botella de vino rico escondida por ahí?

Hu-Yua se rascó la barbilla, hizo un gesto para que esperaran y entró en un pequeño almacén que había en la trastienda. En cuanto desapareció por la cortinilla, Miguel se volvió hacia Claudia.

—Te gusta el vino, ¿no?

—¿Y a quién no?

Y a quién no le gustas tú.

—Por si acaso.

El chino sacó una botella del almacén, la metieron en la bolsa con una barra de fuet, queso, una baguette y el paquetito de las empanadas chilenas y regresaron a la buhardilla.

—Están muy ricas —comentó Claudia mientras cenaban tirados en la alfombra—. Cuando vivía en Valparaíso hacía empanadas con mucha frecuencia, me salían muy bien.

—¿Cuando vivías dónde?

—En Valparaíso, Chile. A Pablo le fichó una cadena hotelera que estaba cambiando el sistema informático de sus hoteles por todo el mundo y, como aquí no había trabajo, nos fuimos juntos. Estuvimos viajando sin parar.

—Ah, ya, pues qué bien viajando tanto, ¿no? De aquí para allá, de allá para acá... Y ¿desde cuándo estás con el informático? —preguntó Miguel mientras quitaba la pegatina del botellín haciendo como que no le daba ninguna importancia al tal Pablo.

—Sabía que me lo ibas a preguntar.

Su voz sonó tan oscura que a Miguel le extrañó.

—¿Sabías que te iba a preguntar qué?

—Que desde cuándo estaba con Pablo.

—¿Y?

—Nada, que de toda la vida. Es el músico aquel con el que salía cuando os conocí. —Esbozó una media sonrisa—. Pero ¿quién no tiene un grupo de música a los veinte años?

—¿Cómo dices?

—El músico de reggae, ¿te acuerdas?

—¡Claro que sí! ¿Cómo no me voy a acordar? Estaba siempre de gira con su grupo. Lo que me sorprende es que digas que llevas toda la vida con él, no sé a qué te refieres.

—Me refiero a que llevo toda la vida con él, desde el instituto. Solo nos separamos unos meses, mientras salía con Pecu —dijo bajando la mirada y haciendo dibujos con el dedo en el pelo de la alfombra—, pero cuando él se fue a Austin, Pablo me pidió que volviéramos y volví. Al poco tiempo nos casamos.

Estaba estupefacto. No entendía nada.

—Pero, Claudia, joder, ¿qué diablos me estás contando?

—Pues eso.

—¿Cómo que pues eso, Claudia? ¿Cómo que pues eso? ¿Y nosotros?

—Nosotros no existíamos como pareja, Miguel. Solo éramos amigos.

—Y las noches que pasamos aquí, ¿qué? —gritó—. ¿No eran nada?

Miguel se levantó del suelo y fue a sentarse en uno de los taburetes de la cocina. Tenía calor. Y frío. Tenía frío y calor.

—Te sale sangre del labio —dijo Claudia acercándose—, has debido de morderte sin querer.

No, no me he mordido, has sido tú, que me acabas de romper.

—Déjame, Claudia.

Así que mientras él pasaba los fines de semana atormentado pensando en ella, ella los pasaba con su novio, haciendo todas las cosas que no quería hacer con Miguel. Besándose en público, en los cines, en los restaurantes, paseando de la mano por el parque, diseñando un futuro que nunca dibujó a su lado. Había sido un gilipollas, un perro faldero detrás de una mujer que acababa de descubrir que no conocía ni había conocido nunca y por la que vivió descontando los días para que llegara el viernes. Ella lo había sido todo para él. Y ¿qué había sido él para ella? Nada. Nadie. Un juguete con el que olvidar su relación frustrada con Pecu. Un juguete que la entretenía mientras pensaba si volvía con su novio y aceptaba su petición de matrimonio. Le ardían las mejillas. ¿Qué retorcida mierda había sido su historia con Claudia, joder? Claro, por eso ella estaba

obsesionada con que nadie los viera, por eso desaparecía cada sábado por la mañana y no volvía a dar señales de vida en toda la semana, por eso repetía una y otra vez: «Estamos mejor como amigos, Miguel». Ahora lo entendía todo.

—No entiendes nada.

—¿Qué tengo que entender, Claudia? Me parece que no tengo demasiado que entender.

—No seas tan dramático, anda.

—¡Explícamelo, joder!

—Quizá estabas tan obsesionado con que fuéramos pareja que no eras capaz de ver dos palmos más allá de tus narices.

Venga, sí. Miguel, el miope.

—No sé qué quieres decir, Claudia. Te juro que sigues siendo un auténtico misterio para mí.

Ella recogió los restos de la cena y los llevó al fregadero.

—Las empanadas chilenas me han dado sed —dijo.

Abrió el frigorífico, sacó la botella del agua, se sirvió en un vaso y la bebió despacio. A Miguel le iba a dar un ataque. Necesitaba saber.

—Nadie me ha querido tanto como tú —reconoció ella cerrando la botella y volviendo a meterla en la nevera—, y eso engancha, y engancha mucho. Es cierto que me iba porque no podía quedarme contigo, es cierto que estaba comprometida con Pablo y es cierto que no te lo conté, pero no lo hice porque te habías convertido en alguien muy adictivo para mí y no quería perderte. Me pasaba la semana deseando que fuera viernes, y cuando llegaba el sábado y me iba con Pablo, la vida me parecía monótona y aburrida.

«Te parecía un coñazo, sí, pero te ibas con él y a mí me dejabas tirado». No lo dijo.

—Me recriminas lo de Pablo, vale. Y tú, ¿qué? ¿Se te ha ocurrido preguntarte alguna vez por ti? ¿Por lo que me transmitías? Cuando salía con Pecu nunca hiciste nada que me hiciera pensar que sentías algo por mí, ¿sabes por qué? ¡Porque no lo sentías! No lo sentías, Miguel... Estaba claro que solo querías que fuéramos amigos, eso lo podía percibir cualquiera.

«Me tragué tu nombre». Tampoco lo dijo.

—No hables por mí, Claudia.

—No, si no hablo por ti, estoy hablando de lo que me transmitías. En tu vida había otras chicas y, cuando quedábamos los viernes, me contabas lo que te agobiabas con ellas en cuanto llegabas al... ¿cómo era?, ¿«maldito punto de inflexión»? Te aburrías con todas menos conmigo porque yo era la excepción. La que siempre se iba. Era fácil intuir que si teníamos una relación de pareja acabaría en la ruina, como todas, y yo no quería. Contigo no. Por eso, cuando me

escribiste que estabas enamorado de mí, te envié aquel mensaje: «Si me enamoro de ti, dejaré de ser yo. Cada vez que te vea intentaré seducirte, mediré mis palabras, tendré celos de todas las mujeres y dejaré de quererte como te quiero para hacerlo de una manera más sucia y menos libre». Me lo sé de memoria de todas las veces que lo leí pensando qué parte no habrías entendido. Porque cualquiera que lo hubiera leído sabría que la persona que lo escribió estaba lo suficientemente enamorada como para temer que la relación acabara, porque eso es lo que demuestra el mensaje: miedo a querer. Pero tú no te quedaste con eso sino con todo lo demás y, en lugar de esperar, desapareciste. Y te fuiste porque te venía muy bien que yo me convirtiera en tu amor platónico, el que nunca se gasta, el que te permite fantasear, imaginar, idolatrar, el amor del que nunca podrías cansarte. Aunque te quejes y te lamente ahora, a ti también te hacía sentir muy cómodo nuestra relación a escondidas, así no tenías que hacerte preguntas ni dar explicaciones a nadie, ni siquiera a ti mismo.

Le abrumaba su claridad aplastante. Y sí, aunque dijera que no, estaba hablando por él.

—No solo me conoces tú, Miguel, yo también te conozco.

—Me hiciste daño.

—Y tú a mí.

Se quedaron un rato en silencio, pero enseguida él notó que ella quería decir algo más.

—Suéltalo ya.

—Estaba pensando... que ahora tú también sabes lo que significa perder a un amigo.

Le entristeció la comparación. Eso sí que no se lo esperaba.

—No es lo mismo, Claudia, por favor.

—Lo siento —dijo rápidamente ella—. Tienes razón. Siento de veras haber dicho eso, Miguel, soy una idiota. Perdóname. —Bajó la mirada—. Sé que tu dolor no se puede comparar.

No, no se podía comparar.

V

EL DÍA QUE MIGUEL
CUMPLIÓ 40 AÑOS

Se apoyó en la barandilla de la terraza, inspiró y llenó sus pulmones del aire frío que traía el final del otoño cambriano. No había una sola estrella, tenía pinta de que la noche iba a dejar otro de esos cielos plomizos que hacen que luego no levante la niebla en todo el día. Echó un vistazo al interior del ático. La música sonaba a todo trapo y hacía retumbar la cristalera de los ventanales mientras la gente bailaba con una copa en la mano moviendo las caderas a un ritmillo descompasado y coreaba el final de los estribillos haciendo como que se sabía las canciones.

—Estos temas no son de nuestra época, ha estado mucho mejor cuando ha tocado la orquesta de porcelana que trajimos de Mallorca —justificaba Magda mientras se tomaba su quinto combinado de piña colada.

Se notaba a la legua que su madre estaba borrachuza, aunque mañana diría que solo se le había subido un pelín. Cerca de la chimenea, su padre hablaba con Leopoldo sobre unas obras en los portales porque, desde que era el presidente de la comunidad de vecinos, estaba reformando todas las zonas comunes para pillar comisión. En otra parte de la fiesta, Sofía y Nerea charlaban tranquilamente y, vista así, de lejos, Sofía parecía una mujer muy dulce porque era luego, con la confianza, cuando lo jodía todo. También estaba Juan Carlos, su nuevo novio, con unas orejas de burro en la cabeza que le quedaban francamente bien. Miguel le hizo un gesto de complicidad desde la terraza: «¿Qué tal? ¿Todo ok?». Él levantó el pulgar y le guiñó un ojo. «Todo ok». Miguel buscó a Diego con la mirada. Estaba poniendo unas copas a Álex y a su novia. También estaba Iñaki, morreándose con su exmujer, los gemelos Sanjurjo y aquellos bigardos de cuarto a los que ganaron la partida de mus en la cantina de Mateo, que ha venido acompañado de Mariana. Y Ruth. Y el Nieto y Dolly. Estaban todos. Todos no, casi todos.

Miguel salió de la terraza y entró en casa esperando que alguien le hiciera un poco de caso, pero nadie se inmutó, ni siquiera se habían dado cuenta de que llevaba más de tres cuartos de hora desaparecido de su propia fiesta. Atravesó las puertas correderas del salón de Leopoldo y entró directamente en la cocina alicatada de sus padres. Abrió la nevera para comprobar si quedaban hielos y notó la presencia de alguien por la espalda.

—Me gusta tu pijama, Miguel —dijo Claudia con su voz grave.

Miguel se volvió hacia ella y quiso que le tragara la tierra.

—He olvidado vestirme —confesó muerto de vergüenza.

—No pasa nada, es tu cumpleaños. ¡Ven conmigo! —le pidió dándole la mano—. Están llamado a la puerta y tienes que abrir.

Salieron de la cocina de los padres de Miguel y volvieron a entrar por las puertas correderas en el salón de Leopoldo. Habían apagado la música y

solamente se oía el sonido insistente de un timbre.

—¡Que abra! ¡Que abra! ¡Que abra! —coreaban los invitados.

Habían hecho dos largas filas dejando un pasillo en el centro para que Miguel fuera a abrir, y mientras se dirigía hacia el recibidor oía risas, como si todos supieran quién estaba al otro lado de la puerta excepto él. Volvieron a tocar el timbre. Abrió. No se lo podía creer. ¡No se lo podía creer!

—¡Pecu!

—¡Miguelón!

Le abrazó con toda la fuerza que le cabía en el cuerpo y se quedó un buen rato pegado a él mientras los invitados, emocionados, aplaudían a rabiar.

—¡Felicidades, campeón! —dijo Pecu revolviéndole el pelo—. Vamos, acompáñame a por una copa.

Miguel lo detuvo.

—Espera un momento...

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Cómo que qué pasa, Pecu? ¡Menudo susto me has dado!

Estaba enfadado de verdad.

—Lo siento mucho, Miguel...

—¡No! ¡Lo sientes mucho, no! Júrame que no lo vas a volver a hacer —suplicó agarrándole del jersey para que le mirara a los ojos—. ¡Júrame que no te vas a volver a morir! ¡Júramelo!

Se despertó. A oscuras, metido entre las sábanas, durante unos segundos albergó la esperanza de que lo que fuera un sueño fuera su propia realidad, pero no. Miguel dio un puñetazo al colchón y ahogó un grito de rabia en la almohada.

Bajó las cinco plantas despacio y atravesó el portal sin darse cuenta de que el suelo de mármol estaba aún mojado ni de que Faustina salía del patio interior cargada con el cubo y la fregona. Tampoco se percató de lo que hizo ella al verle, suspirando y apoyando su cara de perro salchicha sobre el palo de fregar mientras lo miraba con una lástima infinita.

Miguel salió del portal, se enfundó el gorro, se subió el cuello del abrigo y caminó por la acera hasta llegar a la parada del autobús. Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba sentado al lado de la ventanilla mientras veía la ciudad pasar. Últimamente le ocurría a menudo, no se enteraba muy bien de dónde estaba ni rodeado de quién ni sabía qué hora era. Qué más daba. Borearon el Parque Grande y, al ver la espesa capa de niebla que cubría los setos y arbustos, recordó el sueño que había tenido por la noche e intentó reconstruirlo desde la consciencia. Estaban celebrando su fiesta de cumpleaños y había muchísima gente, incluido el gilipollas del novio de Sofía, que llevaba puestas en la cabeza unas ridículas orejas de burro, ¿o eran de cerdo? Todo había sido muy raro. La

fiesta era en casa de Pecú, que también era su casa porque cuando se abrían las puertas correderas del salón de Leopoldo aparecían los azulejos de la cocina de los padres de Miguel, como si el piso fuera una mezcla del ático B y el tercero C. Le desconcertó que, en el sueño, su padre fuera el presidente de la comunidad de vecinos porque sus padres, en la realidad, hacía tiempo que vivían lejos de Cambria. «¿Qué hacíamos Ricardo y yo solos en una casa tan grande y con tantos dormitorios?», decía Magda a sus amistades por no contar que habían tenido que vender la casa para hacer frente a las deudas con el banco. Visualizó a su madre en la fiesta. Tomaba un combinado de piña colada mientras charlaba con el marido de Leopoldo. Los dos iban vestidos con ropa deportiva. Le entraron ganas de telefonar a Pecú para contárselo: «Damián y mi madre iban en chándal como si acabaran de venir de correr una maratón». Todos los días tenía el impulso de llamarle y a veces lo hacía, marcaba su número y se quedaba esperando hasta que se cortaba la señal. También entraba a diario en el chat de WhatsApp que tenían juntos. Iba pasando con el dedo pantallas y pantallas y paraba a voleo, a ver qué se encontraba. Sacó el móvil y lo hizo. Tiró, tiró y tiró del hilo de la conversación con los ojos cerrados. «Si paro justo en una foto del verano —dijo para sí mismo— es que todo es como antes y no ha pasado nada. Pero no vale parar en las letras, he de tener el dedo apoyado en la foto». ¡Ya! Paró y abrió los ojos. ¡Sí! ¡Había detenido la pantalla en un selfi que se hicieron al salir del agua en Las Salinas! Los dos amigos miraban a la cámara del móvil empapados y Pecú aguantaba la risa porque Miguel se había metido en el mar con las gafas de sol y una ola las había arrastrado al fondo. Recordando la puñetera gracia que le hizo a él lo de las gafas, a Miguel se le escapó una carcajada y, al oír su propia risa, se asustó. No reía así, de golpe, desde hacía más de dos meses. Apagó la pantalla del móvil, volvió a apoyar la cabeza en el cristal de la ventanilla y perdió la vista entre la gente que caminaba por la calle deseando que todo fuera como antes y no hubiera pasado nada.

No había desayunado, pero apenas tenía hambre, así que no se detuvo en la cafetería de Sonsoles y entró directamente en la recepción de su edificio. Murmuró un «Buenos días», subió a la novena planta, atravesó el pasillo entre las mesas hasta el fondo y cuando estaba a punto de llegar a su sitio, Jacobo le salió al encuentro.

—Felicidades, Miguel, ya sé que no es un día fácil para ti, pero hay que tirar para adelante.

—Lo sé, gracias.

El resto de los compañeros también se acercó a felicitarle y Miguel se dio cuenta de que, hasta que Jacobo no se había levantado, nadie le había dicho nada, como si les diera apuro, como si no se atrevieran a desearle un feliz

cumpleaños sabiendo que su amigo se había matado hacía unas semanas. ¿Quién cojones se atreve a desearte que tengas un feliz día de cumpleaños? Porque eso es lo verdaderamente jodido, que sigan pasando las hojas del calendario cuando tú hubieras querido detener el tiempo a su lado.

—Gracias a todos, de verdad.

En su mesa habían dejado una maceta con un lazo de regalo y una nota dentro de un sobre. En la maceta había un ficus de medio metro de altura que parecía pequeño en comparación con el ficus gigante que estaba frente a su mesa. «Lo que se cuida pervive en nuestros corazones para siempre. Con mucho cariño de tus compañeros de Ambrosi & Sheep», decía la tarjeta. Carraspeó.

Encendió el ordenador e introdujo su clave. Sacó el cuaderno y lo dejó al lado del teclado. Miró por la cristalera. Abrió el cuaderno. Sacó un bolígrafo del cajón. Silenció el móvil. Miró por el ventanal otra vez, había tanta niebla que no veía nada. Cerró el cuaderno. Miró el ficus nuevo. Miró el ficus viejo. Cogió el móvil para comprobar si lo había silenciado. Echó otro vistazo por la cristalera. Seguía sin ver nada. Fue a insertar las claves en el ordenador y se dio cuenta de que las acababa de teclear. Abrió uno de los cajones para sacar un bolígrafo y se dio cuenta de que ya lo había sacado. Buscó su cuaderno y vio que estaba delante de él, encima de la mesa, donde lo había dejado hacía quince segundos. Necesitaba un café. Necesitaba urgentemente un café. Entró en la sala de descanso y cuando estaba sacando de la máquina uno con leche, vio que se iluminaba la pantalla de su teléfono. Era una llamada de Dolly.

—Buenos días, Miguel, ¿puede subir un momento al despacho del señor Ambrosi?

Lo que menos le apetecía en el mundo era subir al despacho de su jefe porque últimamente no había rendido lo suficiente y estaba seguro de que el Nieto había pedido un informe sobre él. Ya le estaba oyendo: «Señor Martín, sé que usted es un trabajador guesponsable. Su cuenta de guesultados es excelente y tiene una especial habilidad para entenderse con los clientes más complejos de la compañía, pero tengo que decirle que su guendimiento desde octubre está dejando mucho que desear y el guebaño y los corderos y el lobo y la oveja Bala y blablablá...¡Bla!». Pereza. No tenía ninguna gana de escuchar la bronca del señor Ambrosi ni de aguantar sus erres en forma de «g» ni de repasar la carpeta de ninguno de sus clientes ni de comentar el último ejercicio de facturación del año ni de celebrar beneficios. Lo único que le apetecía era esconderse detrás de su ficus gigante hasta que pudiera escaparse del trabajo para ir a buscar a Daniela a la salida del colegio. Irían a la hamburguesería, harían los deberes mientras engullían patatas fritas y la dejaría en casa a la hora de cenar. Eso era lo único que de verdad le apetecía, comerse una hamburguesa doble con queso y

patatas junto a su hija de siete años y medio.

—Claro, Dolly, subo ahora mismo.

Cuando llegó a la décima planta, la mujer de piel sonrosada lo estaba esperando. Le dio un discreto beso de *Happy birthday*, lo acompañó hasta el despacho de maderas nobles e hizo un gesto con la cabeza para que entrara sin llamar.

—Miguel, pasa —dijo el Nieto en cuanto abrió la puerta—. ¿Te apetece un café?

—Acabo de tomar uno, pero me vendrá bien otro, gracias.

—Yo...

«... con tu permiso, me voy a hacer un té», vaticinó Miguel.

—... con tu permiso, me voy a hacer un té.

El Nieto se acercó a la mesa que le dejaban cada mañana preparada para el desayuno, sirvió un café con leche a Miguel y pulsó un interruptor para calentar el agua de la tetera. A Miguel le fascinaba esa mesa. Tenía una máquina de café profesional, varios tipos de té, leche de vaca y bebida de soja, cereales, bollos suizos, cruasanes, embutido y fruta. Había estado en bufés de hoteles con muchas menos cosas, qué pena que no tuviera hambre. Cogió su taza y fue a sentarse frente a la mesa del despacho del Nieto, como hacía siempre que tenían una reunión.

—No, ahí no, Miguel, vamos a sentarnos cerca de la chimenea. Hoy no quiero hablar contigo de negocios.

Se extrañó. ¿De qué quería hablar entonces? Cogió otra vez su taza de café con leche y ocupó una de las butacas al lado de su jefe, que movía con lentitud la bolsita de té dentro del agua hirviendo.

—Verás, hijo. —A veces, muy pocas, el Nieto le llamaba hijo—. He pedido que vengas porque quiero saber cómo estás, solo eso. Así que dime, ¿cómo estás?

Miguel clavó la mirada en el fuego de la chimenea incapaz de responder. ¿Cómo iba a estar? Notó que se le inundaban los ojos de lágrimas y aguantó los párpados abiertos. No quería llorar, no podía hablar, no sabía qué responder, no quería estar en esta situación de mierda en la que todo el mundo le preguntaba qué tal estaba cuando todos sabían que, si por él fuera, no se levantaría de la cama porque era mejor no despertarse. Que si por él fuera, se metería bajo las sábanas para ver fotos y vídeos una y otra vez hasta sabérselos de memoria, hasta grabarse los recuerdos intactos en la cabeza, hasta tatuarse en el cerebro los mejores años de su vida, los putos mejores años de su vida que jamás volverían porque Pecú ya no estaba. Nunca más escucharía su voz, ni podría ir a buscarle, ni llamarle por teléfono, ni contarle cómo se sentía, ni preguntarle qué tal, ni

acompañarle donde le pidiera, ni darle las gracias, ni viajar juntos en coche, ni ir a un concierto, ni al cine, ni tomarse unas birras, ni compartir lo que le pasaba, ni llevarle a Daniela, ni nada. Nunca más nada.

—No estoy bien... —acertó a decir y, cuando lo dijo, se le rompió la voz y brotaron las lágrimas.

Lloró como un niño pequeño, como no había llorado delante de nadie desde el día del accidente. El Nieto se levantó de su butaca para abrazarle y Miguel, al sentirse cobijado, se desmoronó del todo, cayó de rodillas sobre la alfombra y sollozó sin consuelo.

Regresó a su mesa y comenzó a recoger sus cosas. Tenía razón el señor Ambrosi, le vendría bien tomarse un tiempo e incorporarse cuando estuviera mejor, una vez que pasaran las fiestas navideñas, o incluso más tarde, cuando lo necesitara.

—Y si quieres pedir una excedencia, adelante —le había dicho el Nieto en su despacho—. Tómate el tiempo que consideres conveniente.

—Gracias.

—Aunque ahora lo veas todo muy oscuro, cuando llegue la primavera te darás cuenta de que todo vuelve a comenzar de nuevo. El ser humano tiene los mismos códigos que tienen las plantas, los árboles, los animales. Un código natural que hace que guenazcamos...

—¿Hace que qué?

Algunas veces, por más atención que pusiera, Miguel no se enteraba de las palabras que usaba su jefe.

—Guenazcamos, de guenacer, ¡volver a nacer!

—Ah, sí, claro. Renacer. Perdón.

—Lo que te decía, que cuando vemos que los árboles, después de haber perdido todo su gopaje..., gopaje de gopa, del vestido que hacen las hojas...

—Sí, sí, eso lo he pillado.

—... cuando vemos que después de haber perdido su gopaje y estar desnudos durante el invierno, una mañana, casi por sorpresa, los árboles van gecuuperando su esplendor hasta llenarse otra vez de hojas y ponerse frondosos... Cuando vemos que la hierba que estaba sola se inunda de flores silvestres... —el Nieto entrecerraba los ojos y estiraba el brazo como si estuviera señalando las colinas del condado de Gloucestershire—, aquí margaritas, allí amapolas y violetas, allá gardenias y lirios púrpura...

Parecía un trovador, daban ganas de aplaudir.

—... cuando vemos que los cosecheros comienzan su actividad y el campo que estaba baldío se tiñe de trigo y se alargan los días, nuestro cuerpo ¡gueacciona! Fíjate bien cuando llegue la próxima primavera: nos ponemos más

lozanos, nos despertamos más contentos y miramos el futuro con esperanza. A ti también te va a pasar, Miguel, no tengas ninguna duda. Ahora te parece imposible que puedas volver a gueír a carcajadas, incluso te sientes culpable si se te escapa una guisa, pero te aseguro que serás feliz de nuevo. A pesar de la tristeza, a pesar del dolor y la nostalgia, tras la muerte de un ser querido uno vuelve a ser feliz.

Sabía de qué hablaba, su mujer había fallecido de un cáncer fulminante hacía tres años, después de medio siglo de matrimonio. Desde que Miguel conocía al Nieto, le había oído presumir de ella y le gustaba contar a todo el mundo que su esposa era la verdadera impulsora del imperio que había heredado y la asesora de cada una de las decisiones que tomaba. Cuando María Teresa murió, muchos creyeron que el señor Ambrosi se hundiría y vendería la consultora, pero el Nieto estaba cada mañana en su despacho con las pantuflas puestas pastoreando su guebaño.

—Perdí a mi esposa cuando ya lo teníamos todo hecho y podíamos empezar a disfrutar tranquilos de la última etapa de nuestra vida, pero sin ella lo único que me nutre es mantener lo que construimos juntos. Como sabes, he cumplido setenta años, podría jubilarme y volver a mi Painswick querido, el pueblo de mis abuelos y donde he pasado los veranos más felices de mi infancia y juventud, pero mis guecuerdos están aquí, con Teresa, en este despacho en el que hablamos tantas veces de tantas cosas. ¿Me comprendes?

Sí. La muerte establecía una especie de empatía entre quienes sabían lo que significaba.

—Tú has vivido cuarenta años con Pecú y te quedan otros cuarenta por delante sin él. Ahora tienes que encontrar tu nueva manera de ser feliz, Miguel.

«Te quedan otros cuarenta años sin él». Agradecía sinceramente las palabras de consuelo y los ánimos, pero cuarenta años sin Pecú se le antojaba un túnel tan amargo y tan oscuro que no podía siquiera imaginarlo.

Terminó de cerrar los programas de ordenador y miró el viejo ficus que tenía enfrente.

«Qué flipe de planta —había dicho Pecú la primera vez que fue a verle a la oficina—. Con este ficus tan grande nunca te sentirás solo, ¿no?».

Ahora que se marchaba, ¿quién iba a ocuparse de la planta? Nadie conocía la cadencia del riego, ni cuándo le había puesto las últimas gotas de abono ni cómo había que limpiar las hojas. La posibilidad de que no la cuidaran y la planta pudiera secarse lo alteró. Iban a ser solo un par de semanas, pero ¿y si no volvía? ¿Y si decidía irse de Ambrosi & Sheep para siempre? Llevaba más de diez años trabajando en la compañía, igual ya estaba bien. Igual era el momento de dejarlo todo sin pensar en nada ni en nadie, de ejecutar su revancha por no

haberse atrevido en su día a estudiar fuera, ni a dejar la gestoría de don Felipe, ni a negarse a comprar la casa de la cooperativa de su padre..., pero ¿y el Nieto? Menudo disgusto se llevaría. ¿Y Daniela? Cada vez que pasaba por delante de la oficina decía: «¡El trabajo de papi!». ¿Qué diría su hija si se iba? ¿Y sus padres? «Eres un energúmeno, Miguelito, tú siempre haciendo las cosas por impulsos». «A ver, hijo —diría su madre—, piénsalo bien, no te vayas a arrepentir luego, pero yo estoy segura de que tomarás la decisión adecuada». Magda, siempre tan comprensiva con todos. Miró el móvil. Qué raro, no le había llamado para felicitarle y eran casi las tres de la tarde. Abrió la agenda de contactos y marcó su número. Magda descolgó enseguida.

—Hola, hijo.

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Bien, terminando de hacer la comida, ¿y tú?

—Bien, aquí trabajando.

—Ah, muy bien.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿No sabes qué día es hoy?

—¿Hoy? ¿Por?

—Es mi cumpleaños.

Magda hizo un silencio larguísimo.

—Perdóname, hijo —dijo con la voz quebrada—, no sé ni en qué día vivo.

—No te preocupes, mamá, estamos todos igual. Necesitamos tiempo.

Tranquila.

—Felicidades, cariño.

—Este fin de semana os llevo a Daniela y lo celebramos juntos, ¿quieres?

—Cómo no voy a querer.

—Un beso a papá y otro para ti.

Miguel colgó y miró por la ventana. Nunca antes su madre se había olvidado de su cumpleaños.

Aprovechó que sus compañeros habían bajado a comer para salir de la oficina sin despedirse, no le apetecía dar explicaciones. Dejó una nota con las instrucciones para que cuidaran del viejo ficus, cogió el tiesto nuevo con el lazo rojo y atravesó el pasillo de la novena planta de Ambrosi & Sheep, donde en los últimos diez años había pasado más horas que en su casa.

—¿Quiere que le demos una bolsa para que pueda llevar la maceta? —le preguntaron amablemente en recepción.

—No, no se preocupe, muchas gracias, la llevo así.

—Que pase buena tarde, entonces. Hasta mañana.

«¿Quién sabe qué pasará mañana?», pensó. Quién sabe qué pasará en el minuto siguiente.

—Hasta mañana.

Antes de abandonar la plaza del centro financiero, se asomó con disimulo por el ventanal de la cafetería de Sonsoles. Había tanto jaleo que apenas podía verla, pero distinguió su forma de moverse recogiendo los platos del menú del día y sirviendo los cafés de después de comer. Su pequeña patinadora rusa. Cuando la camarera lo vio, le indicó con la barbilla una mesa que acababa de quedar libre.

—¿Te la guardo? —preguntó desde dentro.

Miguel señaló la parada del autobús:

—No puedo, me tengo que ir. —No quería entrar.

—Pasa a tomar un café, va —insistió ella.

Miguel entró, se sentó en la barra y esperó callado a que Sonsoles preparara el café. Ya no era capaz de escuchar ninguna melodía, solo un revoltijo de metal y loza que retumbaba como un eco lejano dentro de su cabeza.

Estaba cansado, no había hecho demasiadas cosas en lo que llevaba de martes, pero mientras esperaba en la puerta del colegio a que saliera Daniela, sentía que le pesaban todos los músculos del cuerpo. Sería por cargar con la maceta. El autobús iba abarrotado y había tenido que viajar de pie, haciendo lo imposible para no dejar caer el tiesto con los empujones. Regresaría a casa en coche, sí, mejor. Desde que vivía otra vez en la buhardilla, el coche estaba durante la semana aparcado en el garaje de Sofía, que, en realidad, era su garaje porque lo pagaba él, como la casa, que también era suya porque también la pagaba él, aunque viviera en ella Sofía.

—No es a mí a quien le pagas la casa, es a tu hija.

—Venga, sí, lo que tú digas.

—No. Lo que yo diga, no, Miguel. Objetivamente, pagas la casa a tu hija.

—Ya, pero tú trabajas. Te puedes pagar un alquiler como me pago yo el de la buhardilla y te pasaría una pensión para Daniela, igual que hace todo el mundo.

—Sabes que con mi sueldo no podría pagar una casa en Cambria.

—Pues la pagas en otro sitio.

—Ya, ¿y sacas a la niña de su entorno y de su colegio y de sus amigas porque no quieres pagar la casa en la que se ha criado? ¡Con la pasta que ganas, Miguel, por favor, no fastidies!

No fastidies tú, Sofía. No fastidies tú. Le pasaba una manutención que estaba muy por encima de lo que pagaba cualquiera de sus amigos por sus hijos y, además, se hacía cargo del seguro médico, de las clases de ballet («¡Si ya

nadie hace ballet!», «Ya, pero tu hija sí») y del refuerzo en inglés. Habían pactado una custodia compartida por la que Miguel tenía a Daniela los fines de semana alternos y la recogía en el colegio los martes y los jueves aunque, si avisaba con tiempo, podía quedarse cualquier tarde con ella y su ex era bastante flexible en los horarios. Por lo demás, el proceso de separación había sacado lo peor de cada uno y le hastiaba recordar la pocilga en la que habían convertido su relación. Con lo limpia que era Sofía, no entendía cómo había podido embadurnarlo todo de esa manera.

—Qué injusto eres —le decía ella cuando él sacaba el tema—. Aquí hemos sufrido los dos y te recuerdo que fuiste tú el que me dijo que nunca estuvo enamorado de mí. Así que, si te molesta que haya rehecho mi vida con Juan Carlos, no es mi problema sino el tuyo.

Lo que más le jodía era que la madre de su hija tuviera razón. Cuando adquiría ese tonito de sabelotodo a Miguel se le revolvía el estómago, no lo podía evitar. Aunque quisiera, no lo podía evitar.

—¡Papá!

Daniela se despidió de sus amigas en el patio del colegio y echó a correr hacia su padre.

—¡Hola, cariño!

—¡Felicidades! ¿Qué es eso que llevas ahí?

—Una planta que me han regalado por mi cumpleaños.

—¡Qué bonita!

—Dame la mochila.

—La llevo yo, que tú no vas a poder con las dos cosas.

—Sí puedo.

Apoyó la maceta en el suelo, hizo malabarismos para meter los brazos por las pequeñas asas de la mochila y, cuando por fin se la colocó en la espalda, casi se cae para atrás.

—Juer, cómo pesa.

—¡No digas palabrotas!

—He dicho juer.

—¡Qué pintas, papi! Te ha quedado la chaqueta del traje arrugada por detrás.

—¿No estoy guapo?

—¡No! —dijo Daniela riéndose.

—¡Qué más da! ¿Te apetece una hamburguesa?

—¡Síiiiiiiii!

—Vamos.

Recogió la maceta y fueron andando juntos hacia el centro comercial de

Cambria. Daniela llevaba el pelo recogido en dos trenzas bajas que se movían de un lado para otro porque iba dando saltitos como un cervatillo delante de él, igual que hacía Claudia cuando iban paseando por el parque. Tragó saliva. El recuerdo inesperado de Claudia le pilló desprevenido. ¿Dónde viviría? ¿Qué estaría haciendo ahora? Quizá también estaba recogiendo a sus hijos del colegio. Quizá se estaba acordando de él como él se estaba acordando de ella. Miguel imaginó que era uno de esos momentos en los que la vida se convierte en una pantalla partida de ordenador. A un lado de la pantalla, aparece la imagen de alguien que está pensando en una persona. Al otro lado, esa persona está a lo suyo completamente ajena a lo que alguien, en otro lugar, siente por ella. Pero ¿y si Claudia, a su lado de la pantalla, estaba pensando en él como él estaba pensando en ella? ¡Qué tontería! Seguro que no. Que las dos pantallas coincidieran en el mismo sentimiento solo pasaba en las películas, y la vida no es como en las películas, que decía Pecu, no pasan cosas. A Miguel se le humedecieron los ojos. Mierda puta. Sí pasan cosas.

—Ven, papi, vamos a elegir qué queremos.

Le tomó de la mano y lo llevó a la cola de la hamburguesería. Desde lo de Pecu estaba especialmente cariñosa con él. Se lo había tenido que contar Sofía unos días después del entierro porque Miguel no se sintió capaz de hacerlo.

—Verás, cariño —le había dicho Sofía a Daniela—, papá ha tenido un accidente muy grave cuando estaba esquiando con Pecu. A él no le ha pasado nada serio, y por eso nosotras tenemos que estar muy agradecidas, pero Pecu se ha ido al cielo y papá está muy muy triste, así que ahora tienes que cuidarle muchísimo porque te va a necesitar.

—¿Qué significa que Pecu se ha ido al cielo? ¿Es que se ha muerto?

Lo preguntó así, tal cual: «¿Es que se ha muerto?».

—Sí, mi amor, Pecu ha muerto porque tuvo una caída muy mala y se golpeó en la cabeza.

—¿Y ya no lo voy a ver más?

—No, cariño, ya no vamos a ver a Pecu más.

Daniela se levantó y fue a su habitación en silencio. Cuando Sofía entró, estaba sentada encima de la cama con un oso de peluche que le había regalado Pecu cuando cumplió dos años. Tenía los ojos muy abiertos, pero no había llorado. Era como si no se atreviera a parpadear.

—¿Estás bien, Daniela?

—Quiero ir con papá.

—No podemos ir ahora porque es muy tarde, pero no te preocupes, que mañana te llevo a que le des un beso.

—¡Que quiero ir con papá! —gritó.

Y al gritar, la niña parpadeó, las lágrimas cayeron sobre su pijama y entró en un llanto larguísimo hasta que acabó durmiéndose agotada de tanta tristeza.

—¡Papi! ¡Que no te enteras! ¡Que si queremos patatas grandes o pequeñas!

—Perdón —le dijo Miguel a la cajera, que le miraba sonriendo con su gorrita azul—, estaba despistado. ¿Grandes, no?

—¡Vale!

Recogieron las bolsas y se sentaron a merendar mientras comentaban las pequeñas y grandes cosas de la vida de ambos.

—¿Quién es?

—¡Somos nosotros! —respondió Daniela al telefonillo—. ¡Abre, mamá!

No le apetecía nada subir, pero su hija había puesto tanto empeño en que la acompañara que no había podido resistirse. Dejó el ficus escondido en el portal, para que su ex no pensara que era un regalo para ella, y subieron los dos a casa. En el descansillo olía a comida de horno recalentada. Llamaron al timbre.

—Hola, Dani, cariño, ¿qué tal te ha ido hoy en el cole? —La niña le dio un beso rápido y corrió sin responder hacia el interior de la casa—. Hola, Miguel.

—Hola, Sofía.

Sofía se quedó en la puerta sin invitarle a entrar.

—Daniela se ha empeñado en que suba porque quiere enseñarme no sé qué.

—¡Entra, papá! —gritó la niña—. ¡Estoy en mi habitación!

—Tendrías que haber avisado de que venías, pero en fin... Pasa.

Miguel entró y casi le da un infarto. En el sofá del salón, su sofá, con el mando a distancia, su mando a distancia, y con los pies encima de la mesa de centro y en zapatillas de andar por casa estaba Juan Carlos, el novio de Sofía, que se puso tan nervioso al verle que tiró el trozo de pizza que estaba comiendo.

—¿Qué hay, Miguel?

—Se te ha caído la pizza en la alfombra, Juan Carlos.

—¿Eh? ¡Ah! Sí, voy a por una bayeta.

Miguel miró a Sofía:

—¿Qué cojones hace este señor en mi casa?

Sofía le hizo un gesto para que bajara la voz y lo arrastró hasta la cocina, donde se tropezaron con Juan Carlos, que salía atropelladamente con un trapo húmedo en la mano.

—Lo primero —dijo cuando se quedaron solos—: ese «señor» tiene cuarenta años, que son los mismos que tienes tú y que voy a cumplir yo, así que cuidadito con el tono que utilizas porque aquí «señores» somos ya todos. Lo segundo, esta es mi casa y la de tu hija, y no la tuya, aunque esté a tu nombre, y lo tercero, Juan Carlos es mi prometido y va a subir a casa cuando yo quiera porque la niña lo adora y punto.

—¿Cómo puedes ser tan cabrona, tía?

—¿Y tú qué esperas que haga, Miguel? ¿Esperas que me pase la vida lamentándome porque el padre de mi hija nunca estuvo enamorado? ¿Eso es lo que esperas? Que me meta en un cuarto y me fustigue porque un día me dijiste que te aferraste a mí porque estabas emocionalmente perdido, pero que no era yo a quien amabas, ¿eso quieres? Mira, Miguel, estos años nos dejan un balance podrido y tengo la sensación de que has vivido una farsa a mi lado, pero te juro por nuestra hija que yo voy a hacer todo lo posible por ser feliz y te recomiendo que tú intentes hacer lo mismo.

—Qué dura eres conmigo, Sofía. Eres extremadamente áspera, no sé si te das cuenta.

Ella desvió la mirada y empezó a recoger unos platos que había sobre la encimera. Cuando retomó la palabra, su tono era mucho más conciliador.

—Discúlpame, Miguel, sé que no estás pasando un buen momento. Lamento mucho lo de Pecú, ya lo sabes, te lo he dicho un montón de veces y puedo imaginar lo que estás pasando.

—No, no te lo imaginas.

—Es que... —continuó como si no le hubiera oído—. Es que a veces me aturullo con todo esto de la separación y me pregunto quién era yo y quién eras tú cuando estuvimos juntos.

—Es difícil de saber, pero ya no hay vuelta atrás. Tenemos una hija juntos y eso nos vincula el resto de nuestra vida. Siento haberme puesto así con Juan Carlos, dile que lamento haber interrumpido el partido que estaba viendo y despídeme de la niña, por favor, dile que este fin de semana veo lo que quería enseñarme.

—No. Ve al cuarto de tu hija a despedirte porque te está esperando.

Seguía siendo experta en dar órdenes.

—¿Se puede? —dijo entrando en la habitación—. ¿Qué querías que viera?

—¿Pues qué quieres que sea? ¡Tu regalo!

Daniela le entregó un paquetito de papel brillante que parecía que envolvía un libro.

—¿Es un libro?

—No sé. ¡Abre!

—Pero ¿lo has comprado tú o ha sido mamá? —preguntó mientras lo desenvolvía.

—¡Yo! Con la paga que me dan los abuelos.

—A ver, a ver... A ver qué es...

Era un cuaderno con una portada de Bambi. Miró el dibujo pasmado.

—Como todavía escribes en cuaderno y a veces se te escapa que cuando

eras joven te gustaba una chica que parecía una cervatilla... ¡Te lo he comprado! —dijo la niña con una sonrisa inmensa—. ¿Te gusta?

—Me encanta, Dani, muchas gracias. Es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

Por las ventanas del apartamento de madera el cielo se veía despejado y Miguel y Pecu saltaron de la litera entusiasmados. Llevaban dos días con una ventisca tan incómoda que solo habían podido hacer unas pocas bajadas y acabaron pasando la mañana en la cafetería de la estación austríaca con el resto de la gente. Lo habían pasado bien tomando birras y salchichas celebrando la Oktoberfest, pero ya estaban locos por pillar un buen día para esquiar.

—Echo de menos el apartamento de tu padre —había dicho Miguel mientras se ponía la ropa de esquí—. Aquí huele a tigre.

—No seas quejica, colega, que esta nieve en octubre no la tenemos en nuestra estación.

—Ya, ya, pero aquí huele que echa para atrás, que solo digo eso... Soy miope y tengo más desarrollado el olfato, qué culpa tendré yo.

—Anda, vámonos yaaaa.

—Que voooy.

Miguel había reconstruido miles de veces el día del accidente. Cada hora, cada minuto, cada segundo. Salieron del apartamento de madera a las ocho y veinte de la mañana, llegaron a pistas a las nueve menos cuarto, pasaron el *forfait* por el primer remonte a las nueve en punto y el telesilla llegó a la cafetería central de la estación a las nueve y veinticinco. Tomaron café. Miguel recuerda que hablaron de la niebla y la ventisca que habían tenido los días anteriores y les habían impedido esquiar.

—¿Te apetece que nos hagamos hoy un fuera de pista? —había preguntado Pecu—. Con el día que hace, tenemos que aprovechar.

—¿Llevas itinerario?

—Me lo pasaron ayer las chicas que conocimos en el garito.

—Venga.

Hacía más de treinta años que esquiaban. La primera vez que Leopoldo subió a su hijo a pistas tenía cinco años y la primera vez que Magda le dejó ir con ellos Miguel tenía siete. A Austria venían desde hacía tres años porque era una de las primeras estaciones europeas en abrir y Miguel podía cogerse una semana que se reservaba de sus vacaciones, pero ahora no dejaba de pensar que ojalá no hubieran ido nunca.

Cuando salieron de la cafetería, pillaron el remonte que los llevaba a una de las cimas y, en vez de tirar hacia la pista, giraron hacia el otro lado y comenzaron el descenso sobre la nieve inmaculada. Les fascinaba escuchar el sonido de las

tablas rasgar la ladera nevada en medio del silencio de la montaña mientras dibujaban amplios surcos levantando a cada giro el polvo helado. Esquiar solos, lejos del tumulto, les producía una descarga de adrenalina comparable a muy pocas cosas, y el contacto tan puro con la naturaleza, navegando sobre la montaña, los hacía sentir tan libres que parecía que en cualquier momento iban a echarse a volar. Después de un buen rato esquiando por fuera, retomaron una pista roja, se deslizaron entre los otros esquiadores y llegaron hasta la cafetería de la estación porque Pecu dijo que necesitaba tomarse un chocolate, había cogido frío y no acababa de tener templado el cuerpo. Miguel recuerda que hablaron de su separación y él le contó que Sofía estaba saliendo con otro.

—¿Y cómo te sientes?

—Por una parte me jode, pero por otra estoy más tranquilo.

—Tú eres un traumas con todo y te mola sufrir con las mujeres, pero sabes que nunca estuviste enamorado de ella, así que es mejor que cada uno intente rehacer su vida, ¿no?

—Ya.

Después comentaron la situación de *Yotambienvoy.com*. Pecu insistió en la idea de vender y Miguel dijo que, si estaba tan convencido, miraría un plan de venta para el año próximo, la web estaba muy potente y habían tenido un par de ofertas de compradores que parecían interesantes.

—Si cerramos una buena operación, te vas a forrar. ¿Qué vas a hacer con el dinero?

—Vivir.

—Qué claro lo tienes todo siempre.

—Eso parece. ¿Esquiamos?

Se calzaron los esquís y fueron a la cola de los telesillas. En el trayecto charlaron de las chicas que habían conocido el día anterior y que les habían escrito un whatsapp para cenar y tomar unas copas por la noche, pero a Pecu no le apetecía salir porque al día siguiente también quería madrugar para esquiar.

—Siempre pasas de todas, ¿por qué nunca te has comprometido con ninguna?

—No sé cuidar de mí, como para cuidar de alguien.

—Igual no se trata de cuidar de nadie, ¿no?

—Las parejas hay que cuidarlas, Miguel, si no, no salen adelante. Y exigen contrapartida. Ya te he dicho muchas veces lo que pienso: todas las relaciones conllevan un impuesto sentimental y cada uno sabe cuánto está dispuesto a pagar.

—Si tú no estás con nadie, ¿cuál es la contrapartida?

—Lo acabas de decir tú: no estar con nadie significa estar solo y, a veces,

asusta.

—Es la primera vez que te oigo decir que tienes miedo.

—Pues será eso, un decir.

—Oye, Pecu...

Miguel llevaba años con la pregunta en la garganta.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de Claudia?

—¿Claudia? La chica imán, esa sí que tenía todo para hacerse irresistible.

—¿Por qué la dejaste?

—No quiero atarme a nadie, Miguel, ni hace veinte años ni ahora ni nunca.

—¿Te acuerdas de que un día, antes de que os enrollarais, me preguntaste varias veces si me gustaba Claudia y yo te dije que no?

—Sí.

—¿Qué hubiera pasado si te hubiera dicho que sí?

El remonte llegó al final y salieron esquiando a la pista. Era una pista de dificultad media, como las que habían bajado miles y miles de veces. Pecu se ajustó las gafas en el casco y, antes de comenzar el descenso, respondió a la pregunta de Miguel:

—Ni idea, pero habría sido la historia de otros, no la nuestra.

Fue la última vez que oyó la voz de su amigo. Lo siguiente fue ver que, de una forma incomprensible, Pecu perdía el control de los esquís, se golpeaba la cabeza contra el suelo y su cuerpo bajaba dando volteretas como una marioneta. Miguel esquió como una bala hasta él.

—¡Vamos! ¡Vamos! Háblame. ¿Estás bien? Pecu, ¿estás bien?

No se atrevía a quitarle el casco, no sabía qué hacer.

—¡Vamos! Háblame, Pecu. ¡Vamos! ¿Estás bien?

Los servicios de emergencia de la estación austríaca tardaron unos minutos en llegar. Lo último que recuerda Miguel es ver cómo cubrían a Pecu con una manta isotérmica y lo colocaban en una camilla mientras esperaban a que llegara el helicóptero de salvamento.

—¡Si lo cubrís con esa manta es que está vivo! —gritó—. Esas mantas se ponen para dar calor. ¡Si le ponéis esa manta es que está vivo! Decidme que está vivo. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Que alguien me diga que está vivo!

Nadie le dijo nada. Había muerto en el acto.

Salió del garaje y condujo por las calles desiertas de Cambria pasando por delante de la pastelería, la farmacia y el supermercado. Se detuvo un rato ante las canchas de tenis y el césped del centro comercial recordando las noches en las que hacían botellón. Luego rodeó la glorieta, dejó a la derecha el colegio de Daniela y tomó la avenida principal enmarcada entre los álamos y los plataneros

que mostraban sus ramas desnudas a punto de recibir el invierno. Qué poco tenía Miguel en común con todo aquello. En cuanto Sofía se mudara con su prometido, que acabaría mudándose, vendería la casa y no tendría ya ningún vínculo con el lugar en que él había pasado más de la mitad de su vida. Entró en la rotonda de la urbanización de sus padres y observó el edificio señorial que se levantaba tras los setos de arizónicas. Aparcó, salió del coche y se asomó por la verja. El camino empedrado y el jardín de cipreses y abetos le trajeron a la memoria las veces que habían correteado por el césped cuando eran niños y las que se habían escondido entre los árboles y los arbustos a fumar y a morrearse con las chicas cuando eran adolescentes. Echó un vistazo al tercero C, que había sido tantos años su casa, y comprobó que seguía teniendo las persianas bajadas y se habían secado las plantas que había en los maceteros de la terraza, nadie lo había habitado todavía. Levantó la mirada hacia el ático B. Había luz en el salón. ¿Y si subía? Guardaba una copia de la llave del portal, ni siquiera tenía que llamar al telefonillo, pero... ¿y si no era bien recibido? Qué importaba, necesitaba subir. Atravesó el jardín hasta el portal, esperó a que llegara el ascensor y, cuando salió al descansillo, un suave olor a incienso le hizo sentirse reconfortado. Llamó al timbre.

—Miguel...

—Hola, Damián.

—¡Qué alegría! Pasa.

—¿Está Leopoldo?

—Está escuchando música en el salón. Anda, ve tú solo a verle, verás qué sorpresa tan agradable le vas a dar. Yo voy a aprovechar para salir un momento, enseguida vuelvo.

No veía a Leopoldo desde el día del funeral. Entró en el salón y reconoció *La pasión según san Mateo*, que sonaba en su equipo de música y que tantas veces había oído en esa casa. Leopoldo estaba de espaldas a la puerta sentado en su butaca de cuero frente a los ventanales que daban a la terraza y Miguel se quedó un rato quieto, en el umbral del salón, escuchando la música de Bach mientras miraba el reflejo de Leopoldo en el cristal. Tenía el pelo cano peinado hacia atrás y una manta de cuadros puesta sobre las rodillas. Le pareció que había envejecido diez años durante estos dos meses y, aun así, seguía siendo un hombre fuera de lo común. Cuando se quiso dar cuenta, la música había dejado de sonar y Leopoldo también le observaba a él a través del cristal. Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro en silencio. Luego Leopoldo giró la butaca y alargó los brazos hacia él. Miguel corrió a arrodillarse. Quería pedirle perdón, decirle que no entendía lo que pasó, que debió de ser una placa de hielo y él bajó enseguida, pero no había sido capaz de salvarle. Perdóname.

¡Perdóname! Quería decirle que echaba de menos a Pecu a cada minuto, que se moría de pena sin él y que ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo para verle una vez más y despedirse. Ni siquiera había podido despedirse. Ni siquiera había podido enseñarle la cicatriz en su muñeca para decirle: «Gracias, gracias por esto y por todo». Ni siquiera eso. No había podido decirle ni siquiera eso.

—Vamos, vamos —dijo Leopoldo calmándole y acariciándole el pelo—. No hay nada que podamos hacer que nos lo vaya a devolver. Absolutamente nada, tan solo tenerle presente y recordar cómo era, qué nos decía, cuánto nos hizo disfrutar. Escucha..., ¿no has oído la puerta?

Alguien acababa de entrar en casa. Por un segundo, quiso creer que era su amigo, que volvía como en el sueño.

—Es Damián, seguro que ha traído la cena para los tres.

Cuando terminaron los postres, Leopoldo sacó un cava de la nevera y Miguel se incomodó, no sabía si era acertado brindar.

—¿Tú qué crees? —preguntó al percibir sus dudas—, ¿que mi hijo hubiera querido que brindáramos por tu cumpleaños o no?

—¿Cómo consigues estar tan sereno?

Leopoldo clavó la mirada en la chimenea y estuvo un rato así, sin responder. Tenía los ojos tan azules que parecían transparentes y Miguel se dio cuenta de que no era el fuego lo que observaba, sino una fotografía que había sobre la repisa. Leopoldo llevaba en brazos a Pecu, con cinco o seis años, que tenía puesta su gorra de piloto. Los dos se miraban, ajenos a la cámara, partiéndose de risa.

—Con mi hijo el mundo era tan distinto que fue él quien hizo todo por mí. Sin que tuviera consciencia de ello, me hizo enfrentarme a mí mismo, que es lo más difícil a lo que un ser humano puede enfrentarse; y lo último que ha hecho ha sido quitarme el miedo. Durante toda la vida he vivido con miedo: a que se descubriera mi homosexualidad, a que ocurriera algo grave, a tener un accidente y que Pecu se quedara solo... Pero de todos mis temores el más profundo y terrorífico era que le pasara algo a mi hijo. Ahora ya no tengo miedo a nada. Incluso la muerte se ha convertido en un lugar hospitalario por la única razón de que él la habita.

Leopoldo sirvió el cava en las copas. Era la primera vez que estaban los tres solos, y Miguel, que no conseguía tener recuerdos nítidos de los días posteriores al fatídico accidente pero sí frases que le venían a la memoria, recordó de pronto a la madre de Pecu. Durante el entierro había repartido rosas entre los asistentes y la gente murmuraba: «¿Y esta quién es?».

—Pecu nunca me hablaba de su madre, solo lo hizo una vez y fue la noche que regresó después de pasar un curso entero en el rancho de Austin. Parecía

decepcionado, la verdad... Con el amor, contigo, con todo.

—Adoraba a su madre, estaba loco por ella. Cuando se marchó, el niño tenía solo cuatro años y su pérdida supuso para él un golpe brutal. Medité profundamente mi decisión y la misma pregunta que me atormentó entonces me sigue atormentando hoy: ¿pude hacerlo mejor? Tenía que apostar entre seguir viviendo una farsa o la libertad, y pensé que, si elegía esta última opción, conseguiría educar a mi hijo en los valores que a mí me vetaron, pero no calibré bien las consecuencias y le provoqué una tristeza infinita.

Dichosos impuestos sentimentales, podían con todo.

—Durante mucho tiempo, antes de dormir, el niño me preguntaba lo mismo: «¿Cuándo vuelve?». Una y otra noche. «¿Cuándo vuelve?». Creció tan obsesionado con la idea de la pérdida que no quería tener nada por miedo a perderlo, ni querer a nadie por miedo a que un día se fuera. La única persona por la que sentía verdadero apego, ¿sabes quién era?

—¿Yo?

—Podrías ser tú, sin duda, pero quería a alguien más que a ti.

—¿A quién?

—A Magda.

A Miguel le volvió otro de los flases del entierro. «Mi pequeño... — musitaba Magda mientras echaban la tierra sobre el féretro—, mi pequeño». Solo decía eso. «Se llevan a mi pequeño».

—Ni siquiera se ha acordado hoy de mi cumpleaños.

—Dale tiempo, aún es pronto... Yo os debo muchas cosas, Miguel. A ti, a tu madre, incluso a Ricardo, que tiene esa pinta de hombre inflexible y temperamental.

—¿A mi padre?

—Una vez le prohibió a Pecu subir a tu casa, ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba.

—Al cabo de unos días me llamó para disculparse y, antes de que dijera nada, le di las gracias. Le conté que Pecu aquella tarde me había dicho: «Al que no te acepte, que le zurzan. Tú eres mi padre». Esa fue la primera vez que, a su manera, mi hijo me estaba diciendo que me quería y me admitía tal y como era. He pensado muchas veces que, si no es porque Ricardo lo echó, igual no me lo dice nunca.

—Bua, mi padre es un caso.

—Todos lo somos y tú también lo serás para Daniela. ¿Qué tal con Sofía tras la separación, por cierto? ¿Mejor?

—Hemos dejado de odiarnos y tiene un novio nuevo.

—¿Y tú?

Siempre quiso hablarle de Claudia, nunca lo hizo.

—Pienso en una mujer desde hace veinte años, pero ella no lo sabe.

—¿Por qué no la llamas y se lo cuentas?

—Qué va. No me quiere, me dijo que nunca se enamoraría de mí.

—Cuando uno es joven dice muchas tonterías.

Salió de la casa de Leopoldo de madrugada, entró en el coche y miró el ficus en el asiento del copiloto, envuelto en papel celofán transparente y con el lazo rojo de regalo atado a la maceta. Le puso el cinturón de seguridad, no fuera a ser que después de pasar el día con la planta de un lado para otro diera un frenazo y se desparramara, y arrancó.

Giró por la avenida principal de Cambria para tomar el desvío hacia la carretera, pero cuando entró en la ciudad, en vez de coger la calle en la que estaba la buhardilla, siguió conduciendo hasta llegar al centro financiero. Accedió directamente al garaje. Salió del coche con el ficus, metió su tarjeta de empleado en la ranura del ascensor y pulsó el botón de la novena planta. Al entrar en la oficina y atravesar el pasillo que le llevaba hasta su mesa, se dio cuenta de que el lugar en el que había trabajado durante los últimos diez años y en el que había estado hacía solamente unas horas le resultaba desconocido. Estaba en penumbra y el silencio era abrumador. Había desaparecido el bullicio de las mañanas y solo se escuchaba el leve runruno del ventilador de las máquinas en reposo. Oía a detergente, no debía de hacer mucho que habían pasado los servicios de limpieza del turno de noche. Se sentó en su sitio y, como hacía cada mañana antes de empezar a trabajar, miró un rato por la cristalera. Era muy tarde, apenas quedaban unas cuantas luces encendidas en las casas de los edificios que se levantaban al fondo. Recordó los miles de veces que había imaginado la vida que habría detrás de cada ventana. Vidas normales, como la suya, de gente normal, como él, que se levantaba cada día con la esperanza de que todo estuviera donde tenía que estar: la leche en el frigorífico, el abrigo en el armario, las llaves en el cesto de la entrada. Gente que se levantaba con la esperanza de que la ciudad a la que se asomara al salir del portal fuera la misma, que sus hijos estuvieran en el patio del colegio al ir a recogerlos, que el dolor desapareciera con cualquier analgésico. Pero a veces, no muchas, pasaban cosas.

Quitó cuidadosamente el envoltorio de la planta que le habían regalado por su cumpleaños y roció sobre la tierra un poco de agua de la botella que guardaba en su cajón. Luego levantó el ficus que había delante de su mesa y lo sustituyó por la maceta nueva. Antes de irse entró en el cuartito donde almacenaban el material de papelería, cogió el carro de las cajas de documentos, colocó el enorme ficus encima y atravesó el pasillo tirando de él hacia los ascensores de salida. Cuando llegó a las cámaras de seguridad que había en el vestíbulo, se

levantó el ala de un sombrero invisible como si fuera un vaquero, hizo un gesto de despedida y se fue de allí acompañado de su vieja planta. «Con este ficus nunca te sentirás solo, ¿no?».

MIGUEL Y CLAUDIA

—No habrás venido a compadecerme.

La sola idea de que Claudia hubiera ido a verle por pena le encogía el cuerpo.

—No, Miguel, no he venido por eso, aunque podría ser. Todos sabían lo que querías a Pecú y lamentan mucho su pérdida, pero es probable que solo yo sea consciente del dolor que ha supuesto para ti.

—Lo sé, Claudia. Gracias.

No era necesario decir mucho más.

—¿Cómo te enteraste?

—Por Facebook, alguien de la universidad colgó la esquila con el día del funeral, pero yo estaba fuera y me enteré tarde.

«Estaba fuera». ¿Dónde es fuera? ¿En Chile, en Australia, en Argentina? ¿En cuántos países habría estado ella sin él? La imaginaba conociendo a gente distinta, entrando a vivir en casas vacías, arrastrando maletas en los aeropuertos, recorriendo carreteras, buscando palabras en el diccionario de un idioma por aprender, celebrando que había conseguido un trabajo. Su tiempo con ella se había detenido aquel domingo por la noche en el que Miguel confesó lo que sentía, pero el mundo no había dejado de girar para ninguno de los dos y, al mirarla ahora con detenimiento —y reconocer la misma separación entre sus dientes, las pestañas de color cobrizo, la ondas desordenadas de su melena—, asumió que había miles de cosas que no sabía de Claudia. En realidad, nunca había sabido demasiadas.

De su familia sabía que eran siete hermanos, ella la cuarta. «En mi casa somos trocientos», solía decir cuando aún estaban en la facultad levantando los ojos como si se las viera cada mañana con un batallón de infantería. Residía en un barrio periférico de la ciudad junto a sus padres, propietarios de un pequeño negocio de telas, y su abuela Renata, que quedó viuda siendo aún joven y regentaba una mercería en la que tricotaba calcetines. Algunas veces Miguel se preguntaba si Claudia no contaba nada de su vida familiar porque era tan corriente que no daba para mucho o tan extraordinaria que estaba llena de secretos que ocultar. Él prefería que fuera lo segundo y fantaseaba con rescatarla de un pasado tormentoso y conflictivo, pero todo indicaba que era lo primero. Ahora Miguel también sabía que en el instituto Claudia había conocido a Pablo, un chico que montó un grupo de música mientras estudiaba Informática y con el que se había casado al terminar la universidad. Nada muy distinto a lo habitual.

—¡Qué grande es! —exclamó ella acariciando las hojas de la planta que había al lado de la ventana.

—Es un ficus —aclaró él.

—Lo sé, es un *Ficus elastica*. Mi abuela tenía un montón de macetas en el porche porque le gustaba mucho la jardinería.

—Tu abuela Renata, la que cantaba coplas.

—¡Sííí! ¿Cómo te acuerdas?

¿Qué no recuerdo de ti, Claudia? Porque yo creo que me acuerdo hasta de lo que no pasó.

—Te gustaba imitarla y cantabas fatal —respondió—. Dime, ¿Renata sigue...?

—¿Si sigue viva? No, murió el año pasado.

Al final era verdad que la vida era solo eso: vida.

—Vaya, lo siento.

—No pude despedirme de ella, también me pilló fuera. A veces tengo la sensación —dijo tocándose despacio el lóbulo de la oreja— de que he llegado tarde a todas partes.

—¿Por eso has dicho cuando hemos estado en la cafetería que estabas triste?

—Puede ser, aunque también es verdad que la primavera me pone melancólica.

—No digas eso, en primavera los campos *guenacen* y nosotros también.

—¿Gue qué?

—¡*Guenacen!* ¡Vuelven a nacer! —dijo Miguel riéndose—. He tenido un jefe que no sabía pronunciar las erres fuertes. Era de coña escucharle. Le llamábamos el Nieto y me parecía un personaje de lo más peculiar.

—Como tú de peculiar, Miguel —dijo Claudia con dulzura—. Me gusta verte *gueír*.

Eso ya se lo había dicho él a ella al principio.

—¿Quién te regaló el ficus?

—Mis compañeros me regalaron uno más pequeño por mi último cumpleaños, pero preferí traerme a casa esta planta que estuvo junto a mi mesa durante todo el tiempo que curré en Ambrosi & Sheep y dejar allí la nueva.

—¿La consultora? No sabía que trabajarías allí.

Tampoco ella sabía casi nada de él.

—Trabajé en las oficinas que la compañía tiene en el centro financiero más de diez años. Fue una etapa muy intensa y no me iba mal, la verdad, tenía una buena cartera de clientes, pero en Navidad decidí cogerme una excedencia y llevo cuatro meses sin ir.

—¿Vas a volver?

—Creo que no.

—¿Y a qué te vas a dedicar?

—A vivir.

—Suenan bien.

A vivir y a encargarse de *Yotambienvoy.com*, pero tampoco había que contarle todo. Además, aún tenía una larga negociación por delante con el resto de los socios que le llevaría meses de reuniones.

—¿Quién es esta niña? —preguntó Claudia mirando una de las fotografías que había revueltas en los estantes de la librería.

—Daniela, mi hija.

—Tienes una hija, claro, cómo no...

—Y tú un marido, claro, ¿cómo no?

—Un exmarido. ¿No te he dicho que estamos divorciados?

—No.

—Pues sí.

—Yo también estoy separado.

La confirmación de que los dos estaban separados de sus respectivas parejas dio paso a un silencio largo e incómodo. Claudia seguía frente a la estantería del salón abuhardillado haciendo que buscaba un libro que no acababa de encontrar y Miguel volvió a su lista de música haciendo que buscaba canciones sin saber qué tema poner.

—¿Por qué me has llamado, Claudia? —preguntó sin pensar.

—Porque te echo de menos —respondió ella.

—¿A mí?

—A ti.

Entonces se levantó y la besó. Así, como si fuera fácil. Cogió y la besó. Y al besarla quiso saber cuál era el significado preciso de echar de menos y sintió como si estos años sin ella no hubieran pasado, como si fueran otra vez los veinteañeros que se escondían del mundo en la buhardilla para que nadie los viera, para alimentar un amor incompleto e inalcanzable que no se gastara nunca. Tumbados en el sofá, reconociendo el olor de sus cuerpos, se lamieron la piel alargando el deseo que sentían. Se besaron en las comisuras de los labios, en los párpados, en la frente, en las mejillas, en el cuello. Miguel aprovechó una risa de ella para besarla entre sus dientes separados y entrar así hasta el fondo de su boca queriendo quedarse dentro de ella para siempre. Se acariciaban mientras pronunciaban palabras dulces en voz baja y pasaron la noche acurrucados, despertándose a cada poco para hacer el amor a veces uno con el otro y, a veces, uno contra el otro por todo el tiempo en el que habían estado separados.

—Quiero cuidarte y estar contigo, bella —susurraba Miguel—. No te vayas más, por favor. Déjame estar contigo primavera tras primavera, verano tras verano, todos los otoños, todos los inviernos.

Los venció el cansancio al amanecer y, aun así, Miguel se despertaba a cada rato para comprobar que Claudia seguía junto a él.

El día se torció entero cuando abrió los ojos y apareció en el sofá abrazado a un cojín. Fue como salir de un sueño y entrar en una pesadilla espantosa. Miró el reloj, eran casi las cuatro de la tarde. No sabía en qué momento había caído definitivamente dormido y no le entraba en la cabeza que ella se hubiera marchado sin despedirse. Empezó a dar vueltas por la casa aullando como un perro abandonado. Buscó una nota que nadie había escrito, miró el móvil por si tuviera un mensaje, se asomó a la escalera por si estuviera bajando, pero Claudia había desaparecido. ¿Cómo podía ser? Juraría que anoche había dicho que le amaba, él lo escuchó. Juraría que le había confesado que nunca quiso admitir lo que sentía porque temía que se estropeará, porque nunca estaba segura de nada, porque no se atrevía a reconocerlo ni que lo supiera él. «Las cosas que no se dicen no existen». Vale, las cosas que no se dicen no existen, pero anoche dijo que le amaba, ¡él lo oyó! No estaba tarumba. O sí, ya no sabía qué pensar. En cualquier caso, ¿qué esperaba? Jamás se había quedado con él, ¿por qué iba a ser distinto ahora? Que ella se hubiera ido le confirmaba que, pese a que habían pasado veinte años, seguían siendo los mismos de entonces y no habían cambiado en nada. Puede que Claudia tuviera razón y no fuera su amor sino su recuerdo y, durante este tiempo de ausencia, él la hubiera convertido en el refugio donde cobijarse porque mantenía la belleza de las cosas que aún pueden suceder.

Sí, quizá fuera mejor que se hubiera ido, así él no gastaría su deseo hacia ella y viviría para siempre libre de impuestos sentimentales.

Qué iba a decir.

Después de un rato dando tumbos, fue al cuarto de baño con intención de pegarse una ducha que le despejara la cabeza y, con un poco de suerte, le aliviara el corazón del desaliento que le había invadido al asumir que Claudia no estaba. Se echó agua fría en la cara. Tenía los ojos hinchados de dormir con las lentillas puestas y, al quitárselas, la imagen borrosa que le devolvió el espejo le pareció una metáfora de su propia vida: cuando parecía que empezaba a hacerse nítida, ocurría algo que volvía a desdibujarla entera. Miró el móvil. Eran las cuatro y siete minutos de la tarde.

Veinticuatro horas antes, Claudia, la mujer que llevaba media vida anhelando, le había llamado por teléfono para proponerle que quedaran a tomar un café y él había salido corriendo de casa como si no hubiera nada más importante en el mundo que encontrarse con ella. Acababan de pasar un día completo el uno junto al otro y ahora ella se había marchado y él volvía a estar solo. Era verdad que no habían cambiado en nada..., pero ¿cómo era posible?

¿Cómo podía ser que, después de todo, siguieran siendo los mismos? Frente al espejo del lavabo, Miguel buscó al hombre que era.

—Soy un desastre sentimental —dijo en alto y ante sí mismo—. Me canso de todo. Mi madre cuenta que cuando le estaba chupando la teta izquierda no le quitaba el ojo a la derecha, y antes de que se vaciara la mama, me ponía a llorar porque quería de la otra. No estaba aún saciado de la leche de un pecho y ya estaba echando las manos al otro...

Miguel, el que deseaba lo que no tenía.

Mentía.

El que hablaba ante el espejo ya no era él.

Estaba cansado, sí, pero de perder.

Abrió el grifo de la ducha y, mientras esperaba para entrar a que se templara el agua, le pareció escuchar que alguien entraba en casa. Se conmovió al creer que había vuelto a sentir la llave en la cerradura de la puerta exactamente igual que antes, cuando pasaba las tardes de sábado sentado en el sofá esperando ingenuamente a que ella regresara. Aguzó el oído. Cerró el grifo.

—¡He traído algo para comer! —gritó Claudia dejando las bolsas sobre la barra—. ¿Sabes qué hora es? ¡Son más de las cuatro!

—¿En serio?

—No —dijo ella con su voz grave asomándose por la puerta del cuarto de baño—, porque tú y yo nunca hablamos en serio, pero sí, son más de las cuatro de la tarde.

Había vuelto.

Los días felices

Mara Torres

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Plastic buddha - Getty Images

© Mara Torres, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Introducción](#)

[I. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 20 AÑOS](#)

[II. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 25 AÑOS](#)

[III. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 30 AÑOS](#)

[IV. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 35 AÑOS](#)

[V. EL DÍA QUE MIGUEL CUMPLIÓ 40 AÑOS](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)